

Rosa
Chamorro

EL CLUB NEGRO DE COLOMBIA



OTRAS COLOMBIAS POSIBLES



OTRAS
COLOMBIAS
POSIBLES

OTRAS
COLOMBIAS
POSIBLES

El Club Negro de Colombia

**El entrecruce de los conceptos de
raza y clase en las ideas de Manuel
Zapata Olivella y Natanael Díaz**

**ROSA
CHAMORRO**





Ministro de las Culturas, las Artes y los Saberes
Juan David Correa Ulloa

Viceministra de los Patrimonios, las Memorias y la Gobernanza Cultural
Saia Vergara Jaime

Viceministra de las Artes y la Economía Cultural y Creativa
Yannai Kadamani Fonrodona

Secretaria general
Luisa Fernanda Trujillo Bernal

Dirección de Audiovisuales, Cine y Medios Interactivos
Diana Díaz Soto (directora)
Jaime Conrado Juajibioy Cuarán (coordinador Grupo de Comunicaciones)

Equipo de Publicaciones
Sergio Zapata León
Miguel Mateo Torres Caballero
Manuela Fajardo González
Alejandro Medina Florián
Simón Uprimny Añez

Diagramación
Marcela Godoy Betancur

Archivo General de la Nación
Francisco Javier Flórez Bolívar (director general)
Jorge Alberto Cote Rodríguez (líder de comunicaciones)
María Paula Díaz Castro (editora)
Diana Carolina Delgado Guzmán (diseñadora)

Primera edición: noviembre de 2024
ISBN (impreso): 978-958-753-630-0
ISBN (digital): 978-958-753-631-7

Título de la publicación
El Club Negro de Colombia. El entrecruce de los conceptos de raza y clase en las ideas de Manuel Zapata Olivella y Natanael Díaz

Autores
© Rosa Chamorro, Francisco Javier Flórez Bolívar, Juan David Correa Ulloa

© Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes

Está prohibida, sin la autorización escrita del editor, la reproducción total o parcial del diseño y del texto de esta obra por cualquier medio o procedimiento.
Está prohibida la venta de esta obra.

Otras Colombias posibles, otras historias posibles

Juan David Correa Ulloa
Ministro de las Culturas, las Artes y los Saberes

Colombia, ante todo, encarna la pluralidad. No hay lugar ni tiempo en su historia en los que esta cualidad no se encuentre. A la diversidad ambiental y biológica se suma la gran variedad de culturas que en ella conviven; unas con miles de años de antigüedad y permanencia en el territorio, y otras producto de las migraciones europeas y de los pueblos africanos esclavizados y traídos a la fuerza a las costas americanas. De este crisol cultural surgen múltiples historias, todas con una riqueza invaluable, ninguna superior o más importante que otra. Tienen la misma validez las narraciones que sobre su pasado hacen las poblaciones indígenas de la Amazonía que la de los juglares vallenatos del Caribe colombiano.

Esta variedad de narraciones y cosmogonías ha sido avasallada por un relato histórico único que se dice (o algunos denominan) nacional y en el que el protagonismo queda reducido a ciertas élites blancas, por lo general andinas. Por fuera quedan las historias de los indígenas que cuentan su relación con el territorio, de los negros y su adaptación a un lugar que debieron habitar por la fuerza pero que convirtieron en ancestral, de los sectores populares y sus luchas por la igualdad, de las mujeres rebeldes al patriarcado, de aquellos migrantes anónimos sin grandes fortunas

que construyeron trenes y canales en el siglo xix, de los bogas expertos navegantes de los ríos.

Nuestra historia, la que poco enseñan desde hace veinte años, queda reducida a una seguidilla de hechos protagonizados por próceres o líderes políticos supuestamente dotados de condiciones excepcionales para regir nuestro destino. Es una forma de reproducir la historia que hunde sus raíces en el siglo xix, basada en lo que el historiador y filósofo irlandés Thomas Carlyle llamó “culto a los héroes”, porque para él “la Historia Universal, la historia de lo que el hombre ha realizado en este mundo, es, en el fondo, la historia de los grandes hombres que trabajaron entre nosotros”.

Así, hablamos de conquistadores y fundaciones de ciudades hispánicas, pero no de la resistencia indígena a la ocupación; de Francisco de Paula Santander, Simón Bolívar y Antonio Nariño, pero no del protagonismo del mulato Pedro Romero en la independencia absoluta de Cartagena; de la batalla de Boyacá, pero no de la batalla en la que el pardo general José Padilla expulsó a los españoles de Cartagena; de las guerras civiles y sus supremos jefes, pero no de los campesinos que engrosaron sus ejércitos y murieron en combate; de los ingenieros que diseñaron puentes, ferrocarriles y carreteras, pero no de los que las construyeron; de los fundadores de las fábricas, pero no de los obreros...

Ese relato nacional tampoco nos cuenta cómo habitamos el territorio colombiano y cómo la interacción entre ambiente y comunidades humanas ha dado pie a territorios bioculturales. Desconocemos cómo, en la época anterior a los automóviles, los ríos fueron las autopistas que comunicaron al país y en cuyas orillas surgieron prósperas ciudades como Honda, en el río Magdalena, y Lórica, en el curso del Sinú.

En muchas ocasiones nos cuentan que la recurrente violencia en nuestra historia se debe a la presencia de “seres malignos” o de “ideas malignas”. Con la metáfora de la “patria boba” nos explicaron los enfrentamientos de la primera república (1811-1816). También han reducido la violencia bipartidista del siglo xx a un enfrentamiento entre liberales y conservadores movidos por los odios, y han achacado la violencia de los años sesenta a los intentos

de grupos subversivos de izquierda que querían derrocar un Estado legítimo. De todos estos relatos quedan por fuera las desigualdades estructurales, la exclusión y el problema del acceso a la tierra.

Por fortuna, en los últimos ochenta años, cada vez más historiadores han cuestionado esa historia oficial y han sacado a la luz a muchos colombianos anonimizados. Sin embargo, esas investigaciones poco se han difundido en la escuela y en la opinión pública en general. Por ello, pese al gran avance en el conocimiento histórico, todavía replicamos relatos de casi dos siglos de antigüedad.

Colombia tiene derecho a que se le enseñe su historia, pero deseamos que sea una historia incluyente, diversa. Aquí radica la importancia de *Otras Colombias posibles*, una colección imaginada por el Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes y el Archivo General de la Nación que destaca relatos, personajes y espacios que no han ocupado un lugar significativo dentro de la historia hegemónica nacional. *Otras Colombias posibles* propone un universo narrativo que permite pensar al país en su diversidad, desde los sujetos intelectuales que en su momento no fueron reconocidos, desde las luchas en busca de igualdad que las mujeres colombianas han tenido que librar a lo largo de los años o desde aquellas que el campesinado ha impulsado por el cumplimiento de sus derechos.

Esta colección da voz a sujetos que tradicionalmente han sido incómodos para los grupos dominantes, y cuya existencia nos recuerda la alteridad, *esa condición de ser otro que señala mi propia identidad y me incomoda porque es ajeno y está fuera de mi control*. Los lectores también encontrarán temas como historia laboral, urbana y rural, así como la historia de los movimientos sociales en el país, pero desde perspectivas frescas que iluminan caminos poco explorados, como las disputas entre inquilinos y arrendadores, y otras como la construcción de puertos, las transformaciones que iniciaron la tecnificación del campo o la creación de industrias que anteceden a nuestra república.

Otras Colombias posibles da la bienvenida a la otredad, a los relatos que son parte fundamental de nuestra identidad, a la diferencia, a lo que subyace al canon y al reconocimiento de aquellos que han luchado, y continúan haciéndolo, por la construcción de un país equitativo y justo.

El Club Negro de Colombia

**El entrecruce de los conceptos de
raza y clase en las ideas de Manuel
Zapata Olivella y Natanael Díaz**

A mi padre Carmelo Chamorro, a mi madre Mary Luz Cuello

A mi compañero Álvaro Morales Sánchez

A mis hermanas María Angélica, Mary Luz y Paula Andrea

A todos mis hermanos y hermanas de padre

A Charlotte Sofía

A Sebastián Gabriel

A Juan Diego

A la memoria de los integrantes del Club Negro de Colombia,

en los ochenta años de su creación

A los hombres negros y a las mujeres negras de América

que lucharon por la libertad

A la memoria de mi bisabuela Josefina

Contenido

El Club Negro y su olvidado lugar en la historia intelectual colombiana	15
Agradecimientos	19
Bitácora de a bordo	21
Introducción	27
El Club Negro de Colombia	35
Antecedentes de libertad	37
El Día del Negro y la creación del Club Negro de Colombia	39
<i>El Manifiesto a los intelectuales del continente americano</i>	45
El legado del Club Negro	47
La relación raza-clase en Manuel Zapata Olivella	53
Interpelación a Manuel Zapata Olivella	56
<i>Pasión vagabunda</i> y <i>He visto la noche</i>	57
<i>¡Levántate mulato! Por mi raza hablará el espíritu</i>	66
El Día del Negro	74
La visión marxista	77
El retorno a la patria martirizada	80

La noción de la negritud	81
Las convulsiones libertarias de la década de los sesenta	82
Periplo organizativo por África y América	85
Arquitectura de <i>Changó, el Gran Putas</i>	91
“¡Natanael, triunfamos! ¡Nos respetan!”	96
“Ecos de libertad”, poema de Rosa Chamorro	97
Interpelación a Natanael Díaz: la lucha política de contenido racial y social	99
Noche de siempre	101
La llama de la rebeldía	107
Doña R.	109
Hermanos de raza	110
Contra el racismo y la discriminación	112
El Gaitán negro	116
Las noticias	117
Un negro visto por otro negro	119
Lecciones de vida	123
“¡Alerta, macheteros del Cauca!”	124
El asesinato de la democracia	126
No acaba la tormenta	127
Laureano Gómez	129
Las huelgas obreras	133
La historia toma otro camino	136
El MRL	137
Destinos cruzados	141
Gilberto Alzate Avendaño	144

La gran decepción	145
“Solo la muerte ronda mis jardines nocturnos”	149
Conclusiones	153
Sobre el origen y el legado del Club Negro de Colombia	153
Sobre el entrecruce de los conceptos de raza y clase en el pensamiento de Manuel Zapata Olivella	155
Natanael Díaz y su pensamiento en torno a la lucha política de contenido racial y social	159
Las variables de raza y clase en la definición de la identidad negra	165
Manuel Zapata Olivella, Natanael Díaz y sus relaciones con los movimientos negros en el mundo	168
Apéndice	171
Índice de imágenes	173
Referencias	174

El Club Negro y su olvidado lugar en la historia intelectual colombiana

Francisco Flórez Bolívar

Director del Archivo General de la Nación

El 20 de junio de 2023, fecha en que se conmemoraron ochenta años de la manifestación conocida como el Día del Negro en Colombia, la poeta e investigadora Rosa Chamorro fue una de las pocas voces que se pronunció al respecto. Aquella jornada, Chamorro rememoró que, exactamente ocho décadas atrás, estudiantes afrocolombianos recorrieron las calles bogotanas para expresar sus visiones sobre el concepto de igualdad. Recordó que, bajo el liderazgo del estudiante caucano Natanael Díaz, jóvenes provenientes de las costas Pacífica y Caribe sintieron como propios los linchamientos padecidos por sus pares afroamericanos en los Estados Unidos y decidieron expresarles su solidaridad a través de una manifestación en la que leyeron poemas, pronunciaron discursos, bailaron cumbia, escucharon canciones y, sobre todo, acordaron organizar un Club Negro.

La propiedad con la que Chamorro reconstruyó lo sucedido el Día del Negro estaba sustentada en la investigación que sobre el citado proceso venía realizando para graduarse como magíster en estudios afrocolombianos. Para ese 20 de junio de 2023, Chamorro — intentando comprender lo ocurrido en aquel año de 1943— ya había

revisado periódicos de la época y analizado debates intelectuales y políticos protagonizados por algunos de los manifestantes, entre ellos, el entonces joven escritor Manuel Zapata Olivella. Igualmente, consciente de la riqueza de la historia oral, Chamorro había recolectado los testimonios de los hermanos Nathanael, Eduardo y Omar Díaz Saldaña, hijos de Natanael Díaz.

A partir de esta revisión sistemática de fuentes primarias y de la lectura cuidadosa de la bibliografía existente, Chamorro dio forma a *El Club Negro de Colombia*, libro con el que abrimos *Otras Colombias posibles*, colección de textos a través de la cual el Archivo General de la Nación y el Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes ofrecen nuevas lecturas sobre el pasado y el presente de Colombia. En una historiografía en la que son contados los trabajos que se han preocupado por indagar la interconexión entre raza y clase, este libro construye ese diálogo a partir de las reflexiones que algunos de los más importantes integrantes del Club Negro hicieron sobre estas variables, al tiempo que permite observar la forma en que pensadores como Manuel Zapata Olivella, desde su posición de sujetos racializados y comunistas declarados, abordaron las desigualdades sociales. A su vez, la autora ilumina las ideas políticas que Natanael Díaz, en tanto que hombre negro del Cauca, defendió al interior de las facciones izquierdistas del liberalismo.

El seguimiento que Chamorro hace de las conexiones transnacionales tejidas por estos dos pensadores es otro de los grandes aportes de la obra. La preocupación por ahondar en el periplo de Zapata Olivella por las Américas y África es de buen recibo en una historiografía aún atrapada en marcos interpretativos que privilegian lo nacional. También son reveladoras las conexiones entre Natanael Díaz y las cantantes Marian Anderson y Josephine Baker, así como los viajes de este político caucano a la Cuba revolucionaria que empezaba a forjar Fidel Castro y las redes que tejó con movimientos haitianos de resistencia contra la dictadura de François Duvalier.

Al ocuparse de las ideas de raza y clase desarrolladas por el Club Negro, el libro aborda un problema cuya relevancia histórica y social es indudable. Desde la primera dimensión, es necesario resaltar que el Club Negro y los procesos que lo originaron permiten construir

referentes intelectuales y políticos para la actual población afrocolombiana. Al posicionar a Manuel Zapata Olivella y Natanael Díaz como protagonistas de la vida intelectual de Colombia, el trabajo abre perspectivas de análisis para ampliar el cuadro de una historia de las ideas que generalmente se ha concentrado en aquellas desplegadas por escritores provenientes del mundo andino.

Por otro lado, esta investigación cobra aún más interés en el marco de la conmemoración de los treinta y un años de la Ley 70 de 1993. Resultado de los avances de la Constitución de 1991, esta ley —promulgada un 27 de agosto— reconoció a las comunidades negras el derecho a la propiedad colectiva, fijó mecanismos para la protección de su identidad cultural y estableció como compromiso del Estado la reconstrucción y difusión de los aportes realizados por estas comunidades a la historia y a la cultura colombianas. A tres décadas de la expedición de la Ley 70, aunque se ha avanzado en la construcción de nuevos relatos de nación, se requieren interpretaciones que contrarresten lo que la escritora nigeriana Chimamanda Ngozi Adichie agudamente ha llamado “los peligros de la historia única”, pensada a partir de las experiencias de quienes han contado con recursos, estatus y privilegios diferenciales para narrarse.

Al poner el lente en los debates intelectuales y políticos liderados por habitantes afros, este libro no solo contribuye a ampliar la memoria existente sobre la intelectualidad colombiana, sino que invita a leer a Colombia desde la experiencia de un movimiento social que redefine la identidad nacional: el Club Negro.

Octubre de 2024

Agradecimientos

El presente trabajo es la culminación de un periodo muy rico de mi vida académica en el que —gracias al programa de maestría en Estudios Afrocolombianos de la Pontificia Universidad Javeriana de Colombia, a la actual coordinación de la doctora Katherine Bonil, siempre dispuesta a resolver cualquier inquietud, y a las enseñanzas de un selecto grupo de profesores— pude adentrarme en el conocimiento de una serie muy variada y completa de temas, que hacen de este campo de estudio uno de los que despiertan cada día más interés dentro de la comunidad intelectual que se ocupa de las ciencias sociales.

Para encontrar y definir el tema de investigación, fueron valiosas las recomendaciones de los profesores del programa académico pero, en forma particular, las enseñanzas recibidas en las cátedras de Historia de África e Historia de la Colonia, de la profesora María Camila Díaz.

Una vez definido el tema de investigación, fue muy importante la contribución del director de tesis, el profesor Eduard Esteban Moreno Trujillo, director del Departamento de Historia y Geografía de la Universidad Javeriana. Sus observaciones fueron claves para la delimitación de aspectos centrales del trabajo y para tomar confianza en la metodología definitiva de redacción. Tras haber recibido su aprobación, la idea fue hacerlo como un escrito que no se alinea en la tradición de ensayo académico, sino que, principalmente, se desarrolla en una forma literaria, combinando ensayo histórico con prosa poética, interpelación dialéctica, ficción y poesía, elementos utilizados para analizar el pensamiento del grupo y de los personajes cuya obra se estudia en lo relativo a los temas de identidad.

El proceso de investigación no hubiera resultado exitoso sin la colaboración del profesor Luis Carlos Castillo Gómez, actual secretario general de la Universidad del Valle, autor del libro *Nathanael Díaz, un poeta en los laberintos de la política* (2022), quien me concedió una larga entrevista sobre esta obra. Igualmente, resultaron valiosas las entrevistas realizadas, cada una por separado, con Nathanael, Omar y Eduardo Díaz Saldaña, a quienes extendiendo mi profundo agradecimiento por haberme ayudado a acercar, no solo a la obra política y literaria de su padre, sino también a la parte humana, esencial para conocer con mayor precisión su pensamiento. Aquí debo destacar el aporte documental de Eduardo Díaz, que en forma generosa me proporcionó acceso a su archivo familiar de documentos y fotografías originales. Para la realización de todas estas entrevistas fue fundamental el apoyo de mi colega filósofo David Rey Sampredo, profesor de la Universidad del Valle, y la de mi compañero Álvaro Morales. Agradezco enormemente a los anónimos funcionarios de la Biblioteca Departamental del Valle, de la Universidad del Valle, la Luis Ángel Arango, la del Congreso de la República y la del Instituto Caro y Cuervo, sitios en los que pude consultar el cúmulo de libros, periódicos, revistas y anuarios que sirvieron de base a la investigación documental.

A mi amiga Sissy Carolina Montes, por su cariñosa acogida en la bella ciudad de Cali. A Gabriel Fonnegra, por su juiciosa revisión de estilo y contenido e importantes recomendaciones para el texto final.

Mi agradecimiento se extiende también a los lectores/jurados de este trabajo de grado, por su escrutinio severo, por la evaluación altamente positiva, por sus recomendaciones que redundan en la presentación de una mejor versión final y por su propuesta de calificación meritatoria. Finalmente, a mis compañeros de grupo de la maestría, Connie Mena, Jhonatan Mina, Merfi Montaña, Luis Carlos Perinián, Alejandra Quiceno Ríos, Paola Novoa, Yasyana Katiуска Delgado y Joyce Rivas Medina, por lo compartido en esos dos años y por las enseñanzas que recibí de cada uno de ellos.

Bitácora de a bordo

El primer impulso me salía de dentro y con fuerza. Tenía una idea, una imagen vaga y fragmentaria, pero con un sentido. Y creía que así había empezado todo, con esa marcha en 1943 que todavía recreo en mi cabeza con la misma emoción primigenia. Ya más adelante, la vida de Natanael Díaz y Manuel Zapata Olivella me dirían que aquello era una parte del camino.

Hice mi primer viaje a través de los libros, recorrí sus hojas nuevas y viejas, atravesé sus mares surcados por ideas. Logré ver más allá del horizonte. Y entonces, yo era tan pequeña.

El mar fluía a sus anchas, fiel a sus razones, a sus preguntas que me empujaban hacia direcciones diferentes. Sí, recuerdo esa angustia muy bien, pero seguí fiel al deseo. Cada fuente documental, cada testimonio, me mostraba que la vida de estos personajes era tan extraordinaria en tantos aspectos que era fácil olvidar lo más extraordinario de todo: que fue la vida de dos hombres en un mundo que los invisibilizaba por su color de piel. Eduardo Díaz Saldaña lo recordaba así unos días antes de la muerte de Manuel, cuando le dijo, confundiénolo con su padre: “¡Natanael, triunfamos! ¡Nos respetan!”.

Si hacía falta algo para que acometiera este proyecto, esa frase terminó siendo definitiva. De repente, lo que había comenzado con una idea vaga y fragmentaria cobraba un sentido nuevo, más profundo y urgente.

Fue entonces cuando me di cuenta de que no podía simplemente lanzarme a recolectar datos, a recopilar testimonios y documentos como quien sigue un mapa trazado de antemano. No, había algo

más, algo que me obligaba a detenerme, a reflexionar sobre el cómo y el porqué de lo que estaba haciendo.

Entonces, la escritura se convirtió en un diálogo, no solo con los textos y las voces que había encontrado, sino también conmigo misma. Cada página que escribía era una exploración, una manera de tratar de comprender cómo fueron posibles unas vidas así. No era solo un esfuerzo por contar las historias de Natanael Díaz y Manuel Zapata Olivella, sino también por entender qué significaban para mí, qué significaban para el pasado, qué significaban para este presente en el que aún luchamos por ese respeto que ellos ansiaban.

La investigación fue exhaustiva, por supuesto. Me sumergí en los libros, en los archivos, en las historias contadas en voz baja y en las que habían sido engavetadas. Navegué por los textos más emblemáticos de Manuel Zapata Olivella, aquellos en los que cuenta su propia historia, y me reuní con quienes pudieran darme indicios de cómo era Natanael Díaz en su vida familiar y cómo habían sido sus peripecias y sus andares como personaje público. Ahí me encontré con personas maravillosas. Sus hijos Nathanael, Omar y Eduardo, que abrieron su memoria y su corazón para hablarme del padre. El autor de la única biografía de Natanael Díaz escrita hasta el momento, Luis Carlos Castillo, también me contó anécdotas y vivencias suyas con los hijos de este personaje, con quienes ha tenido cercanía desde su juventud.

La pesquisa, entonces, contó con dos tipos de fuentes, las testimoniales y las documentales; entre estas últimas se deben distinguir las que aportaron la mayor cantidad de elementos de información utilizada en el trabajo: las novelas de Manuel Zapata Olivella *Pasión vagabunda* (1949), *He visto la noche* (1953), *¡Levántate mulato! Por mi raza hablará el espíritu* (1990), *Chambacú, corral de negros* (1967) y *Changó, el gran putas* (1983); el mencionado libro biográfico de Luis Carlos Castillo Gómez, *Natanael Díaz, un poeta en los laberintos de la política* (2022); el libro de Francisco Javier Flórez Bolívar, *La vanguardia intelectual y política de la nación. Historia de una intelectualidad negra y mulata en Colombia, 1877-1947* (2023); las columnas y artículos de prensa escritos por Natanael Díaz en los periódicos *El Tiempo*, *Sábado* y *El Liberal*, entre otros, así como los discursos,

debates y proyectos de ley en los que Díaz fue protagonista y que quedaron registrados en los *Anales del Congreso de la República*.

También aportaron elementos complementarios de información y análisis los restantes libros, revistas y periódicos que aparecen en la relación bibliográfica. Varias de las obras estudiadas para la investigación fueron consultadas en mi biblioteca personal. El resto de la indagación documental se realizó presencialmente en Cali, en la Biblioteca Departamental del Valle del Cauca y en la Biblioteca de la Universidad del Valle; en Bogotá, en la Biblioteca Luis Ángel Arango, la Biblioteca del Congreso de la República y la del Instituto Caro y Cuervo; y, de manera digital, mediante diversas páginas web.

Las fuentes testimoniales que aportaron al estudio fueron resultado de entrevistas presenciales realizadas en Cali a Nathanael Díaz Saldaña, Omar Díaz Saldaña y Luis Carlos Castillo Gómez; y, en Bogotá, a Eduardo Díaz Saldaña.

Al tiempo que consultaba fuentes documentales y testimoniales, me daba cuenta de que el documento resultante no podía ser un relato lineal, ni una mera exposición de hechos. Necesitaba que la narrativa reflejara esa complejidad, esa tensión entre la historia y la memoria, entre la memoria y el olvido, entre lo que se sabe y lo que se intuye. Opté, entonces, por entrelazar el ensayo histórico con la prosa poética, dejando que las voces de los protagonistas se oyeran relatando sus historias, exponiendo sus ideas, contando sus fantasías y sus sueños.

Así las cosas, utilicé cuatro modalidades de redacción: ensayo histórico para lo relativo a los antecedentes e historia del Club Negro de Colombia; interpelación a manera de diálogo con las obras mencionadas de Manuel Zapata Olivella, para dar a conocer y analizar su pensamiento sobre los conceptos de raza, clase e identidad; interpelación a manera de preguntas y respuestas basadas en la biografía de Natanael Díaz escrita por Luis Carlos Castillo, en las columnas, artículos, crónicas y algunos de los poemas de Natanael publicados en diferentes medios de comunicación; y en los testimonios de las personas entrevistadas, para presentar su pensamiento político y social en torno a los señalados conceptos de raza, clase e identidad.

Esta parte del trabajo escrito, que abarca gran extensión, utiliza en buena medida un estilo literario de prosa poética. Poema escrito

a modo de epígrafe para los capítulos en los que se organiza la interpelación a Manuel Zapata Olivella, y poema corto para iniciar el capítulo de Natanael Díaz, introducción de elementos de ficción para describir espacios y acciones no contenidos en las obras consultadas, pero cuya incorporación sirve como un complemento que ayuda a ubicar un contexto más elaborado para la comprensión del pensamiento de los personajes estudiados. Los siguientes son dos ejemplos de situaciones ficcionales con las que el lector se encontrará a lo largo de este libro, se debe tener en cuenta que surgen a partir de hechos reales narrados en la bibliografía consultada y que se trata de conservar cercanía con ellos:

“Es muy posible, Manuel, que en el entorno de tu crecimiento, acompañado, por el lado de tu padre, de concepciones libertarias procedentes del ideario que iluminó a la Revolución francesa, y confirmado por tu maestro de los primeros años escolares con sus enseñanzas más cercanas a la ciencia que a la religión, hubieras concebido la idea de dedicarte al estudio de las ciencias sociales o a la política”.

“Los contornos arqueados de sus ojos, con el cielo como telón de fondo, perdiendo sus conversaciones en el agudo taladrar de las piedras. El viento que vuelve y se apaga se lleva el polvo: no hay nada que respirar. El sonido del taladro penetra estacionándose en los oídos y el golpe de la pica se enrosca en el brazo. En la noche, la orquesta de la explotación se ha alejado hasta desaparecer en un breve sueño”.

Haber redactado el trabajo utilizando estas modalidades de escritura, algunas de las cuales no hacen parte del estilo formal académico utilizado tradicionalmente en las tesis de grado, sobre todo en los niveles de posgrado, tiene que ver con la intención de llegar, de una manera más fácil, a un público mayor del que suele interesarse en la lectura de trabajos de investigación académica. Despertar el interés por profundizar en el conocimiento de la vida y obra de intelectuales negros como Natanael Díaz, de quien se conoce muy poco, y de Manuel Zapata Olivella, más conocido que Natanael, pero no lo suficientemente valorado en su dimensión de personaje central de la historia intelectual colombiana, es uno de los propósitos de la investigación.

Juega también un papel importante en la decisión de elaborar este escrito con un estilo mayormente literario mi condición de

poeta, pues, para mí, cobra gran valor el tema estético que genera, según mi apreciación, una determinada actitud de los lectores frente a lo que llega ante sus ojos. Es, en alguna medida, en esa aparente disyuntiva entre la razón y las emociones que aposté por llegar primero a las emociones del lector para, por esa vía, llegar a la razón.

Introducción

El estudio de la historia intelectual de la Colombia moderna se ha centrado casi exclusivamente en registrar la vida y obra de los personajes representativos de la élite que, en los dos últimos siglos, ha dominado el panorama económico, social, político y cultural. Entendemos por Colombia moderna el periodo iniciado con la revolución de Independencia, que cortó nuestros lazos de sometimiento a la Corona española y les permitió a quienes la comandaron darse a la tarea de construir una nación autónoma, gobernada por sus propios hijos, regida por sus propias leyes y custodiada por sus propios ejércitos. El proceso de construcción de nación contó con la participación de un gran número de personas del sustrato intelectual del nuevo régimen y dedicadas a “pensar el nuevo modelo de sociedad” que habría de sustituir al *ancien régime*.

Los círculos gobernantes, constituidos por quienes lograron concentrar en sus manos el poder económico, político y, sobre todo, militar, tuvieron siempre una base de apoyo intelectual; bien porque entre ellos mismos existieran personajes letrados y estudiosos de las ideas en boga, o bien porque contaran entre los letrados y estudiosos a sus más entusiastas seguidores y colaboradores en las tareas de gobierno, en la elaboración de las leyes, en la aplicación de la justicia o en la difusión de obras literarias o ensayos periodísticos que esparcieran ideas afines a las de los gobernantes. Muchos de ellos vistieron uniformes militares, empuñaron armas de guerra y jugaron un papel destacado en las contiendas internas que se libraron en las décadas posteriores a la declaratoria de independencia.

Las distintas facciones en las que se dividieron los nuevos gobernantes, según su visión de lo que debía ser la nueva sociedad —que dependía, por supuesto, de sus intereses individuales y de clase—, batallaron durante décadas por hacerse al poder del Estado.

Para muchos de quienes se ocupan de la investigación de los hechos históricos, o para quienes recurren a los escritos históricos buscando fundamentar sus investigaciones en diferentes áreas del saber, se considera casi como un axioma que “la historia la escriben los vencedores”. Dan por sentado que hay elementos de la historia, de los sucesos históricos o de sus interpretaciones sobre los cuales existen otras versiones: las de los vencidos, que no se conocen o se conocen muy poco. Con el transcurrir del tiempo, sin embargo, se ha logrado llegar a las versiones de los derrotados, o a parte de ellas¹.

Habría que agregar que la historia relatada por los vencedores no solo silencia las voces de los vencidos, sino también las de aquella parte de los ganadores que, por motivos de clase, raciales o de género, no son consideradas como dignas de ser tenidas en cuenta en la versión “oficial” de los hechos históricos. Esto explica aquella característica de la historia intelectual de nuestro país, que se centra en registrar la vida y obra de los personajes representativos de la élite que ha dominado el panorama económico, social, político y cultural de la nación.

La anterior es una visión unilateral de la historia intelectual de Colombia que ha sido poco cuestionada. La historiografía tradicional y la crítica literaria unidireccional han borrado —tanto de la vieja como de la nueva historia— el papel de los autores negros y mulatos y sus aportes intelectuales, políticos y literarios (Flórez Bolívar, 2023). O, cuando los han presentado, lo han hecho como si fueran aportes de muy poco valor e importancia, y en ocasiones,

¹ “Fue George Orwell (1944) el que, en una de sus columnas para la revista británica *Tribune*, escribiría aquella conocida frase que, hoy día, podemos ver incluso escrita en las tazas de *Mister Wonderful*, «la historia la escriben los vencedores»; [no obstante] como señala la escritora Carla Montero, «la historia la escriben los vencedores, pero el paso del tiempo también da voz a los vencidos»” (Mansilla, 2021, p. 87).

incluso, estos autores han sido mencionados con el único fin de atacar y menospreciar su obra.

El estudio que llevó al desarrollo de este libro se centró en el análisis de las ideas que se encuentran en los escritos colectivos o en los trabajos individuales de los integrantes del Club Negro de Colombia en torno a los conceptos de raza y clase social. Este análisis parte del momento en el que surge el grupo que se conoció como Club Negro de Colombia, pero la indagación sobre sus ideas de raza y clase —aparte de considerar dos pronunciamientos suscritos por todos los miembros del grupo: el *Manifiesto a los intelectuales del continente americano*, en 1943 (*El Tiempo*, 1943a), y la convocatoria del Centro de Estudios Afrocolombianos (CEA), en 1947— está enfocada en los escritos y en los apuntes biográficos y autobiográficos de los dos personajes que tuvieron una presencia y una actuación mucho más prolongada en el tiempo y más conocida en el ámbito público: Manuel Zapata Olivella y Natanael Díaz.

El Club Negro de Colombia fue un verdadero suceso intelectual y político que tuvo lugar en la década de los cuarenta, cuando se desarrollaba la última etapa de la República Liberal (1930-1946), durante el segundo mandato del presidente Alfonso López Pumarejo, y un poco antes de culminar la Segunda Guerra Mundial. Este grupo no surgió como un hecho aislado. Nació como una organización cuya razón de ser era la de hacerle saber a la sociedad bogotana que había una comunidad negra con presencia en la vida cultural y social de la nación y que había estado participando en el proceso de construcción de la identidad colombiana.

En las décadas anteriores había hecho presencia activa un gran número de intelectuales negros y mulatos que ya habían incurrido en el mundo de la literatura, la política, el ejercicio del derecho, la medicina, la ingeniería, la antropología, la docencia, la actividad editorial, el periodismo y la administración pública (Flórez Bolívar, 2023, pp. 14-17). Ellos tenían en común con los integrantes del Club Negro, no solo el color de la piel, sino también la defensa de la igualdad de todos los hombres y mujeres en la sociedad, con los mismos derechos y libertades, independientemente de su condición económica, étnica, de género, ideológica, religiosa o de cualquier otra índole.

Las luchas por la igualdad social y por los derechos universales de todos los ciudadanos, que habían librado los intelectuales negros y mulatos antecesores del Club Negro, evocaban las gestas militares y políticas en las que habían participado sus ancestros y que habían logrado separar a América de la dominación colonial europea. Por su presentación en sociedad y por las ideas que plasmaron en sus escritos en tanto que organización, como también por el pensamiento que dieron a conocer en obras literarias, discursos políticos, ensayos académicos, columnas periodísticas y en el trabajo de algunos como congresistas, el Club Negro consolidó una élite intelectual y política de negros y mulatos de la que no hay registro en la historiografía oficial ni en las antologías literarias.

El Club Negro inició labores en una fecha emblemática, el 20 de junio de 1943, cuando los integrantes protagonizaron lo que se conoce como el Día del Negro, inicialmente concebido como una protesta contra el linchamiento de dos obreros negros en Estados Unidos, pero que resultó siendo una cita histórica para visibilizar la presencia negra en la capital colombiana y en todo el proceso de construcción de la república.

Para entender la importancia que tuvo aquel 20 de junio en la historia de la cultura negra en Colombia, cabe hacer una analogía con el movimiento creado años después en Estados Unidos, el Black Pride —Orgullo Negro—, que tuvo como símbolo y eslogan el puño del Black Power —Poder Negro—, y, como expresión política, el partido Black Panthers —Panteras Negras—. Aunque con diferencias sustanciales, podemos decir que el 20 de junio es, a nuestra manera, el Día del Orgullo Negro.

La diferencia central radica en que el movimiento negro norteamericano se basaba en una postura antagónica al supremacismo blanco pregonado por los racistas más radicales como reacción contra la lucha por los derechos civiles emprendida por la población negra. Mientras que el Día del Negro en Colombia se realizó para hacer visibles a los negros ante los ojos de la sociedad bogotana y para destacar las realizaciones intelectuales, artísticas, políticas, culturales y el papel que históricamente han desarrollado en

el proceso de creación de la república; es decir, no expresaba una confrontación de los negros contra los blancos.

No deja de llamar la atención el hecho de que los integrantes del Club Negro de Colombia hayan sido unos jóvenes que trabaron amistad durante su permanencia en la capital del país como estudiantes de diferentes universidades, provenientes de dos regiones distantes entre sí pero con características poblacionales, culturales y sociales que acabaron por hermanarlos. Más que el frío —que a las gentes capitalinas volvía serias y, en ocasiones, hoscas hacia los foráneos, mientras que a los “calentanos”² los impulsaba a buscar el calor de las personas llegadas de regiones similares—, el acercamiento entre los negros del Caribe y los negros del Pacífico era un hecho desde los tiempos coloniales³.

Esta vieja conexión, que permitió el arribo de personas esclavizadas desde Cartagena —donde atracaban los barcos de la trata— hasta los centros mineros del Chocó y más allá, a las haciendas azucareras del Gran Cauca, fue la que facilitó la integración de los hermanos Manuel y Delia Zapata Olivella, provenientes de la Provincia de Lórica y de Cartagena, donde habían estudiado, con los nortecaucanos Natanael Díaz, de Puerto Tejada, los primos Marino y Víctor Viveros, Adolfo Mina Balanta y Helcias Martán Góngora —el Poeta del mar—, originarios de Guapi, a la orilla del Pacífico. Todos ellos eran estudiantes foráneos en la capital. Y fue también la marginación de la que venían siendo objeto las poblaciones negras y mulatas por parte del poder central que, a la sazón, y desde hacía varias décadas, aplicaba la peregrina teoría de las diferencias geográficas y raciales que hacían de las gentes del trópico y las tierras

² Apelativo que durante un largo tiempo se dio en las tierras frías colombianas a las personas provenientes de las calurosas tierras bajas cercanas a las costas o a los grandes ríos.

³ “Chocó y Bolívar, ambos pertenecientes a antiguas sociedades esclavistas, tenían desde tiempos inmemoriales vínculos geográficos y comerciales. Una de las zonas que daba forma al territorio chocoano, la del Atrato, nació y creció a la margen derecha del río del mismo nombre que desemboca en el golfo de Urabá, en el mar Caribe. Esta conexión con el Caribe hizo que el Chocó desarrollara una estrecha relación con el puerto de Cartagena y con territorios de la Provincia de Lórica” (Flórez Bolívar, 2023, p. 26).

cálidas seres inferiores frente a quienes habían nacido en tierras altas y frías⁴.

Para los colombianos negros y mulatos, la lucha por la libertad no terminó con la declaratoria definitiva de independencia frente a España, tras la batalla de Boyacá en 1819, ni siquiera con la expedición de la ley que abolió la esclavitud en 1851. Las diversas etapas por las que atravesó el proceso de construcción de la república, con los vaivenes propios de la confrontación entre los grupos económicos y políticos que se disputaban el poder, se vieron acompañadas a lo largo del siglo XIX por varias constituciones políticas que, generalmente, fueron el resultado de confrontaciones armadas entre ellos.

La Constitución de 1821 creó la Gran Colombia, que se disolvió en 1831 tras la separación de Venezuela y Ecuador. La república que quedó tras esa ruptura, Nueva Granada, Confederación Granadina, Estados Unidos de Colombia, Colombia, dio a luz seis constituciones —1832, 1843, 1853, 1858, 1863 y 1886—, redactadas según se impusieran en las guerras internas los unos o los otros. Por un lado, estaban los partidarios de conservar un régimen político en el que predominaran los intereses de los grandes propietarios de la tierra, herederos de títulos y concesiones de la Corona española —y que afincaban su poder no solo en la propiedad de la tierra, sino también en la continuación del trabajo esclavo o, a lo sumo, la transición al trabajo servil, en el que ya no eran dueños de los trabajadores pero sí de su resultado, y pugnaban por un sistema político que solo reconociera derechos políticos a quienes detentaran el poder económico y títulos heredados del poder colonial—. Por el otro, estaban los partidarios del libre comercio y la libre circulación de la mano de obra como condiciones para cimentar una agricultura y una industria prósperas, pavimentar el camino del progreso y la democracia como sistema de organización y

⁴ “Estas arbitrarias visiones, defendidas por intelectuales con gran influencia en círculos gubernamentales, académicos y culturales, redujeron la vitalidad económica, las dinámicas académicas y políticas de las costas a simples, pero perdurables, estereotipos, al tiempo que negaron la valía de la literatura, el arte y las expresiones musicales cultivadas por sus habitantes” (Flórez Bolívar, 2023, p. 35).

crear una nueva sociedad en la que todos los ciudadanos mayores de edad gozaran del derecho a decidir quiénes debían gobernar.

La disputa hizo surgir dos bandos políticos opuestos: los conservadores y los liberales, y en ese pleito ideológico y político se fueron alineando los ciudadanos de la naciente república. Con la decisión de los liberales de abolir la esclavitud en forma definitiva mediante la Ley del 21 de mayo de 1851, bajo el Gobierno del general José Hilario López, la gran mayoría de los ciudadanos negros y mulatos abrazó la causa liberal o radical, como también eran llamadas. No es un hecho de poca monta, porque va a definir en buena medida el rumbo ideológico y político que toman los intelectuales negros y mulatos en las décadas posteriores al proceso de independencia. No fueron pocos los intelectuales ni es desdeñable su contribución al fortalecimiento de la vanguardia intelectual y política de la nación en el periodo clave, hacia mediados del siglo xx, en el que se sentaron las bases definitivas de lo que sería la Colombia moderna y contemporánea, no solo independientemente considerada, sino como parte del nuevo mapa geopolítico que se construyó en el mundo una vez culminada la Segunda Guerra Mundial.

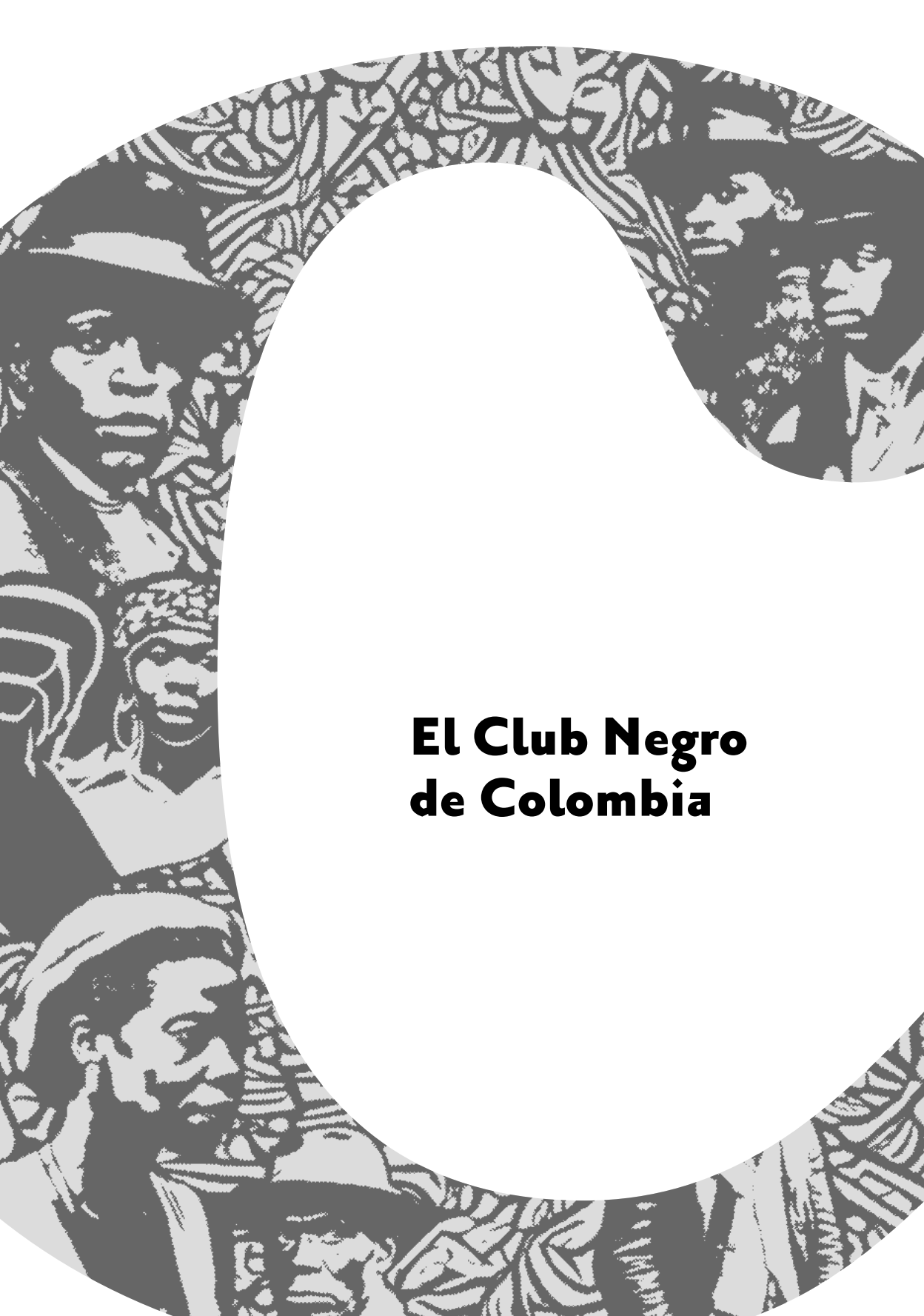
Según el profesor Flórez Bolívar (2023), desde el último cuarto del siglo xix hasta mediados del siglo xx, hay dos grandes periodos que definen las adscripciones políticas y los movimientos sociales, intelectuales y culturales de los colombianos. El primero inicia con el retroceso de aquellos radicales que habían logrado imponer el control político y militar en los nacientes intentos por construir una república encaminada a desarrollar el capitalismo, pero que fueron derrotados por Núñez con la bandera de “regeneración o catástrofe”; y, ya al final del siglo xix, en forma más contundente y definitiva, por el Gobierno conservador en la guerra de los Mil Días. Los liberales se vieron obligados a claudicar y a padecer la Hegemonía Conservadora, que se prolongó por treinta años más.

El segundo periodo abarca desde la derrota conservadora, en 1930, hasta 1946, conocido como la República Liberal. La mayoría de los personajes, si no todos, a quienes la historiografía predominante ha intentado invisibilizar, reivindicaron en la vida pública su condición étnica y los aportes que ese sector poblacional ha venido

haciendo a la construcción de la sociedad desde los tiempos de dominación colonial. Esta característica esencial se mantuvo en firme pese a los cambios de orientación filosófica, ideológica o política que se produjeron a lo largo de los dos periodos descritos (Flórez Bolívar, 2023). El valor como pensadores o intelectuales negros o mulatos fue siempre reivindicado por ellos, ya en el periodo de los regeneradores y en el de la Hegemonía Conservadora, ya en el de la República Liberal, no obstante los bandazos que, en uno u otro sentido, dieran los gobernantes en lo tocante a la importancia del papel de los negros y mulatos en la sociedad.

Los dos grandes periodos constituyen el marco dentro del cual surge, en 1943, el Club Negro de Colombia y explican las realizaciones de los personajes que formaron parte de él y los que participaron, posteriormente, en una de las tareas intelectuales y académicas en las que más se empeñaron: crear el Centro de Estudios Afrocolombianos, la obra más duradera y de mayor impacto del trabajo del Club Negro como colectivo.

Fue sobre el legado intelectual y político de sus antecesores que los creadores del Club Negro construyeron su apuesta organizativa, con trasfondo académico y político. Esta es la otra cara del desarrollo de la vanguardia intelectual y política de la nación: la que no se encuentra ni en los manuales de historia, ni en las antologías literarias.



El Club Negro de Colombia



Antecedentes de libertad

La lucha por la libertad de la población negra tiene una historia tan larga como largo ha sido su camino de opresión. Esta expresión podría ser cercana a lo que los filósofos llaman una “verdad universal”. Pero se trata de aterrizarla a un espacio y un tiempo concretos, determinados por el objetivo del estudio: analizar el surgimiento del Club Negro de Colombia y las ideas que sus principales impulsores desarrollaron en torno a los conceptos de raza y clase. Y el punto de partida para el análisis es la libertad.

La existencia del Club Negro está estrechamente ligada a la lucha por la libertad que ha librado históricamente la población negra. Hay unos antecedentes próximos en el tiempo y en el espacio que ayudan a entender el surgimiento de este grupo en Colombia.

Como antecedentes externos que ilustran la participación de personajes negros en la lucha por la libertad está la Revolución francesa, que sembró, no solo en el pueblo francés sino también en las colonias europeas en América, la idea de la *libertad*. Influidos por ella, se destacaron personajes como Alexandre Dumas, padre del famoso escritor homónimo, a quien se conoció como “el Conde negro” y quien formó parte de la Sociedad de Amigos de los Negros, creada al amparo de la Revolución y bajo el lema de la *igualdad* (Reiss, 2014).

Otro antecedente, no menos importante, fue la Revolución en Haití, precedida por las acciones heroicas de

Mackandal y otros líderes cimarrones. Inició con la poderosa sublevación de esclavos en la noche del 22 de agosto de 1791, la cual dio paso al primer Gobierno negro de la historia americana, que sería conducido por Toussaint Louverture; luego por Jean-Jacques Dessalines, quien logró la independencia definitiva frente a Francia en 1804; después, por el emperador negro Henri Cristophe y por el presidente mulato Alexandre Pétion, fundador de la primera república haitiana (Von Grafenstein, 1988).

En el ámbito nacional, hay antecedentes históricos como las luchas legales durante la Colonia por el derecho de manumisión y otras reclamaciones permitidas por las autoridades virreinales a las personas esclavizadas, como el derecho al buen trato, a una vivienda digna, a la manutención y al descanso. Otro, el cimarronaje de los esclavizados negros, del que emerge como figura emblemática Benkos Biohó⁵, antecediendo, casi desde el comienzo mismo de la era colonial, a la revolución de Independencia. O la importante participación, poco reconocida, de esclavos y libertos negros en la Rebelión de los Comuneros, previa a las batallas definitivas por la emancipación (Bonil Gómez, 2020). También la revolución de Independencia, conducida por Simón Bolívar (Zapata Olivella, 1990, p. 195)⁶, que contó con el apoyo entusiasta de Alexandre Pétion y en cuyas batallas cumplieron un importante papel jefes militares y soldados negros como el almirante José Prudencio Padilla, el general Manuel Piar⁷ y otros. O la liberación de las personas esclavizadas proclamada en 1851 por el Gobierno de José Hilario López (*El Tiempo*, 1943a, p. 15) y ejecutada en 1861 por Juan José Nieto, el único presidente negro en la historia de Colombia, que gobernó por seis meses a la Confederación Granadina.

⁵ “—¡Oíd, oídos del Muntu! ¡Oíd! Aquí nace el vengador, ya está con nosotros el brazo del fuego, la muñeca que se escapará de los grillos, el diente que destrozará las cadenas” (Zapata Olivella, 1983, p. 155).

⁶ Zapata relata los acontecimientos del Día del Negro y el reclamo de los integrantes del Club Negro a Bolívar.

⁷ En *Changó, el gran putas* (1983, pp. 642-643), Manuel Zapata Olivella reivindica a Padilla y Piar y se refiere al arrepentimiento de Simón Bolívar por haber ordenado su fusilamiento.

Más allá de estar inserto en un espacio y un tiempo en el que se reciben los ecos de los movimientos geopolíticos externos e internos, el Club Negro recogió la influencia de otros intelectuales por fuera del país, como los integrantes del Renacimiento de Harlem, herederos del movimiento panafricanista surgido en Estados Unidos a comienzos del siglo XVIII, el movimiento de la *Négritude* liderado por los martiniquenses Aimé y Suzanne Césaire, el senegalés Léopold Sédar Senghor y el guyanés León-Gontran Damas⁸, que formaron parte de la revolución cultural surgida en Europa en el periodo de entreguerras. Además de ellos, en las primeras acciones públicas del Club Negro se evidencian los lazos que ligaron a sus gestores con artistas muy representativos de las luchas por los derechos civiles de los negros en suelo norteamericano, como los cantantes Marian Anderson y Paul Robeson, la bailarina Josephine Baker y el narrador Richard Wright. El Club Negro recoge también, en el marco nacional, el legado literario de algunos de los integrantes de la vanguardia intelectual y política estudiada por Flórez, como los poetas Candelario Obeso y Jorge Artel⁹.

El Día del Negro y la creación del Club Negro de Colombia

Los primeros en llegar al sitio acordado, la Biblioteca Nacional, situada en la calle 24 con carrera Quinta, en pleno corazón de Bogotá, fueron los hermanos Zapata Olivella, Manuel y Delia. Él era un joven de veintitrés años, de cuerpo atlético y rostro risueño en el que destacaban el ensortijado cabello negro y las gruesas cejas, heredadas seguramente de los trashumantes árabes que, desde tiempos antiguos, recorrían los desiertos del África del Norte para intercambiar mercancías entre el Medio oriente y África occidental.

⁸ En sus escritos autobiográficos *Pasión vagabunda* (1949), *He visto la noche* (1953) y *¡Levántate mulato!* (1990), Manuel Zapata Olivella menciona sus relaciones con Langston Hughes, del movimiento Renacimiento de Harlem, sus encuentros con Léopold Sédar Senghor y sus lecturas de Aimé Césaire, Senghor y Damas, promotores del movimiento de la *Négritude*.

⁹ Dentro de las actividades programadas para la celebración del Día del Negro, el cual originó el Club Negro, sus protagonistas difundieron la música de Anderson y Robeson, leyeron textos de Wright y declamaron poemas de Jorge Artel y Candelario Obeso.

Estudiaba Medicina en la Universidad Nacional, pero ya se manifestaba inconforme con un programa académico que no indagaba por las causas profundas de las enfermedades que los futuros galenos atendían en el hospital de práctica, ni tampoco por la situación que había terminado con la vida de tantos cuerpos que ellos debían diseccionar para los estudios de anatomía y patología, causas que para él estaban asociadas a las precarias condiciones económicas y sociales, y quizás incluso al desespero, con consecuencias patológicas, producido por la honda tristeza y angustia que se anidan en el alma de aquellos a quienes no se acerca la diosa Fortuna.

Delia, seis años menor, estudiaba artes plásticas, también en la Universidad Nacional. Al tiempo que recibía las clases propias del pénsum académico, sentía que su cuerpo hablaba al compás de la música. Fiel a las voces de las abuelas, que la arrastraban más allá del presente, daba rienda suelta a su esbelta figura, dueña del ritmo, con ese “cimbrear de las caderas” propio de los bailes de la cuenca del Caribe (Zapata Olivella, 2020, p. 59). De Delia Zapata, diría poéticamente Helcías Martán Góngora, años más tarde:

*Delia, cuerpo de música,
dédalo de tambores, laberinto (...)
Delia Zapata, rama
de un árbol en tinieblas.
Cede tu cuerpo al ritmo
fatal de las mareas
en pleamar de frutos
y tácitas riberas (...)
¡Delia de ojos pretéritos,
sacerdotisa negra!
(Gaita para Delia Zapata, 1963)*

Este era el día. Desde el momento en que se enteraron, por la prensa local, de que varios trabajadores negros habían sido linchados en Chicago, en el marco de severos disturbios de origen racial, ambos habían decidido que realizarían una protesta pública en la fría capital colombiana (Zapata Olivella, 1990, p. 193) y que aprovecharían

para hacer notar entre los bogotanos que la gente negra existía, que formaba parte del entorno y que tenía sus propias expresiones artísticas y culturales.

A la cita llegaron también Natanael Díaz, Marino Viveros, Adolfo Mina Balanta, Helcías Martán Góngora y Víctor Viveros, todos ellos provenientes de la región Pacífico. El primer acto de la mañana tuvo lugar en la Biblioteca Nacional. De acuerdo con lo convenido, pidieron a la directora que remplazara con canciones de Marian Anderson y Paul Robeson la música clásica que escuchaban en ese momento los asistentes, la misma que acostumbraban a escuchar los concentrados lectores en un recinto por definición silencioso. Entre estupefacta y asustada, la directora no encontró más opción que complacer la inusual petición de los atropellados visitantes. Sonó Marian Anderson —voz testigo de una época y de una lucha— y los promotores del cambio de pista musical se sintieron transportados a las plantaciones y a aquellos escenarios donde los esclavos hacían sus labores al ritmo de las *spiritual songs* y las *labor songs*, líricas canciones que los alentaban a seguir viviendo mientras tuvieran encendida, por allá en lo más recóndito del alma, una llama de libertad.

Al mediodía de ese domingo, los entusiastas gestores del Día del Negro se desplazaron hacia algunos bares y cafés del centro de la ciudad, frecuentados por intelectuales y estudiantes universitarios. Allí, en medio del asombro de los contertulios y entre la intrincada selva de palabras, se oyeron las voces vivas de Candelario Obeso y Jorge Artel y la del narrador estadounidense Richard Wright (Castillo Gómez, 2022, p. 88), líneas poéticas y narrativas que, declamadas con fuerza por los jóvenes, se convertían en pinceles que dibujaban en el aire los lamentos y las esperanzas de los bogas, los agricultores y mineros, y no les dejaban otro remedio a los asistentes que el aplauso¹⁰.

¹⁰ Sobre el Día del Negro: “Finalmente, invitamos a que en demostración de solidaridad con nuestras acusaciones, todos apuraran la bebida. Tras escuchar algunos aplausos salíamos a la calle cada vez más firmes, más lúcidos, más negros. La protesta, que no dejó mayores huellas en las mentes alienadas de negros, indios y mestizos, sí logró profundas cicatrices en quienes la iniciamos” (Zapata Olivella, 1990, p. 195).

En aquella histórica cita del 20 de junio de 1943, una jornada precisa —ajustada a sus deseos, el momento más esperado, quizás, el que faltaba— tuvo lugar en la Plaza de Bolívar, el emblemático epicentro de la vida nacional, en cuyo entorno conviven los grandes poderes: el político, representado por el Capitolio Nacional —sede del Congreso de la República—, el Palacio de San Carlos —durante muchos años, sede presidencial— y la Casa de Nariño —sede actual del primer mandatario—; el de la religión católica —en ese momento religión oficial, encarnada en la Catedral Primada, la Capilla del Sagrario y el Palacio Arzobispal— y el de la justicia —simbolizada por el Palacio de Justicia—, a solo una cuadra de esta plaza central.

Allí, ante la estatua de bronce del Libertador Simón Bolívar —esculpida en 1846 por el genovés Pietro Tenerani y que se alzaba imponente sobre un doble pedestal en el centro de la plaza—, pronunciaron sendos discursos en los que, haciendo gala de una gran capacidad oratoria, condenaron el racismo, la discriminación y los asesinatos de obreros negros en Estados Unidos; también le reclamaron a Bolívar no haber cumplido el compromiso solemne de decretar la abolición de la esclavitud cuando triunfara la revolución de Independencia. El reproche, en medio de cumbias y otros sonos de raigambre ancestral¹¹, cobraba mayor fuerza, porque tal fue el compromiso contraído en 1816 con Alexandre Pétion, el mulato presidente de Haití que le suministró armas, soldados, barcos y dinero para ayudar a la causa emancipadora¹².

Tal reclamo, que muchos historiadores juzgan hoy como completamente válido, marcó una tendencia importante en el análisis de la historia nacional al desmitificar la figura del Libertador, a la que buena parte de la historiografía tradicional le solía asignar un aura de infalibilidad rayana en la santidad. Sin desconocer en lo más mínimo el papel histórico jugado por Simón Bolívar en el proceso de ruptura

¹¹ El cántico “¡Ay, mamá Inés! ¡Todos los negros tomamos café!” fue uno de los entonados ese 20 de junio de 1943 (Zapata Olivella, 1990, p. 195).

¹² Fue tan importante el apoyo de Haití, que no solo proveyó de armas y hombres, sino también de ropas, alimentos e incluso de información sobre los movimientos de España (Múnera, 2021, p. 168).

del yugo colonial impuesto por España a las tierras americanas, es necesario señalar como suyo el error histórico de no haber incorporado la abolición de la esclavitud en ninguna de las constituciones en cuya redacción participó, ni en ninguna de las leyes que expidió como gobernante. Es un hecho objetivo y no se encuentran en los anales históricos evidencias que lo desmientan. Parece que en algún momento llegó, incluso, al extremo de condenar la Revolución haitiana como un acontecimiento peligroso para las nacientes repúblicas¹³, formadas luego de la gesta emancipadora de la que él mismo fue protagonista¹⁴ (Castillo Gómez, 2022, p. 58; Múnera, 2021, pp. 196-197).

Luego del intenso recorrido de los protagonistas, la celebración del Día del Negro terminó en un breve carcelazo de algunos de ellos. La Policía llegó hasta el improvisado palco oratorio en que habían convertido la base del pedestal de la estatua de Bolívar, alertada por algún transeúnte que consideró como un irrespeto a la patria el que unos jóvenes atrevidos pronunciaran discursos que resultaban insultantes contra el Libertador. Los agentes del orden procedieron a aprehender a los fogosos tribunos para conducirlos a la comisaría más cercana. Solo una noche permanecieron tras los barrotes, porque encontraron a cargo de la comisaría a un condiscípulo de

¹³ “«Para combatir a los realistas que operaban desde el sur de Colombia hasta el Perú, Bolívar decidió reclutar a miles de esclavos y se propuso pasar de 20 000 efectivos a 30 000»; como sostienen algunos historiadores (Helg, 2018), el Libertador tomó esta decisión porque creía que, si moría un número muy grande de soldados, quedaría una población esclava peligrosa que podría destruir la República. En alguna ocasión opinó «que una rebelión negra era mil veces peor que una invasión española» (Anderson, 2021, p. 79). Estaban vivos los recuerdos de lo que había pasado en Haití” (como se citó en Castillo Gómez, 2022, p. 34).

¹⁴ Bolívar vivió siempre con el mal sueño —compartido por Montilla, uno de sus generales— de que los negros, mulatos y pardos tomaran el poder —la pardocracia— y quitaran a los blancos del liderazgo. Esto fue más presente en Cartagena, de población mayoritaria negra y mulata. Ese temor desembocaría en la injusta muerte de José Prudencio Padilla por orden de Bolívar. Sobre Haití, Bolívar y Montilla sabían de la gran ayuda que había brindado a las gestas independentistas, incluso cuando estas vivían sus peores momentos; pero ni con eso sus miedos se disiparon. Por ejemplo, hay cartas de Montilla a Santander en las que se refiere a los haitianos de una manera despectiva y racista: “Siento decirle a usted que siguen mis cuidados sobre la maldita gente de Santo Domingo y sobre la de la Providencia [se refiere a un afrocartagenero de apellido Noguera], que es de igual naturaleza” (Múnera, 2021, p. 196).

bachillerato de Manuel Zapata, que hacía la judicatura en esa dependencia y los trató con benevolencia.

El Club Negro de Colombia no tuvo una larga vida como organización, pues al poco tiempo de haber hecho su aparición, en las circunstancias aquí narradas, los integrantes tomaron diversos caminos, luego de haber lanzado al mundo el *Manifiesto a los intelectuales del continente americano* y de haber acordado la creación del Centro de Estudios Afrocolombianos, que cristalizó cuatro años después. Pero, a despecho de una existencia tan corta, el impacto de las ideas que originaron esta trascendental iniciativa y los análisis que hicieron los integrantes a lo largo de su vida y obra en torno a la sociedad colombiana y el papel del negro en ella, así como las lecturas sobre el trato dispensado a la población negra, trazaron un camino en nuestra historia reciente.

El legado de los integrantes originales del Club Negro de Colombia se conoce, principalmente, a través del significativo número de obras escritas por Manuel Zapata Olivella y Helcías Martán Góngora, y por los manuales de danza publicados por Delia Zapata Olivella. Con su libro *Natanael Díaz, un poeta en los laberintos de la política* (2022), el profesor de la Universidad del Valle Luis Carlos Castillo ha comenzado a rescatar el papel protagónico de un personaje negro de talla nacional en el mundo político y la producción literaria. Las ideas y el trabajo político de Díaz se conocen apenas por los discursos que se logran encontrar en los *Anales del Congreso* y por las columnas que escribió para varios periódicos regionales y nacionales.

De las destacadas figuras que llegaron a formar parte del Centro de Estudios creado por el Club Negro y que recibieron su influencia, resalto dos muy importantes: Arnoldo Palacios, con una extensa obra literaria, y Diego Luis Córdoba, con una amplia trayectoria en el terreno político. Las ideas que plasmó como colectivo el Club Negro de Colombia están contenidas, sobre todo, en el *Manifiesto a los intelectuales del continente americano* y en la convocatoria que hizo para la constitución del Centro de Estudios Afrocolombianos.

El Manifiesto a los intelectuales del continente americano

Bajo el título “Los negros colombianos lanzan un manifiesto para los países de América” fue publicado por el periódico *El Tiempo* el *Manifiesto a los intelectuales del continente americano*, el 27 de junio de 1943, una semana después de la celebración del Día del Negro. El memorial, según lo afirma Luis Carlos Castillo, fue redactado por Natanael Díaz¹⁵ y consensuado entre todos, con las firmas de Marino Viveros, presidente, Helcías Martán Góngora, vicepresidente, Manuel Zapata Olivella, secretario general, Víctor M. Viveros, tesorero, y Natanael Díaz, secretario de prensa.

Es comprensible que el documento inicie haciendo mención explícita de que Colombia es la patria de José Hilario López, dado que en su Gobierno se expidió la ley que abolió la esclavitud. Invoca como fuente filosófica las ideas de Thomas Jefferson y los enciclopedistas de la Revolución francesa y, como fuente política, las realizaciones de Washington y Lincoln, Bolívar y Santander, Morelos y Martí, Louverture y Pétion, San Martín y O’Higgins, entre otros; asimismo, hace alusión al concepto de “continente cósmico” de Vasconcelos, el reino de la libertad que se hizo posible gracias a las gestas de los héroes. Señala que no se puede permanecer indiferente a la lucha que se libra en esos momentos —en referencia tácita a la Segunda Guerra Mundial—, si se quiere que los postulados encarnados por los próceres de la Independencia sigan rigiendo los destinos de la humanidad. También reivindica el rol que desempeñaron los negros en el surgimiento y desarrollo del capitalismo al aportar la fuerza de trabajo esclava y llevar unas vidas llenas de sufrimiento.

Crítica que el sacrificio de la raza negra no haya sido reconocido y correspondido en países como Estados Unidos, donde las políticas sociales no retribuyen a los hombres negros su esfuerzo

¹⁵ “Natanael redactó el *Manifiesto negro*; la pieza más significativa de todas las que esta organización produjo (...). El texto es una proclama que nos permite comprender el pensamiento de Natanael y sus compañeros de lucha sobre temas cruciales que se ventilaban en el continente” (Castillo Gómez, 2022, p. 92).

permanente. Señala que la democracia, para sobrevivir, requiere de la participación de todos los hombres que desean continuar siendo libres, pero que Norteamérica antepone los prejuicios raciales a las aspiraciones de la raza negra¹⁶ de participar en la construcción democrática; los mismos prejuicios que las naciones democráticas dicen combatir cuando luchan contra el totalitarismo racista del Tercer Reich. La discriminación —afirma— trae como consecuencia que no se aporte todo el contingente de fuerzas que se requieren para la victoria definitiva —en otra alusión tácita a la Segunda Guerra Mundial—. Culmina el memorial diciendo que, desde Colombia, donde los negros han convivido con las demás razas en un ambiente de igualdad, se hace un llamado a los intelectuales del continente para que utilicen todas sus influencias y encaucen todos sus esfuerzos a fin de eliminar el prejuicio racial, un baldón para la democracia.

Son varios los elementos teóricos que, desde los ámbitos filosófico, económico, político y en el terreno de las ciencias sociales, se involucran en el contenido del *Manifiesto a los intelectuales del continente americano*.

1. La adopción de los principios filosóficos y políticos inmersos en el ideario de la Revolución francesa y en la Declaración de Independencia de las colonias inglesas en América. Haciendo apenas un paso fugaz por estos conceptos, el documento transita por los caminos de la libertad, la igualdad y la fraternidad¹⁷.
2. La contribución del trabajo esclavo al surgimiento y primeros desarrollos del capitalismo como concepto económico. Esto va en consonancia con las tesis de Eric Williams, quien, como lo anota Castillo (2022), a pesar de su formación marxista, controvierte

¹⁶ El Club Negro hablaba de raza no solo como una concepción biológica que tiene que ver con el color de la piel y los rasgos culturales que están atravesados por el devenir histórico, sino también por las ideas libertarias que anidaron en sus mentes desde siempre.

¹⁷ Las influencias de los enciclopedistas franceses estuvieron presentes en la niñez de Delia y Manuel Zapata Olivella a través de su padre: “Yo apenas andaba en los diez años y Delia recién comenzaba a caminar sobre sus pies. Pero ambos, con toda nuestra familia, estábamos signados como negros, no solo por el color de la piel sino por las ideas librepensadoras del padre” (Zapata Olivella, 2020, p. 335).

- la idea de Marx de que la esclavitud es solo una de las formas de acumulación originaria del capital, pues pasa a convertirse en una pieza fundamental sin la cual no hubiera podido surgir el modo de producción capitalista.
3. La democracia como sistema de gobierno fundamentado en la libertad de elección mediante el voto de ciudadanos iguales ante la ley, que “en nadie más que en el negro adquiere la más alta categoría de necesidad social” (*El Tiempo*, 1943a). La democracia también concebida como antagonista del totalitarismo alemán.
 4. El prejuicio racial como negación de la democracia aparece como una paradoja en la nación que lidera la lucha contra el totalitarismo alemán, pero que está imbuida de racismo cuando defiende la supremacía blanca.

El legado del Club Negro

Además de la prolífica producción intelectual de varios de sus integrantes, el principal legado del Club Negro de Colombia fue la creación, en septiembre de 1947, del Centro de Estudios Afrocolombianos (CEA). Se trata del primer proyecto de investigación en ciencias sociales que tomó como objeto de estudio a la población negra, en un medio y un momento en el que la antropología y las ciencias afines centraban su indagación en la población indígena; muestra de ello es el Instituto Etnológico Nacional, que se fundó en 1941 para estudiar, exclusivamente, desde la visión antropológica, a las comunidades originarias. Sin embargo, la creación del CEA añadió al objeto de estudio del instituto la población negra, pues surgió adscrito a él. El centro se propuso como objetivo general investigar y destacar la participación de la gente negra en la historia y la cultura colombianas (Castillo Gómez, 2022, p. 121).

Los impulsores no podían ser otros que quienes habían alborotado la modorra capitalina cuatro años antes, con la celebración del Día del Negro y el lanzamiento del Club Negro: Manuel Zapata Olivella, que regresaba de una larga trashumancia por tierras centroamericanas y estadounidenses para culminar sus

estudios de Medicina, y Natanael Díaz, quien iniciaba su segundo periodo como representante a la Cámara, elegido por los liberales del norte del Cauca.

La primera junta directiva del Centro de Estudios Afrocolombianos estuvo integrada por Manuel Zapata Olivella, Marino Viveros, César Alonso y Carlos Calderón Mosquera, más un equipo asesor de lujo integrado por Natanael Díaz, Diego Luis Córdoba, Baldomero Sanín Cano, Alberto Miramón, Gregorio Hernández de Alba, Dulcey Vergara, Guillermo Nanneti y el profesor Luis Duque Gómez, director del Instituto Etnológico Nacional (2022, p. 120).

Para cumplir con el cometido de estudiar y destacar la participación de la población negra en la historia y la cultura de Colombia, los iniciadores del CEA trazaron cuatro líneas de investigación: estudios históricos, estudios etnológicos, estudios lingüísticos e influencias culturales de los grupos raciales en Colombia. Para cada uno de los grupos de estudio se definieron temas específicos de indagación, de manera que fueran lo más completos posible¹⁸.

.....
¹⁸ El direccionamiento y creación del CEA recaía en personas afrocolombianas, hecho clave que suele olvidarse y quedar en el tintero, en especial cuando se le asigna el mayor mérito a Nina S. de Friedemann por haber empezado una batalla dentro de la antropología para estudiar a la población negra, muy a pesar de que sus estudios sobre este grupo poblacional hayan comenzado a aparecer en la mitad de la década de los sesenta; sin duda, otra de las formas de invisibilización que ha padecido la población afro. Prueba de ello es el registro que en su momento hizo la revista *Semana* (1947): “Ha iniciado tareas en Bogotá, bajo el consejo del Instituto Etnológico, un Centro de Estudios Afrocolombianos. Se propone, como otros similares ya existentes en Cuba, Brasil, México y los Estados Unidos, indagar sobre el aporte de la raza negra a la cultura nacional y señalar cómo le ha retribuido América: cuando el pequeño pero entusiasta grupo se reúne a leer documentados trabajos sobre aspectos antropológicos, etnográficos, históricos o lingüísticos del negro colombiano, es un alto, simpático y persuasivo miembro del Centro y de la raza interesada quien preside la discusión”.



Miembros fundadores del Centro de Estudios Afrocolombianos.

Fuente: *Natanael Díaz. Un poeta en los laberintos de la política* (Castillo Gómez, 2022).

Detalle. De izquierda a derecha: Adolfo Mina Balanta, Manuel Viveros, Ernesto César Ariza, Natanael Díaz, Carlos Calderón.

La creación del Centro de Estudios y la definición de sus objetivos generales y específicos fueron la primera iniciativa de investigación científica acerca de la población negra desde una perspectiva etnográfica que incorporaba varias disciplinas de las ciencias sociales, como historia, geografía, sociología, antropología, economía, lingüística y folclor. Además, con la denominación de *afrocolombianos* a la población negra, se quiso dar una connotación étnica relativa a su procedencia africana, en todo caso considerada cercana con el medio geográfico y político en el que discurría su existencia, resaltando el aporte cultural y social que los integrantes de esta población hacen a la construcción de la sociedad colombiana. Ello significa que, sin perder de vista los orígenes ancestrales determinados por la diáspora africana, se defiende el aporte cultural, étnico y social con el que las colectividades negras se insertan en el mestizaje junto con las otras dos corrientes poblacionales que concurren en la formación de la nación colombiana: los indígenas originarios de los territorios americanos y los blancos provenientes de la Europa colonizadora.

Entonces, el término *afrocolombiano* define con mayor precisión, no solo al colombiano de la época contemporánea —emparentado con africanos y europeos que arribaron a América desde finales del siglo xv y comienzos del xvi, y con los indios que poblaban esta parte del mundo—, sino a los descendientes de los cruces de todos ellos. La denominación descarta, con la sola definición, el tratamiento esencialista que algunas corrientes antropológicas y algunas organizaciones de personas negras le han dado al estudio e, incluso, al autorreconocimiento de los negros, al pretender considerar como negros solo a aquellos que conservan una pretendida “pureza” racial, si es que ella pudiera existir luego de las innumerables mezclas que se produjeron a lo largo de los tres siglos de diáspora africana y colonización europea, y que se siguieron produciendo con mayor libertad tras la ruptura del coloniaje europeo sobre América. Cabe afirmar que esta es una contribución del CEA al tema de la definición de la identidad negra en Colombia.

Otro aspecto importante del sello que le imprimieron los creadores al CEA es la perspectiva internacional. Desde sus inicios buscaron relacionarse con grupos de estudios similares ya creados en otros países como Cuba, Brasil, Estados Unidos y en el propio continente africano. Con ello querían dar cuenta de que la diáspora no solo contribuyó a la formación de la nueva nación colombiana, sino también al inicio de todas las nuevas naciones de América y el Caribe; y que los nexos raizales son profundos, tanto que los intelectuales afrocolombianos tenían ya para la época estrechas relaciones con intelectuales y artistas de esos países, algunos de los cuales asistieron a las sesiones inaugurales del CEA, e incluso llegaron a formar parte del cuerpo de asesores¹⁹.

¹⁹ Entre los miembros honorarios del CEA, se destacan el cubano Fernando Ortiz y el brasileño Arturo Ramos. Ver «Estudio del negro en Colombia», de Manuel Karabali (1947).

A circular frame containing a stylized, high-contrast black and white illustration of a crowd of people. The figures are depicted with bold outlines and some wear head coverings or traditional attire. The background within the circle is filled with intricate, swirling patterns. The central area of the frame is white, containing the title text.

**La relación
raza-clase en
Manuel
Zapata
Olivella**



De los integrantes del Club Negro, es Manuel Zapata Olivella quizá el más aprestigiado, tanto por la cantidad de escritos y la difusión que se ha hecho de la mayor parte de ellos, como por su presencia de personaje reconocido en el panorama nacional. Incursionando en varias disciplinas de la actividad humana, principalmente en el campo literario y en el de los estudios sociales, Zapata Olivella dejó plasmada en su obra la importancia de la gente negra para la construcción de la sociedad colombiana y latinoamericana. Fue la invisibilidad de los negros lo que lo llevó a juntarse con otros jóvenes de su generación a comienzos de los años cuarenta para fundar un grupo que le dijera a la sociedad “aquí estamos”, “reconózcanos”, “somos negros”.

Luego de irrumpir en el escenario social bogotano, dejando a flote en el gélido ambiente capitalino la presencia de la gente negra, de su poesía, de su música, de su legado histórico, pero también del rechazo a la discriminación y al odio racista que producían hechos como el asesinato de obreros negros en Estados Unidos, que sirvió de *leitmotiv* para los actos de protesta del 20 de junio de 1943, en ese mismo año, el joven estudiante de Medicina abandonó las aulas y las frías salas de disección de cadáveres en las que se estudiaban las causas físicas de la muerte, pero no los orígenes ni los avatares de las personas que habían dejado el mundo de los vivos. A partir de allí, emprendió una peregrinación por tierras centroamericanas, mexicanas y estadounidenses, que se prolongó por cuatro años.

Para descubrir las causas últimas de aquel vagabundaje y develar las ideas que forjó en torno a la relación raza-clase, inicia aquí una interpelación dirigida a Manuel Zapata Olivella, basada en sus obras *Pasión vagabunda* (1949), *He visto la noche* (1953) y *¡Levántate mulato! Por tu raza hablará el espíritu* (1990).

Interpelación a Manuel Zapata Olivella

*Manuel, de andar por la vida,
desde el vagabundaje.*

Es muy posible, Manuel, que en el entorno de tu crecimiento, acompañado, por el lado de tu padre, de concepciones libertarias procedentes del ideario que iluminó la Revolución francesa, y confirmado por tu maestro de los primeros años escolares con enseñanzas más cercanas a la ciencia que a la religión, hubieras concebido la idea de dedicarte al estudio de las ciencias sociales o a la política. Pero decidiste estudiar Medicina. Y, sin embargo, querías conocer lo verdaderamente humano.

Estar en la Facultad de Medicina te había despertado inquietudes más profundas que la disección de un cuerpo para conocer los órganos, sus funciones y los orígenes y la ubicación física de las patologías. Querías indagar si ser humano significaba también estar condicionado por el entorno social y las desigualdades materiales, lo que para ti realmente constituía la causa primaria de las enfermedades. Ante el cuerpo sin vida de un obrero fallecido habías abierto los ojos, se te había revelado el hambre, una de esas tragedias que formaban parte de la existencia; así que decidiste despojarte de tu blanca blusa de estudiante de Medicina y emprender una búsqueda de las causas reales de los males sociales. Era un primer análisis, muy simple, muy elemental, para concluir que la medicina no estaba cumpliendo con sus fines sagrados, que se preocupaba más por los análisis de laboratorio y los síntomas que llevaban a un diagnóstico inicial de la enfermedad, meramente

clínico, sin indagar por las causas profundas. Todo te debió parecer absurdo y consideraste entonces que la ciencia estaba constituyéndose en un engaño, una farsa.

Aparte de esa insatisfacción, querías ver otros paisajes, ir a aquellos viajes cruzando mares y montañas donde aparecía lo inimaginable, lo que nunca antes habías visto; porque tu incontenible atracción hacia la aventura estaba alimentada por la lectura de las experiencias de viajeros famosos, como Marco Polo, Robert Louis Stevenson, Jack London, Pierre Loti, Panait Istrati, que narraban en sus escritos toda suerte de episodios fantásticos, de esos que despiertan en mentes soñadoras y osadas como la tuya la idea de lanzarse al mundo del vagabundaje para vivir y narrar sus propias historias. Y eso hiciste en tus dos primeras novelas: *Pasión vagabunda* (1949) y *He visto la noche* (1953).

Pasión vagabunda y He visto la noche

*impulsado por un
invencible anhelo de libertad.*

Encontrar en tus escritos los indicios de cómo respondes a un primer interrogante sobre la relación entre raza y clase social resulta crucial para entender tus ideas sobre la posición de los negros en la sociedad y su papel en la conformación de la nación colombiana. En estas dos primeras obras narrativas, con indiscutible sello autobiográfico, dejas ver por dónde te decantas a la hora de definir si las penurias de los personajes con los que te topas en tu travesía se originan en su condición racial o en su origen de clase, y aunque en varias ocasiones exaltas tu ancestro africano y te vanaglorias de ese origen, sueles asociar el hambre y los padecimientos con la clase social a la que pertenecen las personas que pueblan tus narraciones.

Habías llevado todo lo que tenías: un morral hecho por tu madre, un sombrero de *boy scout* que sobreviviría a tu primera tregua

con la muerte²⁰ y un vestido de dril que te obsequió un amigo. Eso y una novela eran todo. El sol ya no pondría en marcha el tiempo²¹. Eras tú el hacedor de tus propios afanes.

Esos recorridos significaron el descubrimiento de otros países, la inmersión en una América que solo habías conocido por conversaciones y lecturas, y te sirvieron de excepcional marco para encajar las historias que te permitirían luego materializar tu anhelo juvenil de ser escritor, a la vez que ibas reflejando la realidad de un mundo que estaba ahí y del cual te habías mantenido alejado en tu largo paso por las aulas universitarias, razón por la cual las abandonaste, Manuel. Tus dudas no amainaban con el tiempo, te asaltaban a cada instante y las enfrentaste como hombre reflexivo. Para responderlas, la espera fue sabia. La libertad que te dio viajar te permitió averiguar cosas que nunca habrías descubierto, subordinado como estabas a los horarios de las clases en la universidad. Y jamás hubieras podido tener tantos diálogos internos y conversaciones con tantas personas diferentes, que te ayudaron a responder a la pregunta que había rondado por tu imaginación durante años: ¿los sufrimientos que afrontan los seres humanos se originan en su color de piel, en su condición social de trabajadores-campesinos-desempleados, o en ambas a la vez? Fue la misma pregunta que te incitó a dejar las aulas universitarias.

En ese tiempo, la obsesión por viajar se hizo más presente en tu vida y, de golpe, con el idealismo con que suele irrumpir un joven, ya estando en Puerto Tejada, escuchabas con paciencia las declaraciones revolucionarias de tu amigo Natanael. ¿En qué consistían? En la toma de conciencia de que los negros formaban una sola familia y que debían estar unidos. Desaparecían en ti, como por ensalmo, todos tus prejuicios raciales y te apersonabas de que tenías el deber de participar en la lucha por la redención de los negros, que

²⁰ Cuando los yanquis lo atraparon en una de las playas caribeñas, Manuel pensó que lo iban a matar. Pero lo metieron a un calabozo y, luego, al liberarlo, le regresaron su sombrero de *boy scout*.

²¹ En *¡Levántate mulato!* (1990), al regresar a su casa, Zapata se lamenta de haber olvidado la vida en aquellas tierras de Lórica, cuando el sol se abre para poner en marcha la vida y los afanes humanos.

eran objeto de una profunda y condenable discriminación económica y social, no solo en tu país, sino en todo el mundo.

Poseído por una firme decisión de lucha, en un arrebató de entusiasmo, recorriendo el centro de Puerto Tejada, Natanael te describió cómo construiría allí un gran parque en el que pondría las estatuas de personajes tan importantes como Luis Antonio Robles Suárez, apodado el *Negro* Robles, el primer congresista de piel oscura que tuvo Colombia, el poeta momposino Candelario Obeso, el científico Washington Carver y, el campeón mundial de boxeo en todos los pesos, Joe Louis.

Te contagiaste de su entusiasmo y te sumergiste sin ataduras en la tradición africana, como si no se hubieran sumado nuevos bríos y nuevos gritos a esa sangre a lo largo de cinco siglos de historia (Zapata Olivella, 1949, pp. 55-56). Quedaban atrás las discusiones con los tejadunos, en las que tratabas de criticar cierto racismo que percibías en ellos. Ya no veías sino por el contorno del esencialismo, pero con razones muy débiles, porque no tenías aún las bases económicas suficientes para fortalecer tus argumentos. Tus amigos te sumían a tal punto en la beligerancia de sus ideas, que llegabas a proferir gritos de guerra racial que podían hacer saltar a tus antepasados blancos de las tumbas. En aquel episodio acabaste metiendo la conciencia en el color de la piel y, sin embargo, regresaste a tus posturas iniciales.

En la reflexión sobre la visita a Puerto Tejada hay dos hechos destacados: uno, vislumbras una tendencia racista en la postura de tus amigos caucanos, al destacar como principal el tema del color de piel, y tú consideras, admitiendo que no tienes muchas razones de peso, que el problema racial tiene bases económicas. Dos, con la frase “cinco siglos de historia que dieron a la sangre nuevos bríos y nuevos gritos”, das inicio a unas consideraciones que, más tarde, se volverán centrales en tu discurso sobre la importancia del mestizaje, de la mezcla de etnias y culturas.

La vida misma te seguiría siendo propicia para continuar con tus reflexiones, y tú querías saber más. Cada viaje te mostraba escenas de personas con hambre, de barrios sumidos en la miseria, sin agua y sin luz, de calles destapadas, de obreros en huelga luchando por mejorar sus condiciones de vida.

En el diálogo que sostienes con tu hermano mayor, quien se encuentra en la zona del Canal de Panamá, donde trabaja como obrero picapedrero en las obras que adelanta una compañía norteamericana, más allá de las desigualdades económicas que vislumbra en la sociedad, a la misma altura de las diferencias en el color de la piel, observas como elemento central las diferencias de clase, Manuel, y percibes la necesidad de que los obreros adquieran conciencia de ello. Encontraste a todos los hombres escrupulosamente clasificados por el color de piel, pero tu hermano veía al mismo hombre desde distintos ángulos. Lo advertía tal vez en las manos callosas, en la piel lastrada por el sol, en la comisura seca de los labios y en la firmeza de los ojos. Siempre ocupando la misma desgracia, hombres con una cara nueva cada vez. Y un botón con un número de bienvenida que anulaba desde ese momento los datos personales. Y eso querías, Manuel, ser un hombre. Pero al final de la tarde, te decía tu hermano, se era solo un “bagazo”.

Los contornos arqueados de sus ojos, con el cielo como telón de fondo, perdiendo sus conversaciones en el agudo taladrar de las piedras. El viento que vuelve y se apaga se lleva el polvo: no hay nada que respirar. El sonido del taladro penetra estacionándose en los oídos y el golpe de la pica se enrosca en el brazo. En la noche, la orquesta de la explotación se ha alejado hasta desaparecer en un breve sueño. El trabajo duro devora los días, absorbe por entero las fuerzas de los picapedreros. Eso era la vida real y era el momento de que dejaras el idealismo de estudiante burgués (Zapata Olivella, 1949, p. 102) que quiere expiar sus pecados escribiendo sobre el dolor de los desgraciados. Así te lo señala tu hermano mayor en ese mismo diálogo:

—¿Qué hubo del comunismo?

—Continúo creyéndolo una utopía como te lo he escrito muchas veces.

[Te miró fijamente para decir:]

—Aunque no lo creas, tiene mucho que ver con tu resolución de trabajar como simple peón. Es el llamado de tu clase.

—Tonterías. Quiero conocer la vida de los pobres porque quiero escribir su dolor. Idealismo, dirías tú.

—Lo contrario, demasiado realismo (1949, p. 102).

Era el comunismo lo que importaba, te lo dijo tu hermano. La conciencia de clase que te llamaba a trabajar como obrero. Juan, el hermano mayor, te había revelado en una conversación la carimba de tu bisabuela Clotilde. Fue el que dejó los estudios para trabajar, y trabajó en tantos oficios como maltrecha llevaba la vida, y era el que contaba con gran indignación cómo los yanquis de la zona del Canal agrupaban a los hombres de la siguiente forma: a los morenos con bajos sueldos los incluían en el rol de plata, y a los blancos de altos sueldos en el rol de oro, en un alarde discriminatorio inadmisibles que apuntaba a sembrar el odio racial entre los mismos panameños, dependiendo de si eran nativos o de ascendencia inglesa.

Él trabajaba incansablemente por lograr que los obreros adquirieran conciencia de clase, para acabar con las estúpidas diferencias de color. Los obreros debían saber cuál era su papel en el mundo, unirse como clase, ser conscientes de la única cosa que realmente los hacía iguales: la explotación. La riqueza que entregaban con sus manos callosas y su sudor solo beneficiaba a los dueños de los medios de producción. Tomar conciencia era indispensable para cumplir la tan anhelada utopía, la desaparición de las clases sociales.

Sobre las bases ideológicas en las que construiste tus apreciaciones tempranas acerca de la problemática social, es necesario tener en cuenta, Manuel, que durante tus años juveniles —transcurridos en la década de los treinta y comienzos de los cuarenta— Colombia vivía un auge en la propagación de las ideas socialistas y en los procesos organizativos de los trabajadores. Estos eran impulsados por intelectuales como Raúl Eduardo Mahecha, María Cano, Ignacio Torres Giraldo y Tomás Uribe Márquez, que no se limitaron a orientar ideológicamente a los obreros, sino que, literalmente, se metieron en el barro, participando en huelgas como las de Fedenal en el río Magdalena, las de los petroleros en Barrancabermeja, los bananeros en el Magdalena²²; y en ese trajinar soportaron la cárcel y toda suerte de

.....
²² De la huelga bananera, realizada en 1928, quedó registrada para la historia la masacre perpetrada por el Ejército colombiano y narrada por Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad* (1967). Siguiendo las órdenes del general Carlos Cortés Vargas, puesto por el Gobierno del conservador Miguel Abadía Méndez al servicio de los intereses de la empresa

retaliaciones de Gobiernos que favorecían siempre los intereses del capital extranjero y de los grandes potentados criollos, ligados por estrechos lazos con los monopolios norteamericanos.

En 1930, buena parte de los intelectuales revolucionarios participaron, al lado de los primeros dirigentes obreros, en la fundación del Partido Comunista que, a partir del primer Gobierno de Alfonso López Pumarejo (1934-1938), estableció una estrecha alianza con el Partido Liberal, siguiendo las orientaciones de la Tercera Internacional, que animaba a los partidos comunistas a aliarse con los partidos de la burguesía para enfrentar la amenaza nazi.

La Internacional Comunista, en el VII Congreso que tuvo lugar en Moscú entre julio y agosto de 1935, en nombre de la lucha contra el régimen fascista, fijó como prioridad la defensa de la democracia política. La estrategia, entonces, supuso la construcción de alianzas con otros partidos, que terminaron dando forma a los llamados Frentes Populares en distintos países europeos y en América Latina. En Colombia, el Partido Comunista también acogió la tesis del Frente Popular, entabló alianzas con partidos políticos y se convirtió en defensor del Gobierno de López ante las vertientes falangistas del conservatismo que buscaban socavar su mandato (Flórez Bolívar, 2023, p. 134).

El ambiente sociopolítico de entreguerras, en el que el comunismo tomaba fuerza porque no era aún el enemigo principal de las democracias liberales —ocupadas como estaban en detener el peligro de avance de Hitler y sus aliados—, contribuyó a la forja de tus ideas, como se trasluce en tus escritos de la época. En un texto posterior reconoces tu vinculación a la Juventud Comunista en tu época estudiantil (Zapata Olivella, 1990, p. 199), lo cual ayuda a entender tus preocupaciones por el desarrollo de las contradicciones sociales.

.....
estadounidense United Fruit Company, un escuadrón de soldados disparó sobre la inermes multitud de obreros que, con sus mujeres e hijos, aguardaban en la estación del tren en Ciénaga noticias de los negociadores de su pliego de peticiones. Aquella noche fueron asesinados 410 obreros y, en las siguientes semanas, 600 más, como lo atestigua un telegrama enviado a Washington por el embajador de Estados Unidos en Bogotá.

El vagabundaje de cuatro años te llevó por tierras desconocidas y te puso en contacto con los niveles más degradados de la miseria humana. Pudiste experimentar en carne propia el drama permanente en el que viven quienes ocupan la base de la pirámide social, e incluso más allá, las personas excluidas de la sociedad, que carecen hasta de techo y viven atenazadas por el hambre.

Particularmente durante tu paso por Estados Unidos, visto por muchos como epítome de la libertad y la democracia, encontraste una de las más protuberantes fallas de la sociedad norteamericana: el acendrado espíritu racista que guía las acciones de una gran parte de los ciudadanos. Conviviste con una porción importante de personas negras, a cuyo lado afrontaste los latigazos del hambre, el frío y toda suerte de males que aquejan al cuerpo y estrujan el alma; gentes negras arrojadas al fango por una sociedad que las excluía, negándoles las oportunidades y hasta lo más elemental: un hogar y comida. Eran afroamericanos pobres, obreros o desempleados, casi muertos de hambre que no podían permitirse, ni siquiera, caminar por ciertos andenes de su ciudad.

En realidad, Manuel, no eran personas libres. La idea de libertad que predomina en los EE. UU. es aquella que va asociada a la propiedad privada como parte de la creencia de que las posesiones materiales garantizan la seguridad personal, la autonomía y la autosuficiencia (Vidal Pérez, 2016, p. 528). Las personas negras eran discriminadas, mantenidas a distancia, como si estuvieran contagiadas por una peste invisible. Vivían entre insultos, corriendo el riesgo diario de ser linchadas o asesinadas, pero todo dentro de un marco legal que incluso cobijaba obsoletas y sesgadas normas de “convivencia”, como aquellas que establecían que los pasajeros negros en un vehículo de transporte público debían viajar en los asientos traseros, separados de los blancos por una tablilla que colgaba del techo y señalaba el comienzo del espacio segregado, o las que prohibían que se vendiera comida a los negros en los restaurantes, o los confinaban a un espacio diferente al que podían ocupar los blancos.

Tú viviste en carne propia el trato discriminatorio que se les dispensa a los negros en suelo norteamericano, mucho más acentuado hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, cuando los soldados

afroamericanos regresaban exigiendo la igualdad de derechos porque habían servido a su país. Por la misma época en que hacías tu correría por las tierras del norte, hallaste una situación aún más profunda que el racismo ¿no, Manuel? En la meca del capitalismo existía una clara división basada en la posesión de bienes materiales. No se trataba simplemente del color de la piel, sino de diferencias, incluso tan pequeñas como la ropa que uno se ponía, el vehículo en que se viajaba. “El automóvil es un símbolo de ostentación de los que compiten por riqueza”, el acceso a los finos restaurantes y a los conciertos, “esas efímeras dichas de los hombres” de las que habla Gatsby, que definían, en últimas, la marcada estratificación de clases sociales.

En la obra *He visto la noche* (1953), que completa la autobiografía de lo vivido en tu juventud, consignas varias muestras de que las diferencias de clase superan a las diferencias raciales: al relatar tu frustración por no poder disfrutar de un concierto de la cantante negra Marian Anderson en el Carnegie Hall, por la total inopia que te acompañaba, comentas el ingreso de los espectadores, señalando que, entre los asistentes, que hacían ostentación de sus ricas galas, no faltaron personas negras muy elegantes, con lo cual se confirmaba que el dinero tiene un poder tan grande que logra borrar o disminuir las diferencias en el color de la piel (p. 150).

Y, más adelante, en un episodio en el que acompañaste a una dirigente sindical negra a una movilización de obreros en huelga en Winston-Salem, encontraste que las diferencias del color de piel también podían ser borradas no solo entre las personas acaudaladas, por el poder del dinero, sino también entre quienes tenían la misma condición de trabajadores explotados. Los trabajadores blancos eran mundos apartados por la pobreza y también sostenían con penurias y cansancio la riqueza de los pocos acaudalados. Incluso cuando las ciudades experimentaban un crecimiento económico, familias de trabajadores blancos vivían hacinadas en habitaciones de alquiler o eran obligadas a residir en viviendas deterioradas, donde podían morir de hambre o enfermedad. Sometidos a trabajos físicos que requerían de grandes esfuerzos, los obreros tenían bases muy sólidas para agruparse y liberarse de la explotación.

Admiraste a tantos hombres unidos, blancos, negros y latinos, que caminaban hombro a hombro gritando consignas con una sola voz y bajo la única condición de ser obreros. Pero eran más que una voz. Y los escuchaste, a él, a ellos, a esa voz, a esas voces, todos ellos, la gran alianza obrera, que día y noche avanzaba frente al establecimiento. Recordarías que seguían llegando en forma continua más y más grupos de trabajadores que venían de otras fábricas, casi todos obreros del tabaco, a expresar la solidaridad con sus hermanos y a unirse a los piquetes de huelga, en remplazo de quienes habían permanecido largo rato en las brigadas de apoyo. Había entre ellos muchos blancos, para quienes las palabras *libertad*, *igualdad* y *fraternidad* tenían un enorme significado. Habían luchado por ellas junto a los negros forjando una unión que no podría deshacer nada ni nadie (p. 166). Estos episodios tendrían gran efecto en tus ideas políticas.

Pero quizás la afirmación más concluyente en torno al carácter de la lucha que libraban los desposeídos la encontraste en boca de Joe, el hermano menor de tu amigo negro, Eugenio, quien desde Nueva York les había enviado contigo una carta a sus padres y hermanos residentes en Nueva Orleans. Cuando Joe se quejó de que a su esposa blanca, con la que se casó en Italia, no la habían dejado vivir a su lado, con su familia negra, y señaló que creía superadas todas estas necesidades tras la derrota del nazismo con la que finalizó la guerra, tú intentaste, Manuel, apaciguarlo, pero Joe te replicó:

—No hay que conformarse. La batalla continúa, solo hemos cambiado de frente. El enemigo está aquí... [pisaba con tanta fuerza sobre el suelo que parecía achicharrar la cabeza a una culebra venenosa].

—Eso afirma Eugenio, él no se da tregua —[expresaste a manera de rectificación de tus palabras].

—Sí, lo sé, me lo ha escrito. Ha dado en el clavo, esto es una lucha de clase, no racial (p. 170).

¡Levántate mulato! Por mi raza hablará el espíritu

*es el eco de los pasos de tus ancestros,
el eco es Cartagena y el llanto de sus murallas.*

Las ideas sobre clase y raza que plasmaste en tus obras juveniles, Manuel, se vieron desarrolladas con mayor precisión en uno de los textos más representativos de tu visión del mundo. Se trata de *¡Levántate mulato! Por mi raza hablará el espíritu* (1990)²³, escrito veinte años después de la publicación de tus primeros relatos testimoniales. Es el libro que la mayoría de los estudiosos de tu obra consideran como tu más completa autobiografía. Desde esa perspectiva, cabe afirmar que lo allí expresado sobre clase y raza son tus ideas más concretas sobre los dos conceptos, cruciales a la hora de una definición identitaria. En ella profundizas también sobre tu origen africano y el aporte fundamental que tus antepasados, tanto negros como indígenas y europeos, hacen a la conformación de una nueva categoría poblacional: la latinoamericana, en la cual está inmersa la población colombiana. Es aquí, en esta obra, donde te respondes las preguntas ¿de dónde vienes?, ¿en qué lugar te encontrabas? Y te encauzas definitivamente por tu condición de mestizo, defendiendo el aporte negro a la mezcla creada en América con el blanco, el indio y el negro. Y lo dices desde los inicios. Siempre te ha enorgullecido decir que tus padres, tus hermanos, tus primos, llevaban la pelambre indígena, los ojos azules o el cuerpo chamuscado con el sol africano. En tu juventud sentías que el haber nacido como producto del cruce de muchas sangres era tu fortaleza, te otorgaba el potencial creador del joven que se sentía dueño de un lugar sin tener que hacer reverencias ni claudicar ante ningún amo y señor extraño (p. 32). En el reconocimiento de tu origen triétnico —sobre el que basaste tu defensa del mestizaje como principal corriente del surgimiento de una cultura, un modo

.....
²³ Otto Morales Benítez dice que *¡Levántate mulato!* “es un gran alegato a favor del mestizaje del continente indoamericano. Toma sus raíces ancestrales y las va haciendo sobresalir con nuevos dones” (Castillo Gómez, 2022, p. 363).

de ser y una idiosincrasia propios y definitorios del latinoamericano y el colombiano—, no dejabas de poner por delante tu condición de mulato de sangre negra procedente de África, aunque, de todas maneras, reconocías el aporte blanco de tu abuelo materno catalán y el aporte de la cultura india de tu abuela materna²⁴. Eras heredero de muchas historias. El tiempo vivía en las manos de tu abuela india, que se paseaban por el barro y por las trenzas de tu madre. Asististe también, entre los embrujos y la humedad de los emplastos, a ciertas curas antes que el infortunio abrasara las almas de los hombres. Fue el eco de tu abuela negra, la resonancia continua de su sabiduría de montes, lo que te llevó a estudiar Medicina.

Pusiste la mirada sobre el presente, mares y siglos que traían la historia de los tuyos. Cuanto más te alejabas, más regresabas a tu origen. Ese *afán de ser* fue el diagnóstico al que llegó tu profesor de Clínica Médica, Alfonso Uribe, cuando le consultaste en búsqueda de alguna respuesta a tus delirios. En un horizonte de ciudades erguidas por puentes y edificios que nunca duermen, o solo despiertan por el sonido de sus máquinas o en las huidas de noche por pueblos y colinas, en un tiempo mecido entre mares, ríos y azahares, y cuando no, mirando a los tuyos, los descubrías. El afán de ser no era más que un regreso a tu origen, un encontrarte, un reconocerte entre tus iguales, porque tú también eras oprimido, del lado de la historia en el que te ubicabas y que debías reivindicar. Al afincarte en la posición del oprimido, la coherencia contigo mismo implicaba, a tu modo de ver, asumir una identidad histórica igual a la que asumió tu padre: la de un cimarrón.

Tu padre percibió que la piel negra lo descubría como una llaga viva entre quienes habían sido objeto de la esclavitud. Porque en el principio fueron los barcos. Y la lucha por la libertad. Para ser más

²⁴ “Mi abuela, como todas las mujeres de San Sebastián, fue ceramista. Sentada en el suelo, manejaba el barro con las manos y los pies construyendo a partir de la arcilla informe el vientre, los senos y la garganta de sus tinajas, en otros tiempos ánforas funerarias para contener las momias de los difuntos. En el oculto sedimento de su espíritu, mi hermana Delia, toda barro blando, dúctil, negro, llevaba sin saberlo la semilla de escultora que le ayudarían a florecer sus maestros de la Escuela de Bellas Artes en la Universidad Nacional” (Zapata Olivella, 2020, p. 44).

precisos: en el principio fueron miles los que traían en los barcos en condiciones infrahumanas. La esclavitud, el desarraigo, su soledad, el dolor, las cadenas. Hombres, mujeres y niños aprisionados, provenientes de África, se transaban como cualquier mercancía: “piezas de Indias”. Al final, seguía el sacrificio de cientos de millares de vidas en las plantaciones y en las minas. Y la lucha por la libertad. Era solo un muchacho cuando tu padre fue consciente de la opresión.

Todos sus antepasados maternos, excepto dos generaciones de abuelos, habían sido marcados a fuego por el hierro del amo, solo cincuenta años antes de que tu padre viniera al mundo. Su primer acto de rebeldía fue la desobediencia inducida por la escucha de las ideas de un tribuno anticlerical y por las lecturas de los libros prohibidos, como los de Vargas Vila. Leyó también a Víctor Hugo como un mapa de la injusticia que debía memorizar y, de ahí, sus lecturas se nutrieron, ya no de literatura, sino de ciencia y materialismo. Así fue como tu padre se hizo un hombre anticlerical, que incluso en la muerte quería vivir en perfecta armonía con sus ideas. Su última petición consistió en dejar su cuerpo en un anfiteatro para que los estudiantes se percataran de que nada sobrevivía a la muerte, ni alma, ni cielo, ni infierno. Su oficio de maestro ocupó toda su vida con esa clara conciencia de la injusticia social y recriminación a la Iglesia católica y a los curas, porque veía en ellos a unos cómplices de la explotación y la opresión que seguían perpetuándose contra los pueblos que habían sido colonizados. Se lo dijo al sacerdote alemán el día que lo visitó en su escuela: “Él no puede aceptar una religión que solo ha traído pobreza y oscurantismo a los pueblos oprimidos”.

En las críticas que tu padre hace a la alianza entre el conservatismo y la religión que caracteriza a los Gobiernos de la Hegemonía Conservadora de comienzos del siglo xx, en su libro *¿Qué es el liberalismo?*, señala con sorna: “Es verdad que el conservatismo ha tenido escuelas; pero estas escuelas han enseñado más cosas de la otra vida que cosas propias de la presente” (Flórez Bolívar, 2023, p. 139).

Fue de tu padre negro, liberal radical y ateo, de quien heredaste la mirada materialista sobre el mundo y la sociedad, aunque no exenta de las creencias mágicas y trascendentes acerca del acompañamiento

de los antepasados en las vidas de los vivos, que provenían tanto de los ancestros africanos de tu padre como de los antepasados indígenas de tu madre.

Sobre la adscripción de los negros y de tu padre a las ideas liberales, escribiste cómo se había iniciado el proceso, cuando los liberales, bajo el Gobierno de José Hilario López, en 1851, habían decretado la libertad de los esclavos, un poco antes de perder el poder. Pero esa libertad no necesariamente significó la redención de los negros, porque fueron literalmente arrojados de las haciendas y las minas a la penuria, sin tierras ni bienes, sin herramientas, analfabetos y desnudos, iniciando una diáspora interna que los llevó a las costas, a las riberas de los ríos y a las tierras desérticas, para ir configurando una nueva nación: la nación negra. Y fue desde allí que se aferraron los negros al Partido Liberal como tabla de salvación pues, al fin y al cabo, era el partido que había ordenado romper las cadenas de la esclavitud (Zapata Olivella, 1990, p. 108).

Resaltaste que, habiendo nacido liberal, tu padre nutriera su ideario con las lecturas de los enciclopedistas y con la práctica del anticlericalismo radical. Señalaste certeramente que el marxismo latinoamericano aún no había comenzado a entender que en estas tierras —a diferencia de la Europa donde nació el capitalismo que con tanta precisión estudiaron Marx y Engels—, la opresión del indio y del negro, que son la base de la cadena opresora, convierte en inseparables los conceptos de raza y clase.

A esa definición del mundo que pregona el marxismo, aunque estuvieras de acuerdo con ella, le faltaba algo y se requería coraje para defenderlo. El hacer temblar la verdad de que no se trataba solo de una lucha de clases, tan defendida por los círculos de izquierda a los que perteneciste, demuestra que la relación que tuviste con los hombres y el mundo fue crítica y, respecto a la realidad de tu época, totalmente revolucionaria. La idea matriz sobre raza y clase atraviesa siempre tus consideraciones acerca de la condición social a la que han sido sometidos los negros y los indígenas a lo largo de la historia de nuestro país.

Reiterando lo planteado años atrás por los integrantes del Club Negro de Colombia, el que tú contribuiste a fundar y de cuya dirección fuiste secretario general, reclamaste por el incumplimiento de la

promesa de los libertadores de abolir la esclavitud si triunfaba la gesta emancipadora. Señalaste con acierto que, para reclutarlos en los ejércitos patriotas en la guerra de Independencia, a los negros se les prometió que, si triunfaba la revolución, se decretaría la libertad de todos los esclavos, pero la verdad es que la esclavitud se mantuvo a lo largo de las tres primeras décadas de vida republicana (Zapata Olivella, 1990, pp. 119-120).

Para reforzar tu reclamo, en las páginas finales de *¡Levántate mulato!* (1990), relataste tus alucinantes conversaciones con los muertos —a los que visitaste en el mismo lugar donde fueron sepultadas sus historias—. Querías, Manuel, vivir ese pasado, haciendo presente la memoria, ese todo significativo que se había hecho en la forma de sufrimiento, el exilio del Muntú, para vivirlo como ellos lo habían vivido, como víctimas y sobrevivientes. Allí yace tu peripecia, el ser actor de lo vivido, que te ayuda a reconstruir los escenarios y los hechos que recoges en la epopeya de *Changó, el gran putas* (1983), dándole tu impronta creativa, pero también su lugar en el mundo, esa epopeya en la que, desde los inicios, quien la lee se hace partícipe en forma genuina. Ahí está “la huella no olvidada” que “se posa en el polvo del mañana” y cuyo destino es la libertad.

La diáspora africana y sus descendientes no tienen otra tarea que la de liberarse. Pusiste a Alexandre Pétion a preguntar por Bolívar y por su promesa de libertad para los esclavos, y la respuesta que le diste fue que “había muchas Constituciones bolivarianas, pero que todavía los negros esperan, como en Haití, la verdadera y real libertad” (Zapata Olivella, 1990, p. 139). Y en evidente contraste con el juicio a Bolívar, implícito en tu respuesta al interrogante de Pétion, hiciste que José Prudencio Padilla —el gran “negro Padilla”, compañero de Bolívar en la gesta emancipadora, fusilado por orden del Libertador— se declarara incómodo desde la tumba por no haber podido liberar a sus hermanos de la esclavitud. Pero en ese recorrido por las tumbas de los muertos, cuando fuiste a San Pedro Alejandrino, tuviste un gesto magnánimo al darle la oportunidad a Bolívar para que, a través de su aya Hipólita, expresara su arrepentimiento por haber mandado a fusilar a los generales que habían

sido como sus hermanos, ambos mulatos: Carlos Manuel Piar y José Prudencio Padilla²⁵.

En varias oportunidades expresaste en esta obra autobiográfica tu desencanto con la actitud que asumen muchos negros y mulatos al tratar de esconder su condición, buscando ser aceptados por las élites dominantes mediante la vía de asimilarse a las costumbres, formas de ser, gustos y expresiones culturales que las élites imponen. Apuntaste, incluso, que en la historia de Colombia no son pocos los casos en que personas negras han ocupado cargos de congresistas, ministros, gobernadores, alcaldes, pero que esas dignidades, en la gran mayoría de los casos, no fueron desempeñadas por su origen racial o de clase, porque tal condición debió ser ocultada. Los ministros o congresistas proclamaban que disfrutaban del cargo en condición de “colombiano” y no en representación de su estirpe, de tal manera que no se identificaban con la clase de donde procedían, ni mucho menos con su raza (1990, p. 155). Y, más adelante, destacaste el papel de tu compañero del Club Negro, Natanael Díaz.

Si hay alguien a quien se pueda considerar como verdadero precursor de la negritud en Colombia, para ti ese es Natanael Díaz. Hubo otros congresistas negros, provenientes de la costa Caribe, del Chocó y del Cauca, que procuraban esconder la identidad negra para congraciarse con el grupo blanco dominante, bajo cuya actitud paternalista les gustaba cobijarse. Pero Natanael siempre proclamaba, en sus discursos políticos, en sus poemas, en sus columnas periodísticas, su condición de negro, de la que se sentía profundamente orgulloso (p. 189).

²⁵ El arrepentimiento ya había sido expresado por Bolívar antes de morir: “A los pocos días de su inicuo fusilamiento, Bolívar escribió a su compatriota Pedro Briceño Méndez confesándole su remordimiento por esta sentencia arbitraria: «Ya estoy arrepentido de la muerte de Piar y de Padilla y de los demás que han perecido por la misma causa. Lo que más me atormenta todavía es el justo clamor con que se quejarán los de la clase de Piar y de Padilla. Dirán con sobrada justicia que yo no he sido débil sino con ese infame blanco [Santander] que no tenía los servicios de aquellos servidores de la patria. Esto me desespera de modo que no sé qué hacerme (...)»” (como se citó en Guerra, 2020).

El alegato contra quienes preferían ocultar la condición de negros y adoptar posturas y actitudes de las clases dominantes se constituye en un rechazo total a la teoría del blanqueamiento como medio de inclusión social, esgrimida por las élites cual condición para aceptar que personas negras y mulatas accedieran a cargos destacados en la administración pública o en las actividades de los sectores económicos predominantes. El blanqueamiento exigido por las élites, aceptado y practicado por quienes querían acceder a aquellos círculos exclusivos, no era meramente un problema del color de piel, que en muchos casos resultaba imposible de modificar, algo casi impensable en tu época, sino que entrañaba más que todo una actitud de clase social, un comportamiento de superioridad y de autoridad sobre los desposeídos de fortuna, los trabajadores, los campesinos.

Aquella visión romántica, expresada por ti y por tus compañeros del Club Negro a comienzos de la década de los cuarenta, según la cual Colombia era un país donde las razas convivían en condiciones de igualdad, como lo afirmaran en el *Manifiesto a los intelectuales del continente americano*, fue cediendo paso a una visión más ajustada a la realidad, en la que la discriminación y los prejuicios raciales forman parte de la cotidianidad nacional. Más de un siglo después de la ruptura con el dominio colonial español y a casi una centuria de la promulgación de la ley que abolía la esclavitud, pudiste constatar en carne propia que la sociedad colombiana tenía una dependencia atávica del sistema de castas impuesto por los europeos, de tal manera que los niveles más altos de la pirámide social estaban reservados a los blancos y mestizos descendientes de españoles y de sus herederos criollos, y que no era posible llegar, por mérito propio, ni siquiera a lugares destacados en la academia, en la investigación científica o en el arte.

Siempre que hacías esfuerzos por alcanzar un estatus científico o intelectual puro, te estrellabas contra muros invisibles, con las fronteras que apartan a los indios y a los negros de los puestos más representativos y decisorios en la sociedad. Con tu hermana Delia asumiste actitudes de afirmación de tu identidad étnica, pero, detrás de las miradas burlonas, de las hipócritas e ineficaces manifestaciones

de afecto y comentarios elogiosos, veías cerrarse ante ti las puertas, portazos que te mostraron la enorme dificultad existente cuando se trataba de cambiar los rígidos esquemas en una sociedad profundamente discriminadora (Zapata Olivella, 1990, p. 185).

Llegaste a encontrar que incluso entre la misma gente de piel oscura había diferencias de apreciación según se tratara de negros, mulatos o mestizos. Es muy significativa la anécdota que relatas de tu viaje a Puerto Tejada, por invitación de tu amigo Natanael Díaz, a dictar una conferencia sobre la historia de los africanos en Colombia. En aquella ocasión te encontrabas ya en el sitio de la conferencia, el salón de un colegio, atiborrado de gente, cuando una señora de piel muy oscura se te acercó a preguntarte en qué momento llegaría el conferencista negro. “Soy yo”, le dijiste, e intentaste abrazarla. Te miró sorprendida y dijo: “¡Pero usted es blanco!” (p. 187). En aquel momento, abarcaste con tu mirada, antes ausente de esa sindéresis, a todos los que te rodeaban: profesores, alumnos, trabajadores cañeros, campesinos, lavanderas, eran negros, ¡el único mulato eras tú!

Habías descubierto que tu identidad histórica, aunque te otorgaba un lugar en el mundo —un mundo en común con otros—, se veía afectada por la mirada que sobre ti tenían otras personas. Ignoro si los presentes en el auditorio conocían algo de la historia de África que habrías de dictar, si reconocían el aporte de los africanos a la construcción de nuestra nación, si reconocían en sus saberes alguna huella de África, si sabían de los ancestros esclavizados, si habían podido viajar alguna vez a África. En todo caso, el hecho de que la señora te dijera que eras blanco te dejaba en claro un mensaje: no pertenecías a ese *nosotros* de los negros. Pero no fue la única experiencia que habrías tenido con respecto a las personas negras que no te veían como su igual. Tu madre te lo había advertido, dentro de su sabiduría: “Cuando vayas a África, no te tomarán por negro”, y así fue. ¿Cómo defender, entonces, tu posición en el mundo?

Fuiste muy perspicaz, Manuel, cuando pusiste sobre la mesa la contradicción entre la caracterización de lo negro como factor central en la definición del mestizaje. Ese discernimiento no solo surgió de tu partidismo en favor del mestizaje. La principal preocupación

tuya en todo este debate era, de hecho, la libertad. “¿Híbrido o nuevo hombre? ¿Soy realmente un traidor a mi raza? ¿Un zambo escurridizo? ¿Un mulato entreguista? ¿O sencillamente un mestizo americano que busca defender la identidad de sus sangres oprimidas?” (p. 34). Pero también estaba tu preocupación por el lugar que las personas oprimidas ocupaban en el mundo. Debían tener su lugar, y no era el que había sido asignado por la colonización. Otro debía ser el camino.

El Día del Negro

*el rostro de sus barrios, como mangles cincelados,
sus puertos de clamor o su canto de rebeldía.*

Conmovidos por la noticia del linchamiento de dos trabajadores negros²⁶ en Chicago, tú y tus amigos universitarios negros del norte del Cauca quisieron aprovechar la visita a Colombia que el vicepresidente de Estados Unidos hacía en 1943. Se trataba de una gira por Suramérica que buscaba apoyo de los Gobiernos de la región para arreciar el repudio mundial a los intentos de dominación de la Alemania nazi y redoblar las acciones militares de la Segunda Guerra Mundial, que ya completaba cuatro años de muertes, destrucción y desolación, especialmente en Europa, el escenario principal.

En efecto, en 1943 el vicepresidente norteamericano Henry Wallace visitó nuestro país y Natanael Díaz le escribió una carta que fue publicada por el periódico *El Tiempo*. En ella le pedía a ese Gobierno acabar con la discriminación racial, la persecución y el exterminio de los negros en territorio estadounidense, así como garantizar los derechos a toda la población negra. Esto lo hizo porque el hilo discursivo de Wallace contradecía la realidad y, a su vez, la realidad contradecía las palabras, poniendo todo como una enorme mentira guardada

²⁶ Y ambos términos eran claves, porque iban unidos: trabajadores-negros, clase-raza.

cuidadosamente dentro de una bolsa de reluciente oro, en el divorcio permanente entre la acción y la palabra que caracterizaba y caracteriza al Gobierno estadounidense.

Pero tú y tus amigos caucanos, junto con tu hermana Delia, fueron más allá de la publicación de la carta: organizaron una protesta pública. El 20 de junio de ese 1943 fue un día que marcó profundamente su identidad, pues celebraron el Día del Negro recorriendo la carrera Séptima, la vía más concurrida de Bogotá, dando vivas a los negros y abajos a la discriminación racial y a los asesinatos de negros en Estados Unidos. La víspera habían recorrido las universidades, invitando a los estudiantes a acompañarlos en la protesta y observaban las reacciones, entre sorprendidos y molestos algunos, porque se evidenciaran sus nexos con las clases discriminadas. A la cita acudió apenas una docena de negros, de los cuales solo dos, tu hermana Delia y tú, eran del Caribe, y el resto, del norte del Cauca, junto al Pacífico.

Iniciaron el recorrido en la Biblioteca Nacional, pidiendo que la música que se escuchara en aquel día tan especial fueran solo las canciones de Marian Anderson y Paul Robeson, dos cantantes negros que expresaban todo el sentimiento religioso de la población negra norteamericana con el arte y la sensibilidad de la que únicamente ellos eran capaces. Después de tres horas de éxtasis y animados por la música, salieron a hacer el recorrido por las calles centrales, donde se encontraron con amables conductores que hacían sonar las bocinas de los autos en señal de simpatía y con transeúntes que miraban alelados el paso de ustedes, como si observaran un cuadro surrealista. El coro “¡Ay, mama Inés! ¡Ay, mama Inés, todos los negros tomamos café!” se extendía por las calles, amplificado por las gargantas de quienes voluntaria y alegremente los apoyaban. Invadieron los cafés donde Natanael Díaz, gran orador, se subía a las mesas para arengar a los estudiantes, comerciantes, ganaderos e intelectuales que se reunían a degustar el infaltable tinto, y todos lo acompañaron con la pegajosa tonada que invitaba a tomar el café, para demostrar solidaridad con el reclamo contra la discriminación.

La protesta seguramente no dejó mayores huellas en los negros, mulatos y mestizos de la ciudad, pero sí profundas cicatrices en ustedes. Terminaron la jornada en la plaza de Bolívar, reclamándole

al prócer por no haber incluido la libertad de los esclavos en la Constitución. Ante la queja de algún transeúnte que consideró insultantes los reclamos al Libertador, se presentó la Policía dispuesta a defender la honra mancillada de Bolívar y algunos de sus compañeros se esfumaron al amparo de las sombras de la noche. Entre los que permanecieron, la presencia de Delia contribuyó a un diálogo que terminó en la conducción pacífica de Natanael, Adolfo Mina Balanta, Marino Viveros y tú a la cercana estación de Policía, donde el juez de turno, condiscípulo tuyo en la costa, escuchó el informe de los agentes. Cuando estos se fueron, el togado se acercó a ustedes con una botella de aguardiente, de tal manera que la protesta, en todo caso, terminó con festejo ante los asombrados ojos de otros detenidos que no entendían los gritos ni la complicidad del juez. Al día siguiente, la prensa los acusó de aquello que combatían, de ser instigadores de la discriminación racial (Zapata Olivella, 1990, p. 189).

Manuel Zapata Olivella, ¿cómo explicar la presencia pública de ustedes aquel 20 de junio de 1943? Un tomarse por asalto la libertad, un moverse en el espacio público haciendo lo que deseaban hacer, alzar la voz como acto de protesta, el decir “estamos aquí”, el ser visibles y audibles como negros. Negros. La sola afirmación de la identidad tomaba en cuenta la realidad histórica de la esclavitud y el presente de discriminación e invisibilidad. Los demás solo necesitaban mirar alrededor para ver que estaban ahí, de pie, y lo habían estado desde hacía tiempo, en un mundo común a todos pero que, entre otras cosas, les negaba el reconocimiento, lo que también es una forma de olvido, de inhumanidad.

Nada más eran ustedes en representación de la negritud quienes protestaban en Colombia por los obreros negros linchados en Chicago, en una especie de fraternidad que aniquilaba cualquier geografía y frontera, pero que afirmaba un pertenecer a los que son discriminados, a los que luego llamarías oprimidos.

Un cimarronaje, el actuar como colectivo. Se trata, en todo caso, de esa soberanía que solo da la libertad de movimiento, donde lo contrario era la esclavitud. Esa libertad de movimiento que llevaste, pese a las incomodidades y el hambre, a esa forma de existencia que

preservara mejor tu libertad, Manuel, que fue el vagabundaje. Y en ese andar, con tus preguntas, estremeciste el mundo hasta sus cimientos. Sí, vivías al otro lado, no solo contigo mismo y con tu mundo, sino que también habitabas entre la gente, con las personas oprimidas, y te sentías unido a ellas en lazos de hermandad; de ello también, además de compasión, podemos deducir solidaridad y hasta responsabilidad, en un vínculo simbólico que hacía más llevadera la vida, que ya venía cargada con sus injusticias y desgracias.

La visión marxista

*el mar con su historia de galeones
y cuerpos en mudo exilio.*

Para darle una explicación científica a todo este fenómeno social, encontraste en el campus universitario el acceso a la filosofía materialista dialéctica y a las tesis sobre el desarrollo de las sociedades que definía el materialismo histórico. Con ellas podías ir más allá de la interpretación mecanicista, positivista del mundo, la cual habías adquirido al lado de tu padre, quien abrazaba las ideas evolucionistas con las que reforzaba su ateísmo militante, aunque sin llegar a dar el salto hacia una visión más avanzada del materialismo, que tú encontraste en el estudio de Karl Marx y Friedrich Engels.

La visión materialista de la sociedad fue, en buena medida, la que aplicaste a la reflexión sobre el papel de la medicina cuando descubriste que las clases teóricas, las prácticas clínicas y los diagnósticos médicos no tenían en cuenta, para nada, la situación socioeconómica de los pacientes. Aquella reflexión te llevó a tomar la drástica decisión de retirarte de las aulas universitarias y las álgidas salas hospitalarias para emprender un periplo que te permitiera conocer, en forma directa, los duros efectos de la pobreza, la explotación inmisericorde de obreros y campesinos y el trato discriminatorio y humillante que una parte de la sociedad —aquella

que acaparaba los bienes materiales— le dispensaba al resto de los humanos, ya por carecer de fortuna, ya por su color de piel. Tal periplo, que te condujo a recorrer Centroamérica y atravesar Estados Unidos, está muy bien descrito en *Pasión vagabunda* (1949) y *He visto la noche* (1953), tus escritos de juventud; pero es luego, en *¡Levántate mulato!* (1990), donde explicas con mayor claridad la causa más profunda de tu decisión de trashumancia.

Sucedió que las ideas políticas invadieron la concepción que tenías acerca de la medicina, convirtiéndola en una posición revolucionaria según la cual no se debía ver a los pacientes como simples víctimas de bacterias y virus, o como conejillos de laboratorios y anfiteatros, sino, más bien, como víctimas sociales. En la clase de uno de tus profesores habías contraído un virus que te empujaba a buscar las causas de las enfermedades más allá de los laboratorios: el virus del conocimiento, que fue lo que te impulsó a abandonar la universidad para recorrer a pie los caminos de Centroamérica, una región controlada por las dictaduras militares y el feudalismo. Ese mismo virus te produjo la fiebre de los grandes vagabundos como Panait Istrati, Máximo Gorki, Jack London y don Quijote, el mayor de todos ellos (1990, pp. 188-189).

Años más tarde, después de haber palpado el hambre y las desigualdades, la discriminación, los prejuicios raciales y sociales, luego de haberlos sufrido en carne propia en tu largo paso por tierras centroamericanas y estadounidenses, fue cuando entendiste a cabalidad la relación entre la raza y la clase social que habías comenzado a vislumbrar tras el contacto con las ideas marxistas.

La toma de conciencia sobre tu identidad étnica alrededor del problema del nexo entre raza y clase no fue un producto automático del conflicto ideológico, producido en tu interior por la compenetración que alcanzaste con la doctrina de Marx. Fue un largo proceso que inició con la disección de tu historia personal como descendiente de esclavos e indios, primo de bogas, hijo de un maestro ateo y positivista, que te llevó a una reflexión profunda sobre la evolución interior, desde las lecciones iniciales de tu padre hasta el descubrimiento y adopción de las que llamaste “ideas fertilizadoras del materialismo dialéctico” (p. 189).

Tu contacto con la ideología marxista no se limitó al estudio de las tesis del gran pensador alemán y de su compañero en la creación teórica, Friedrich Engels. Fuiste militante de la Juventud Comunista antes y después de tus viajes a Centro y Norteamérica, pero fue en la segunda etapa cuando reafirmaste profundamente tu compromiso con la causa revolucionaria. Como médico residente trabajando en el Frenocomio tenías la condición de empleado público y, en calidad de tal, te hiciste partícipe de las actividades sindicales del gremio médico, impulsando las huelgas de los trabajadores, hasta llegar al punto de ser expulsado del Frenocomio por apoyar a un profesor destituido que respaldaba a los huelguistas. Tu compromiso militante no te impidió, sin embargo, sostener una contradicción con tus camaradas por insistir en que las reivindicaciones raciales debían ser tenidas en cuenta por los revolucionarios, lo cual era visto como una postura racista y como una desviación, una herejía antimarxista. Distes a las críticas una respuesta contundente: para tus compañeros, adormecidos por una alienación que solo les mostraba la opresión económica, no tenía ningún valor la memoria ancestral que mantenía viva la marca de carimba que impusieron los esclavistas a tus abuelos y que seguían padeciendo tus hermanos indios y negros (p. 294).

Agregaste que no solo era la memoria ancestral, sino que también habías sido testigo presencial del linchamiento diario que sufrían los negros en Estados Unidos, sin importar si eran ricos o pobres. Y en la región centroamericana, gobernada por dictadores que representaban los intereses de los grandes propietarios, supiste del despojo que sufrían los indígenas a manos de los terratenientes, que los expulsaban de las parcelas en cultivo para agrandar los latifundios improductivos. De todo ello hiciste una comprobación directa, y eras conocedor de la historia y de la teoría marxista, que te permitían analizar las diversas formas que tomaba la explotación de opresores contra oprimidos: la religión, el idioma, las artes, las razas. El burgués no solo explota el cuerpo del pobre, también oprime su alma (p. 294).

El retorno a la patria martirizada

*Tú vienes del olvido
pero veías el rostro de los tuyos.*

No sobra destacar que el vagabundaje que hiciste por Centro y Norteamérica, las luchas en las que participaste a tu regreso, la misma militancia en la izquierda de entonces, tu actitud rebelde y contestataria, eran actuaciones de altísimo riesgo en el contexto histórico en el que tuvieron lugar. Si bien cuando partiste, en 1943, el país no sufría aún los excesos sin límite de la violencia bipartidista, a tu regreso reverberaba la persecución del Gobierno conservador a los militantes liberales, agudizada más tarde contra quienes se levantaron a lo largo y ancho de la geografía nacional para vengar la muerte violenta del líder popular Jorge Eliécer Gaitán.

Eran los tiempos del Gobierno de Mariano Ospina Pérez, quien ganó las elecciones de 1946 gracias a la división originada en la negativa de la dirección liberal a apoyar a Gaitán y lanzar, en cambio, a Gabriel Turbay, decisiones del oficialismo liberal que apoyó el Partido Comunista, al que perteneciste. El Gobierno de Ospina, que acabó con la llamada República Liberal, tambaleó con las insurrecciones populares producidas tras el asesinato de Gaitán, el 9 de abril de 1948. Para sofocarlas, inició una política de persecución a los liberales. La ola de violencia llegó hasta el Congreso de la República, segando la vida de un parlamentario liberal de Boyacá, Gustavo Jiménez. Ospina cerró el Congreso en 1949, justo cuando te graduabas como médico, y celebró, en 1950, unas elecciones con Laureano Gómez como candidato único, pues el liberal, Darío Echandía, renunció por falta de garantías.

La elección de Laureano Gómez llevó a extremos nunca vistos la persecución estatal a los ciudadanos que profesaban ideas contrarias a las del gobernante, dando paso a lo más agudo de la época que se conoció en Colombia como “la Violencia”. Gómez fue sustituido en 1951 por Roberto Urdaneta, quien fue depuesto en 1953 por el golpe de Estado que puso en el poder al general Gustavo Rojas Pinilla,

apoyado por los jefes conservadores y liberales. Como muchos colombianos, repudiaste la dictadura militar y fuiste perseguido por ello.

Ante el giro fascista que afrontaba el país —que padecían por igual obreros, políticos, campesinos, profesionales, intelectuales y estudiantes, en una espiral de violencia que se prolongó por cerca de dos décadas—, y con tus antecedentes de lucha por la revolución social, tu vida en Bogotá corría peligro. Te habías convertido, prácticamente, en un condenado a muerte. Por eso aceptaste la ayuda de algunos parientes que residían en cercanías de la frontera con Venezuela y que te ofrecieron refugio en la zona de Valledupar. Con ello rechazabas la idea de autoexiliarte y podías seguir asumiendo un puesto de lucha al lado de tu pueblo.

Aprovechaste el cambio de frente, de la ciudad al campo, no solo para desarrollar una abnegada labor social de médico entre los pobladores de las áreas rurales de tus “tierras placentarias”, como las llamaste —porque desde Valledupar volviste a Córdoba—, sino para profundizar tus ideas en torno a la negritud y su aporte al mestizaje como factor de construcción social.

La noción de la negritud

y estás aquí, como ceniza de un fuego antiguo.

Supiste siempre, desde tu niñez, sin leer todavía a Aimé Césaire, Léopold Sédar Senghor, León-Gontran Damas ni a Frantz Fanon, que *negritud* era sinónimo de inferioridad, nacido desde el estigma racista que los blancos colonizadores le colgaron al indio, al negro, al mulato, al zambo y aun a aquel blanco que no poseía riquezas ni títulos honoríficos.

La negritud en el continente americano trae resonancias de cadenas, galeras, bodegas, Inquisición, resguardos, plantaciones, látigo, esclavitud, linchamiento; pero también de palenque, cimarrón, libertad, vudú, candomblé, tango, rumba, marinera, jazz, *spirituals*, *blues*, mandinga y diablo. Aprendiste que América se había negreado

con los africanos, pero no precisamente por la piel negra, sino por la rebeldía, el espíritu libertario, las luchas antiesclavistas y la unión del negro con el indio para enfrentar a los colonialistas opresores. También por sus tambores y sus dioses guerreros, sus músculos y sus pregones, por su optimismo permanente de pueblo vencedor.

América se hizo negra por la fusión de las sangres que los blancos llamaban *impuras*, y esa mezcla fue superior a la pureza racial que tanto pregonaban los conquistadores. El mestizaje resultante se ha convertido en la fórmula para luchar contra el racismo en todas las sociedades clasistas que han existido en la historia de la humanidad. Tu hermana Delia y tú comprendieron que eran depositarios de una tradición, no solo étnica, sino también de lucha contra la opresión. Ambos se rebelaron contra la dictadura académica, desde antes de graduarte como médico, en tu caso, e inmediatamente después de recibir su título, en el caso de Delia. Los dos actuaban bajo el influjo de la herencia ancestral, pero también de las ideas libertarias de tu padre (Zapata Olivella, 1990, pp. 333-335).

Las convulsiones libertarias de la década de los sesenta

*de ese polvo, germen, que, en su propio vuelo,
bajo el cuerpo de la tierra expande su raíz
y trae la savia primera, el ritmo de su latido,
su resonancia de voces.*

La convulsionada década de los sesenta, que como un tsunami sacudió a casi todos los países, causó también profundas repercusiones en los movimientos que diferentes organizaciones y personalidades de la política y la intelectualidad negra habían iniciado en las dos décadas precedentes. A la exigencia del cese a la discriminación y los prejuicios raciales, y el consiguiente reconocimiento de los derechos civiles de los negros en Estados Unidos —que se prolongó durante los años posteriores a la valerosa acción de Rosa Parks y su encarcelamiento—, le siguió la brutal reacción de

las autoridades policiales contra todo lo que les oliera a rebelión. Esto se combinó con la actividad terrorista de la organización paramilitar Ku Klux Klan y la nueva oleada de acciones de las organizaciones de diversa índole que los negros crearon para defenderse. La situación llegó a tal punto que hubo respuesta armada de algunos movimientos negros a la violencia extrema impulsada por supremacistas blancos y por la Policía.

Fue una década estremecedora. Los negros norteamericanos se enfrentaron en todas las formas posibles a los racistas para mostrar su fuerza y su determinación de no permitir que sus derechos se siguieran pisoteando y para enseñar la cara hermosa de la negritud. *Black is beautiful!* fue la consigna desafiante. Se convocaron movilizaciones de protesta y plantones en las vías de las principales ciudades para rechazar la discriminación racial y la guerra de Vietnam, en la que morían miles de jóvenes soldados norteamericanos, tanto negros como blancos. Los deportistas negros que cosecharon medallas en los Juegos Olímpicos de México levantaron en alto el puño, símbolo del poder negro, y despertaron la admiración del mundo. A su vez, los grupos *Black Power* y *Black Panthers* rechazaron con metralla a los policías que agredían a los negros. El reverendo Martin Luther King, que enfrentó con enormes movilizaciones pacíficas la discriminación y la violencia contra los negros, poniéndose al frente de la lucha por los derechos civiles, recibió el Premio Nobel de Paz, algo que enfureció a los supremacistas blancos, quienes, con su aparato criminal Ku Klux Klan, lo asesinaron en Memphis, asestando un duro golpe a todos los discriminados, que él representaba.

Durante la misma década fue también asesinado Malcolm X, el líder negro que pregonaba la defensa por cualquier medio frente a las agresiones de los blancos. Parecía que, con el asesinato de los líderes negros, el mundo blanco pretendía volver a los peores años de la esclavitud (Zapata Olivella, 1990, p. 335). Por la época estallaron las grandes luchas de los países africanos contra el colonialismo inglés, francés, español y portugués. Las rebeliones se fueron produciendo, una tras otra, como en una cascada refrescante y vivificadora que los liberaba del tutelaje de los europeos y daba paso al surgimiento de nuevas naciones independientes. No fue un

proceso pacífico ni moderado. Se necesitó que los negros levantaran más que la voz, los brazos y las armas para expulsar a los colonizadores. Era la afirmación de libertad de todo un continente, el cierre definitivo de la esclavitud, que no había sido logrado antes, a pesar de que se creó la Organización de las Naciones Unidas (ONU) al final de la Segunda Guerra Mundial; esto se daba así porque se mantenía el coloniaje como una forma de prolongar la oprobiosa noche de dominio y opresión de las mayorías negras por unas minorías blancas advenedizas, que se habían repartido el continente africano a su arbitrio para saquear sus riquezas y explotar el trabajo de los pueblos nativos.

En efecto, África no se quedó atrás de la corriente libertaria que sacudía el mundo entero en los sesenta. En medio del proceso de liberación, la Conferencia de Adís Abeba de 1963 trazó la línea de descolonización y africanización que seguiría como carta de principios la Organización de la Unidad Africana, mientras que los racistas sudafricanos radicalizaron el *apartheid*, que perseguía con saña a todos aquellos que osaran rebelarse contra la dominación de la minoría blanca, como Nelson Mandela, a quien encarcelaron a lo largo de un cuarto de siglo.

Los estremecimientos de la década se sintieron también en América Latina. Hasta aquí llegaron los ecos de la revolución negra africana para sacudir las mentes dormidas de los negros, zambos y mulatos y para darles un nuevo rumbo a las investigaciones académicas que indagaban por la supervivencia de rasgos culturales africanos en América, haciendo énfasis en las profundas raíces que originaban la discriminación y el exterminio de que eran objeto los negros. Las ciencias sociales experimentaron un renovado auge por el interés inusitado que despertaron los estudios de la problemática social y racial. Los movimientos universitarios por mayor presupuesto y autonomía, las primeras expresiones de los movimientos de liberación femenina, las guerrillas en Colombia, Perú, El Salvador y Nicaragua, los campesinos que invadían los latifundios, la Revolución cubana y su influencia en el continente americano, el nacimiento de los grupos ecologistas, las huelgas obreras. Todo confluía en agitación y fervor revolucionario.

En aquel marco de excepcional acaloramiento social del que los negros también participaban, la Fundación Colombiana de Investigaciones Folclóricas convocó a los sobrevivientes del Centro de Estudios Afrocolombianos —fundado en la década de los cuarenta—, para desempolvar su declaración de principios, la cual había desaparecido del panorama intelectual y social. Pero los promotores encontraron, amargamente, que la conciencia de sus hermanos negros permanecía dormida. Muchos dirigentes políticos negros, que habían presumido de su color para conquistar los votos de los humildes, se olvidaban ahora de ellos. Los profesionales negros, mulatos y zambos se hacían los de la vista gorda frente a las denuncias de poetas y novelistas sobre la discriminación latente en la sociedad. Los estudiantes de piel oscura negaban su etnia y se asumían como ciudadanos universales, mientras sus familiares se partían el lomo para financiarles los estudios y la estadía en las ciudades universitarias (1990, p. 336).

Periplo organizativo por África y América

*voces lejanas que atravesaban la piel dormida del agua,
y las plantaciones de tanto olvido
cuando ardían sus matorrales.*

La decepción momentánea se disipó cuando, desde la propia África, el presidente de Senegal, Léopold Sédar Senghor —quien, con Aimé Césaire y Léon-Gontran Damas, había formado parte del grupo de ideólogos de la *Négritude* lanzada en los años cuarenta—, convocó en 1974 el diálogo de la negritud entre África y América Latina, y tú, Manuel, fuiste uno de los invitados. Se trataba, entonces, del reconocimiento de que la negritud tomaba una nueva forma en el mestizaje producido en Latinoamérica y en las luchas que allí se habían venido dando en aras de visibilizar al sujeto negro y exaltar su aporte a la construcción de una nueva cultura.



Manuel Zapata Olivella.

Fuente: Archivo particular de Rafael Darío Jiménez, poeta de Aracataca, amigo del escritor Manuel Zapata Olivella.

En el encuentro transcontinental, en el que el presidente Senghor lanzó la idea de una cultura negra subsumida en el humanismo universal, se encontraron también con la postura de algunos líderes y jóvenes africanos que no comulgaban con la idea del mestizaje, pues, asumiendo la posición de las corrientes estadounidenses de total ruptura entre blancos y negros, pugnaban por una negritud que luchara por la supervivencia biológica de la raza sin aceptar ningún tipo de fusión étnica. Pesaba sobre ellos el terror heredado de quienes sufrieron siglos de exterminio físico y cultural, de muerte y destrucción. Pero Senghor te transmitía un mensaje más lúcido, al haber sobrevivido a toda la barbarie colonizadora. Y asimilaste la lección, preservando los saberes y valores mediante la fusión y la aculturación con europeos e indígenas, dando origen a un nuevo hombre de América, por cuyas venas discurren las sangres de tres culturas, tan enraizadas y mezcladas que nadie las puede separar sin destruirlo por completo (Zapata Olivella, 1990, p. 338).

Hallaste, entonces, nuevas razones para reafirmarte en tu apego a la idea del mestizaje fecundante de una nueva sociedad, desechando —por ilusa e inasible— la idea de las razas puras en un mundo cada vez más mezclado que despertaba del letargo engañoso de la Guerra Fría, un mundo que quería dar rienda suelta al espíritu de libertad, pese a los esfuerzos de los poderosos por mantener incólume su dominio basado en la degradación y el despojo de las mayorías. En el transcurso de los debates entre ambas corrientes enfrentadas sobre la identidad de la negritud, encontraste anécdotas para ilustrar hasta qué grado se había agudizado la discusión.

Resultaba curioso que, entre los más apegados a la idea de la pureza racial de los negros, un estudiante africano reclamara la presencia de negros en el conjunto de los delegados latinoamericanos al Diálogo de Dakar, porque, a pesar de contar con los hermanos Nicomedes y Victoria Santa Cruz, “más oscuros que el más retinto de los senegaleses”, quienes más hablaban de negritud eran intelectuales como Germán Arciniegas, de Colombia, Leopoldo Zea, de México, Clóvis Moura, de Brasil, y Miguel Ángel Asturias, de Guatemala, que se reclamaban mestizos, pese a su piel clara —el mestizaje no solo se da por el color de piel—, mientras que a ti, que toda

tu vida asumiste con orgullo tu condición de mulato y te declaraste gozoso descendiente de africanos que aportaron su sangre y sus saberes a la mezcla con indios americanos y blancos europeos, el daltonismo de los africanos asistentes al evento te clasificaba como “blanco” (1990, p. 338).

Al terminar el encuentro africano-latinoamericano de Dakar, quisiste explorar al menos una pequeña parte del territorio que habían habitado tus más lejanos ancestros. Al recorrer Senegal y Gambia y entrar en contacto con los pueblos serere, dyola y wolof, la magia de la música y la danza hicieron entrar en tu cuerpo los espíritus vivos de tus antepasados. Fue una experiencia alucinante. En una noche completamente oscura, sin más iluminación que los más de trescientos pares de ojos de los wolofs reunidos en un rito ceremonial, al escuchar los acompasados tambores y flautas emitiendo los resonantes ritmos que marcaban el paso y el cimbroneo de los sudorosos cuerpos de hombres y mujeres danzantes en el centro de una plazoleta rodeada de ranchos vivos, una especie de éxtasis te llevó a entender cómo la palabra unificadora de la piel, el ritmo, la música y el rito lograron mantener unidos a millones de africanos asentados a lo largo de tres siglos en un territorio tan vasto como el de América (p. 339).

Si hubo algo que te marcó profundamente al viajar por Gambia y Senegal, fue el haber visitado, a la víspera de tu regreso a Colombia, la isla de Gorea, donde en la época de la trata se erigió lo que tiempo después se conoció como “la puerta del no retorno”. Allí, el cielo parece difuminarse en el mar. Hay un embarcadero de piedras escarpadas, perteneciente a una casa de habitaciones subterráneas con grilletes empotrados en las paredes que evocan, con insidiosa insistencia, el horror de la esclavitud.

En cuanto las personas esclavizadas daban un paso para atravesar esta puerta que miraba al Atlántico, la ilusión de retornar al hogar se evaporaba. En las galeras de los barcos, apretados sus cuerpos con toda la fuerza posible, casi fundidos, las personas esclavizadas se veían obligadas a aceptar, irremisiblemente y entre gritos de angustia, que se alejaban para siempre de la tierra. Ni siquiera veían asomar la niebla que iba apoderándose de la madrugada.

Te pudiste imaginar el dolor humano, la peligrosa desesperación y la incesante nostalgia y miedo que debieron acompañar los paisajes de la memoria de cada uno de ellos. Y viste a los niños en la oscuridad tratando de comprender el mundo que se les imponía a lo largo de varias semanas, con cada mañana que se repetía caótica y hostil. ¿Cuántas mujeres, hombres y niños murieron extenuados en esos barcos? Y luego, la pregunta de los sobrevivientes: ¿cómo vivir con la verdad de la herida? Y unos interrogantes que hoy todavía no tienen respuestas: ¿por qué no hay recuerdos de la travesía? ¿Por qué las memorias no fueron transmitidas de generación en generación? ¿Tanto fue el horror? Quizás se deba a que el olvido es también una forma de sobrevivir.

Llegar a esta isla y entrar a la Casa de los Muertos —donde encadenaban a los rebeldes wolofs, sereres y dyolas mientras esperaban los barcos que los conducirían a los lejanos destinos donde serían entregados a los compradores— te permitió, en un ejercicio de profunda meditación, con la respiración abierta y el espíritu recogido, beberte todas las sangres, los gritos, dolores y llantos padecidos por millones de personas y acumulados allí, dentro de los gruesos muros a los que fueron arrojados, sin que hayan podido ser expulsados pese al correr de los siglos. Esa sangre, transportada por tu imaginación, iría a teñir las páginas de tu novela *Changó, el gran putas* (p. 340).

Visitar África, hablar con líderes y habitantes sencillos del continente negro, te ayudó a incrementar el conocimiento de su historia, detallar los procesos de desmembramiento de que ha sido objeto las infinitas veces en las que los países europeos han entrado a saco sobre ella. El mundo parece desconocer que el continente africano no se inició en la “civilización” con la llegada de los europeos, a partir de finales del siglo xvi y comienzos del siglo xvii. Por la misma época en que florecían los reinos feudales europeos, hacia los siglos xii y xiii, había en África imperios tan poderosos y avanzados como el de Malí, que se destacó por los enormes yacimientos de oro y por tener organizada una nascente economía agrícola, además de crear instituciones educativas para formar a los jóvenes de la corte.

La narrativa de una África salvaje o semisalvaje, habitada por agrupaciones que se encontraban en estado de barbarie, fue construida para justificar las invasiones, esas sí bárbaras, de los europeos desde el siglo xvi. La invasión europea al África, desde finales de la Edad Media y comienzos de la Edad Moderna capitalista, fue de tal magnitud, que le impidió al continente avanzar en un proceso de desarrollo con muy buenas perspectivas, sumiéndolo en un atraso del que muchos de sus países aún no han logrado salir. Tú describes con lujo de detalles, país por país, el proceso de desmembramiento al que fue sometido el continente africano en el reparto que se hizo en el Congreso de Berlín, desde noviembre de 1884 hasta febrero de 1885, así como el nuevo descuartizamiento que, al final de la Primera Guerra Mundial, hicieron la Gran Bretaña y Francia para repartirse, como buitres, Namibia, Senegal, Zanzíbar y Tanganica, territorios que había ocupado Alemania desde el siglo xix.

La historia de descuartizamientos de África, que te contaron en los diferentes idiomas plantados por los colonizadores, te sirvió para reiterar tu decisión de convocar un gran evento de los negros de América —sin importar el idioma que les hubiera sido impuesto—, al que también pudieran ser invitados los hermanos de África y los demás continentes adonde llegaron para plantar su semilla, que floreció y se extendió por el mundo. De esa idea nació el Primer Congreso de la Cultura Negra de las Américas, celebrado en Cali en 1977, el que te correspondió el honor de presidir, con la participación de delegados de Senegal, Nigeria, Ghana y Angola y de doscientos más de todos los países americanos, entre los que había sociólogos, antropólogos, médicos, poetas, novelistas, sacerdotes, pintores, políticos e historiadores. Allí pudieron examinar todo lo que los unía, al influjo de la común ancestralidad y lejos de la mirada de los colonizadores.

El Segundo Congreso se reunió tres años más tarde (1980), en Ciudad de Panamá, presidido por el sociólogo y poeta Gerardo Maloney. El debate se centró en la confluencia de las tres etnias que integraron el mestizaje americano, como también en las raíces asiáticas y melanésicas, ya implícitas en los aborígenes americanos. En el nuevo escenario, se reiteraron las denuncias contra la discriminación

racial como práctica de los colonizadores para dividir y eternizar su dominio entre los pueblos de ascendencia africana, cada vez más conscientes del origen común y unidos por sus luchas de rebeldía y resistencia. El Tercer Congreso, en São Paulo (1982), bajo la presidencia del intelectual, artista y político Abdias Do Nascimento, encontró un conglomerado maduro para iniciar un proceso organizativo de signo político, capaz de organizar y orientar a la familia negra, de múltiples matices, en la lucha contra los opresores nacionales y continentales (Zapata Olivella, 1990, p. 343).

Un elemento muy destacado de los distintos congresos es que al final se impuso la idea más unificadora: definir como aspecto principal el papel jugado por los negros en el proceso de mestizaje que anida en la creación del sujeto americano. Se descartó la postura de radical confrontación de los negros contra los blancos, al igual que la idea de blanqueamiento como el camino que deben seguir los negros de los variados matices para ser aceptados en sociedad.

Arquitectura de *Changó, el Gran Putas*

*Y en la fuga de tus pies
canta en su resistencia
lo que no cesa de cantarse.*

Terminemos con algunas consideraciones sobre tu novela más importante, *Changó, el gran putas* (1983), para rematar esta interpelación en torno a las ideas que surgen de tu obra literaria con el fin de explicar la relación entre la raza y la clase social. Ambas categorías se mezclan para analizar el origen de la discriminación, el prejuicio social, el maltrato y la persecución a las personas negras y mulatas; pero también a las múltiples derivaciones nacidas de la mezcla étnica que se encuentran en todo el territorio americano, en unos países abiertamente, como en Estados Unidos, y en otros de forma subrepticia, disfrazada, pero efectiva, cual sucede con la mayoría de países latinoamericanos.

Comencemos por decir que el nombre de Changó nace de considerar las tres cualidades más importantes de este orisha: la fecundidad, la guerra y la danza. Y por ser, justamente, los atributos más destacadas del negro, es el nombre con el que encontraste mayor identidad. Para complementar, destacando la capacidad que ha tenido la gente negra para sobrevivir —a pesar de todas las ignominias que ninguna otra raza ha sufrido, conservando siempre la capacidad creadora y la alegría, devolviendo sonrisas a cambio de vejaciones y afrentas—, el calificativo que le cabe a Changó es *el putas*, que significa lo máximo de cada atributo aplicable a los seres humanos: el putas del mal, el putas del bien, el putas de la belleza, el putas de la fealdad, el putas de la bondad, el putas de la maldad. Y como la novela se refiere al hombre luchando por la libertad, sin limitaciones de espacio, tiempo, raza, vida o muerte, el calificativo se precisa más: *el gran putas*.

La historia, la más grande, la persistente y múltiple fusión de hombres de todas las razas, no la inventaste tú, dices. Argumento, espacio, tiempo e intención fueron creados por otros y tú fuiste apenas la aguja que enhebró la trama de vidas y muertes de más de cien millones de africanos traídos a América tras ser cazados, arrancados de su tierra y encadenados; muriendo la mitad en el tormentoso viaje y sembrándose la otra mitad en tierras americanas, donde se fundieron con blancos e indios para dar nacimiento al nuevo muntu, la gran alianza que confluye en el mestizaje americano.

Es una epopeya más grande, más humana e importante que la *Ilíada* y la *Odisea* de Homero, que el Éxodo de la Biblia, que *Los lusitadas* de Camoens (Zapata Olivella, 1990, p. 346). La razón para que una epopeya tan trascendente, más grande aún que todas las que mencionas, no haya sido narrada antes por los novelistas o poetas de América es que la gran tragedia originada en esa máquina de tormento del hombre negro llamada esclavitud y la verdadera historia de la diáspora africana en América fue mantenida oculta por muchos motivos.

Al revisar las bitácoras de los capitanes y médicos de las naves negreras y las crónicas de todos aquellos que formaron parte del séquito de los conquistadores y colonizadores esclavistas, encontraste relatos con una visión mentirosa, ocultadora y deformante

de la realidad. En ellas, el negro africano aparecía siempre como bárbaro, feroz, amoral y caníbal, como un ente sin alma, inteligencia ni creatividad. Se los trataba como objetos, piezas de Indias, muñecos, bozales, todo menos seres humanos. Los llamaron esclavos, cuando en realidad eran prisioneros de una guerra no declarada por los bárbaros. Concluiste, entonces, que esta epopeya solo podía ser escrita por alguien que llevara en su piel la huella de quienes habían padecido toda esta indignidad, y aunque muchos negros talentosos habían escrito ya poemas y novelas y que hubieran podido dar a luz la *Odisea*, no bastaba con la capacidad narrativa ni la magia poética. Era necesario abarcar, de una sola mirada, la gran multiplicidad de culturas africanas subsumidas en la esclavitud (1990, p. 347).

De la enorme variedad de relatos y voces que recibiste para construir esta gran obra sobre la diáspora africana y su impacto en el nacimiento de la nueva cultura, escuchando la diversidad de lenguas y dialectos que usaron los protagonistas, los testigos y sus descendientes, hay que tener en cuenta que, para escribirla, te trasladaste a todos los escenarios, te dejaste arrastrar a través de los caminos recorridos por los muertos y entraste en un diálogo profundo con ellos en los mismos lugares en los que sus historias habían sido enterradas. Un peregrinaje que te llevó a los templos que habías visitado y ante los que habías orado lustros atrás, en México, Guatemala, Panamá, Colombia, Estados Unidos, España, Senegal y China.

También te llevaron las voces de los ancestros a sitios que no habías visitado antes. Estuviste en Haití para hablar con el rey Henri Christophe y conocer la historia de su bala de plata y sus contradicciones con el emperador Jean-Jacques Dessalines, el compañero inseparable en la lucha contra los esclavistas franceses, recordar al glorioso general y padre de la patria, Toussaint Louverture, que llegaba desde el lejano encierro carcelario en Francia a visitarlo todas las noches. En la provincia de Los Cayos, de regreso, te deslumbró la presencia del gran Alexandre Pétion, quien te preguntó si Bolívar había cumplido con la promesa de liberar a los esclavos tan pronto ganara las batallas de la Independencia. Le contestaste que el Libertador había firmado varias constituciones, pero en ninguna de ellas había incluido la libertad de los esclavos,

que los negros seguían esperando, como en su tierra haitiana, la verdadera y real manumisión.

En Brasil visitaste al Aleijadinho, el Lisiadito, quien no quiso verte a la luz del día para ocultarte las llagas de su rostro. En México, recorriste la ruta seguida por Morelos en la gesta libertadora y él te dijo que continuaba en guerra contra los herederos de la Independencia por su traición a la Constitución de Apatzingán, que había ordenado la entrega de tierras a los negros, mulatos, zambos e indios integrados al ejército libertario.

Fuiste tras las huellas del almirante José Prudencio Padilla, recorriendo Maracaibo, Caracas, Angostura, Riohacha, Lorica y Bogotá, por donde andaba recogiendo los pasos desde que el dictador comisarial lo fusilara como traidor. Nunca lo había sido. Te dijo que no era esa acusación lo que lo hacía sentir ansioso, sino el no haber podido dar la libertad a sus hermanos esclavizados. Visitaste después la Quinta de San Pedro Alejandrino, donde presenciaste cómo Bolívar le transmitió a la negra Hipólita estar arrepentido por haber ordenado fusilar a Piar y a Padilla.

En Harlem²⁷, el difunto poeta Langston Hughes, al saber que aún pertenecías al mundo de los vivos y que te proponías escuchar a todos los difuntos que te pudieran contar su vida para escribir la historia total de la lucha de los negros en Estados Unidos, te contó el secreto para grabar las voces de los linchados: debías irte a las cataratas del Niágara y escucharlas. Allí se oían todas las voces de los grandes y pequeños héroes de la lucha de los negros estadounidenses, y lo que no comprendieras de ellas podías encontrarlo en las ideas de Burghardt Du Bois, cuyo pensamiento está esculpido en las rocas bañadas por las cataratas.

Fue entonces, finalmente, con todo lo que habías escuchado de los difuntos, luego de haber reunido y dejado a un lado los enormes

²⁷ El Harlem Renaissance, movimiento que tuvo lugar entre la primera década del siglo xx y mediados de los años treinta, fue liderado por un grupo de poetas, artistas, intelectuales y activistas que, procedentes de diversos lugares de Estados Unidos y algunos países de Latinoamérica y el Caribe, coincidieron en el barrio neoyorkino de Harlem y se propusieron crear, por medio del arte, la literatura y la música, una nueva conciencia y significado de lo negro (Flórez Bolívar, 2023, p. 224).

cartapacios de documentos, fotocopias, fotografías, libros y revistas recogidos en museos, bibliotecas, archivos y anaqueles, cuando comenzaste a escribir la epopeya, tarea que se llevó veinte años de tu vida, atendiendo el dictado de Eleguá —el dueño de los caminos y el destino—, que te descifró las Tablas de Ifá, guardadas celosamente por Orunla —orisha de la adivinación y la sabiduría—. Un parto tan largo te permitió, a manera de revelación, profundizar en la verdad acerca de ti mismo, de tu etnia, de tu cultura, tal como se recoge en *Changó, el gran putas*. Y fue Vasconcelos quien le puso el subtítulo que necesitaban estas memorias: *Por mi raza hablará el espíritu* (Zapata Olivella, 1990, p. 351).

A través de todo ese peregrinar, que fue una constante en tu vida, y en medio de tu intensa actividad literaria y periodística, de tu ejercicio como promotor de la cultura y las artes, fundador de centros de investigación, creador de revistas, periódicos, programas de radio y de televisión y médico popular, tuviste momentos para el ejercicio de la política electoral.

Dentro de todo lo que hiciste, llegaste a participar como candidato en unas elecciones populares. Sucedió en Lórica, tu pueblo natal, por allá en 1974. Fue algo muy particular porque, como es costumbre en las elecciones colombianas, en los pueblos suele ponerse apodos a los candidatos, muchas veces más conocidos por el mote que por el nombre propio. En aquella ocasión sucedieron cosas como estas: a un candidato al Concejo llamado Eduardo Rodríguez todo el mundo le decía “Ventanas”. Los partidarios le mandaron a hacer un afiche muy bonito que decía “Vote por Eduardo”, pero cuando llegó al comando político y vio el afiche, exclamó: “¡No, esa vaina no funciona! A mí nadie me conoce por mi nombre. Toca decir «Vote por Ventanas»”. De hecho, el alcalde que resultó elegido era conocido como “Chicle Bomba” y su propaganda fue: “Vote por Chicle Bomba”. Y claro, tú no escapaste de la estrategia publicitaria. Tu propaganda decía: “Vote por Gallo Tapao”, como te conocían en el pueblo (Giraldo y Wills, 2023, p. 242). Y bueno, finalmente fuiste elegido concejal de tu municipio.

“¡Natanael, triunfamos! ¡Nos respetan!”

*Con su gramática de sueños,
materia de la esperanza.*

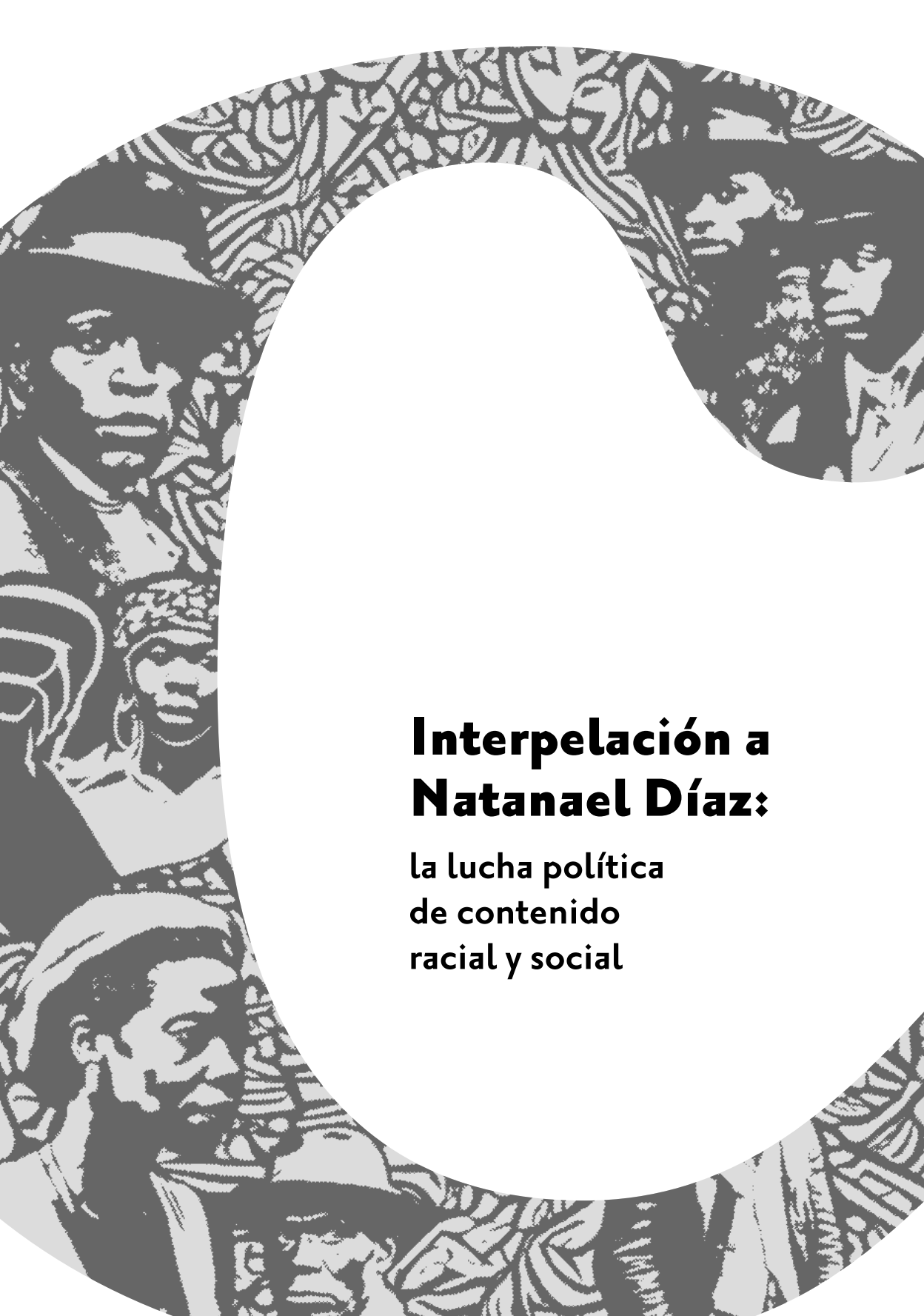
Tus últimos años, Manuel, fueron también de actividad intensa, haciendo convocatorias literarias, dirigiendo revistas, asesorando investigaciones, contestando correspondencia —te excusabas con los destinatarios por demorarte en responder sus cartas—. Hasta que un día, a tus ochenta y cuatro años, después de haber vivido una vida intensa en realizaciones, después de haber dado miles de batallas por los tuyos, de haber hablado con todos tus antepasados para conocer la verdadera historia de tu raza y escribir la gran epopeya de la negritud, tu corazón dejó de latir, y te fuiste a celebrar, con Yemayá y Changó, en el cielo de los orishas, con la satisfacción de haber cumplido con tu misión.

En tu lecho de enfermo, Manuel, en la víspera de tu muerte, te visitó Eduardo Díaz Saldaña, uno de los hijos de tu gran compañero y amigo de muchas andanzas, con quien emprendiste desde tus épocas juveniles, de grata recordación, la gran empresa de hacer visible ante el mundo el papel definitivo que jugaron y juegan los hombres y mujeres de piel oscura en la conformación y desarrollo de la nación colombiana. En una especie de delirio, propio de las angustiantes horas que preceden a la muerte, creíste ver en esa alta figura negra, enfundada, como solía hacerlo, en un sobrio y elegante vestido de paño inglés, con su impecable corbata y el usual pañuelo blanco de bolsillo, a tu hermano de luchas, y le dijiste: “¡Natanael, triunfamos! ¡Nos respetan!”²⁸.

²⁸ Anécdota contada por Eduardo Díaz Saldaña, hijo de Natanael Díaz, en entrevista personal con la autora, el 28 de abril de 2023.

“Ecos de libertad”, poema de Rosa Chamorro (2024)

Manuel, de andar por la vida,
desde el vagabundaje,
impulsado por un
invencible anhelo de libertad,
es el eco de los pasos de tus ancestros,
el eco es Cartagena y el llanto de sus murallas,
el rostro de sus barrios, como mangles cincelados,
sus puertos de clamor o su canto de rebeldía;
el mar con su historia de galeones
y cuerpos en mudo exilio.
Tú vienes del olvido
pero veías el rostro de los tuyos
y estás aquí, como ceniza de un fuego antiguo,
de ese polvo, germen, que, en su propio vuelo,
bajo el cuerpo de la tierra expande su raíz
y trae la savia primera, el ritmo de su latido,
su resonancia de voces,
voces lejanas que atravesaban la piel dormida del agua,
y las plantaciones de tanto olvido
cuando ardían sus matorrales.
Y en la fuga de tus pies
canta en su resistencia
lo que no cesa de cantarse,
con su gramática de sueños,
materia de la esperanza.



Interpelación a Natanael Díaz:

la lucha política
de contenido
racial y social



*Esta arcilla
Esta arcilla amasada por la bestia del hombre
Con lágrimas sórdidas
Y desatadas venas de mujeres y niños
Esta arcilla
Esta arcilla es propicia
Para forjar un hombre nuevo.*

Fragmento del poema “Arcilla para un hombre nuevo”,
Natanael Díaz (1946)

Noche de siempre

*Te reconoces
en la cicatriz de la carimba de tu abuela
y en aquellos que en la fábrica, con su pobreza,
soplan la palabra envuelta en rebeldía
a los poderes de la tierra.*

Fragmento del poema “Rebeldía”, Rosa Chamorro (2024)

Al llegar a la puerta oxidada de la celda recordaste el momento, la muerte del negro Gaitán. Todo el mundo recordaba el 9 de abril. Pensabas en el crimen y, una y otra vez, volvían a tu memoria las caras de tu amigo Manuel Zapata Olivella, la de Raúl Alameda y los demás estudiantes de la Universidad Nacional que te esperaban en las gradas del Capitolio; también la voz con la que convocaste a los macheteros del

Cauca, desde la Radiodifusora Nacional, a levantarse y a vengar la muerte del caudillo. Aquel día seguía prolongándose como el comienzo de un interminable camino de violencia. Por la mañana, al otro día, los periódicos seguían contando la noticia, había protestas, saqueos, rumores sobre el número de muertos.

Cuando la puerta de la celda se cerró, te sentiste víctima de una angustia inútil. Los gruesos muros de cemento, ennegrecidos por la suciedad, no dejaban pasar nada de claridad, era la noche de siempre. En los siguientes seis meses, Natanael, viste a tu familia pocas veces.

De tu nacimiento, el 25 de abril de 1919, en Hueso de Pata, Santander de Quilichao, que no duró sino un instante, no recordarías nada, por supuesto. Aunque siempre supiste que habías abierto los ojos al mundo en una casa de bahareque en el asentamiento de lo que fue una hacienda esclavista de trapiche de propiedad de los Arboleda²⁹, y desde tu niñez asumiste el orgullo racial que te inculcó tu abuela materna, María Crisóstoma Carabalí, que llevaba la marca de carimba en la espalda y cuyos padres habían sido esclavizados por aquella familia³⁰. Ya en tu madurez habrías

²⁹ “La hacienda de trapiche producía miel, azúcar y tenía cultivos de arroz y de maíz (...) la estirpe de los Díaz nació en una de las haciendas de trapiche más importantes del valle geográfico del río Cauca: Japio, en los alrededores de Caloto” (Castillo Gómez, 2022, pp. 26-28). La hacienda del Japio está articulada a la historia de los Arboleda, una de las grandes familias de terratenientes y esclavistas de la historia colonial y republicana de la provincia de Popayán (Mina, 1975, p. 28). “Desde el siglo XVII los Arboleda dominaron la región minera de Caloto donde nacieron los primeros Díaz” (1975, p. 29). Después de la abolición de la esclavitud, decisión con la que no estaban de acuerdo los Arboleda ni los grandes terratenientes, respondieron con una guerra civil fallida (pp. 36-37). Para no perder la mano de obra, establecieron con sus antiguos esclavos una relación de terraje, en la que el excedente se extrae con el trabajo no pago en la unidad productiva (p. 39). Así nació el campesinado nortecaucano, origen de la estirpe de los Díaz: dos exesclavos a quienes los Arboleda les asignaron las parcelas de la hacienda El Quintero, Fermina Díaz y José Eugenio Díaz; a ellos se sumó Emigdia Díaz, la bisabuela de Natanael, liberada por la familia Arboleda (p. 41).

³⁰ “¿Cuáles eran los ingresos de los Arboleda? Se dice que cada esclavo producía alrededor de 160 pesos de utilidades al año. Ya en 1819 los Arboleda tenían 204 esclavos en los trabajos mineros dentro del área de Caloto-Santander, sus ingresos solamente por esta actividad llegaban a 25 000 o 30 000 pesos por año. Y esta suma se doblaba al considerar las minas en el Chocó y la costa Pacífica. Dado que Sergio y Julio Arboleda tenían 1400 esclavos en 1830, se puede calcular la inmensa fortuna que poseía esta familia, una de las más ricas de

de recordar, con profundo y dolorido sentimiento, la esclavización de tu abuela y sus antecesores. Tus contundentes palabras aún deben resonar en la tumba del poeta esclavista: “Mi abuela, una mujer hija de esclavos, en cuyas espaldas debió leerse muy claramente la marca correspondiente a ese monstruo que se llamó Julio Arboleda³¹, sobre la carroña del cual habré de levantarme algún día”³².

Como poeta insignia del romanticismo, Julio Arboleda cantaba enternecidas loas al amor y a la naturaleza, mientras blandía el implacable foete sobre las espaldas de las personas esclavizadas. Tu acción política y tus logros en beneficio de tus hermanos descendientes de esclavos te pusieron muy por encima de la historia de explotación y dominio de clase de los grandes terratenientes; herederos de apergaminados títulos coloniales, militares y políticos conservadores que, con el apoyo de la Iglesia, se levantaron en armas contra la abolición de la esclavitud y las ideas progresistas de José Hilario López.

El más directo opresor de tu abuela y sus antepasados, Julio Arboleda, conocido como el poeta-soldado, fue un aguerrido militar conservador cuya lucha se centró en no permitir que se eliminara la esclavitud, fuente de la inmensa riqueza de su familia y la intrincada red de familias caucanas que gobernaron la nación por muchos años. Llegó a ser presidente de la República por un golpe de mano y, por la misma vía, perdió el cargo en tan solo un mes, en la convulsionada época de las guerras civiles que sucedieron a la gesta emancipadora.

Colombia. Y todo eso gracias a los esclavos. Su riqueza provenía del sudor y de la sangre de los esclavos que nunca han sido pagados sino con represión y con continua explotación” (Mina, 1975, p. 36).

³¹ Ver “Diego Luis Córdoba: un negro visto por otro negro”, texto de Natanael Díaz publicado en el semanario *Sábado*, el 9 de agosto de 1947, p. 2.

³² “La gran mayoría de la gente que vive en el norte del Cauca es descendiente de esclavos que trabajaban en las minas y las haciendas de los Arboleda. Estas haciendas eran la Bolsa, Japio y Quintero” (1975, p. 35).



Natanael Díaz.

Fuente: Archivo familiar de Eduardo Díaz Saldaña.

Al igual que tus hermanas Edelmira, Alba Marina, Rosalba y Ana Ruth, menores que tú, fuiste criado y educado por tu madre Arcelia y por tu abuela María. Pero, desde antes, tu madre intuyó que sus hijos debían seguir un camino distinto al de la mayoría de los niños campesinos que ayudaban en las labores agrícolas. Y en el caso tuyo, Natanael, era imposible no advertir, aun siendo un niño de pocos años, las ganas que tenías de devorarte el mundo con tus preguntas. Las mismas ganas que la agitaban a ella cuando, empecinada y confrontando las convenciones de la época, decidió ir a la escuela. Arcelia albergaba una visión heredada de la vida y la seguía sin intimidarse ante los obstáculos. Era una mujer libertaria, convencida de que, al final, la educación era la mejor arma para el futuro de los hijos, fuese cual fuese el oficio que escogieran.

Tenías seis, siete años, cuando advertiste que tu padre nunca estaba. Tu madre, fiel a la tradición, no era partidaria de que los niños crecieran sin apellidos, como hacían los esclavistas cuando quitaban los hijos de las mamás de la madre para venderlos. Tu madre te aseguraba la protección y el cariño que parecían defenderte de padecer las mismas injusticias que sufrieron tus ancestros. Otorgándote su apellido, seguía la sabia costumbre de muchas mujeres del Pacífico, fieles a una tradición rebelde, tal como lo hicieron las mujeres esclavizadas que trataron de conservar a sus hijos por encima de la decisión de sus amos, y quienes lucharon por mejorar las condiciones de su vida y las de su prole, o batallaron por borrar de su descendencia el estigma de la esclavitud.

Tú no fuiste inferior a la esperanza que tu madre tenía en que algún día serías un personaje al que todos habrían de recordar. Desde muy temprano en tu vida escogiste un sendero claro, como aquella vez que, siendo niño, te enfrentaste a la mirada racista de tu maestra y fue entonces cuando tu abuela te enseñó esta copla: “El que de negro me trate, me pone una gran corona, porque de negro se viste el Santo Papa de Roma”, que repetirías una y otra vez, como una letanía (Díaz, 1947f, p. 2). De niño, al recorrer los campos de cacao, ibas descubriendo el territorio en el que habías nacido. Después, por caminos de tierra, atravesando casas de bahareque y puestos comerciales, terminaste la

primaria y te fuiste luego a Santander de Quilichao, desde donde oteaste nuevos horizontes.

En aquellas mañanas de Puerto Tejada, el río ponía el rumor en tus oídos y se arremolinaba sobre los andenes de arena. Debiste escuchar el alboroto que enmudecía la aurora. El río era una vía de tránsito entre los enclavados territorios del Valle y el Cauca. Los atravesaba por completo, tejiendo redes comerciales y filiaciones. Tu mundo infantil no resultaba ser más que un día entre el ajetreo de las canoas, una vida que luego te parecerá extraña, en la que por la mañana se regresa a la continuidad del comercio, donde el olor a cacao absorbe el olor de tu madre y tu abuela, Arcelia y María Crisóstoma, siempre ocupadas descascarando en sus manos las grandes pepas, fruto del cacaotero.

El río seguía su huella incansablemente sobre el sendero de agua.

Ya adolescente, descubriste que en Estados Unidos mataban y segregaban personas por el color de la piel y, unos pocos años después, escribirías una carta de protesta al vicepresidente Henry Wallace. La denuncia haría parte de los antecedentes para la creación del Club Negro, que tuvo como rito iniciático el Día del Negro. En Bogotá, en los primeros años de la década de los cuarenta, Natanael, entablaste amistad con Manuel y Delia Zapata Olivella, Helcías Martán Góngora, Marino Viveros, Adolfo Mina Balanta y Diego Luis Córdoba.

Un día antes de que Manuel Zapata Olivella iniciara desde Buenaventura aquellos viajes fuera de Colombia —que luego relataría en *Pasión vagabunda* (1949) y *He visto la noche* (1953)—, quiso despedirse de sus amigos de Puerto Tejada. Allí, en tu pueblo, al darle un sentido abrazo de despedida y unos pesos de apoyo a su aventura, le insististe en que los negros del mundo eran parte de una sola familia, obligados a estar unidos, y que, en honor a ese principio, ibas a construir en el centro del pueblo un gran parque en el que levantarías, para prolongar a través del tiempo su recordación, las estatuas de varios personajes negros destacados en la ciencia, la política, la literatura, el arte y el deporte.

Natanael, haber sido descendiente de tu abuela Edelmira te daba una perspectiva única, la de un idealista libertario. Era una perspectiva

que te mantenía unido a los que denominabas como los tuyos, que no se circunscribía al territorio que habitabas. De ello dan cuenta la marcha de 1943, tus futuras relaciones con Marian Anderson, tu amistad con Josephine Baker, tu admiración por Paul Robeson, entre otras; pero también las reuniones que sostuviste en Bogotá con los haitianos que conspiraban para derrocar al dictador François Duvalier³³, igual que tus poemas, como el canto al negro Marín, al que considerabas héroe del pueblo, o el poema “No conozco el mar”, o tus columnas en el semanario *Sábado*, o ese bello texto lírico que escribiste en homenaje a Cartagena con motivo de la entrevista que le hacías al liberal progresista Alfonso Romero Aguirre. Sí, de Cartagena, el lugar al que llegaron en la época de la Colonia, en los barcos negreros, las personas esclavizadas. Y decías:

Entre la sangre que circulaba por las venas de los esclavos, yo debí ser apenas un leve sueño, un germen estremecido por el anhelo de libertad (...) El día que fuera a hablarse de la capacidad de los míos para los actos heroicos, bastaría citar el sitio de Cartagena (Díaz, 1947d).

La llama de la rebeldía

Te pusiste de pie, alargando tu mano en la sien. ¿Cuánto habías dormido? En el café del negro Barona te dieron un fuerte golpe en la cabeza con la culata del arma³⁴. Tenías la cara hinchada y una molestia en tu ojo izquierdo que no cesó. ¿En qué momento se había jodido todo? Uno de los suplicios en la cárcel era no saber qué estaba pasando afuera. En las celdas, los presos se escuchaban entre sí, pero tú, acosado por los guardas, no habías podido terminar la conversación que comenzaste con aquellos ese día. Allí las espesas paredes no dejaban llegar a la prisión la agitación de las gentes. Durante tus primeros cuatro días en la inspección de Policía, se te pasó por la cabeza

.....
³³ Recuerdo contado por Eduardo Díaz Saldaña, hijo de Natanael, a la autora.

³⁴ Testimonio de Nathanael Díaz Saldaña, hijo de Natanael, en entrevista con la autora.

que los iban a matar, a ti y a tus amigos, sin el menor remordimiento. El pueblo liberal lo sabía y protestaba, el alcalde militar lo sabía.

Un día, los guardias te esposaron a ti y a tus compañeros, ordenándoles salir. Te trasladaron a la cárcel de Popayán, donde estuviste dos meses, y luego a la cárcel de Cali, por cuatro meses más (Castillo Gómez, 2022, p. 176). En esa larga noche tras los barrotes, escribías poesía. Parecías siempre recordando, se te había venido a la memoria la voz del profesor Manuel Villegas (2022, p. 56) con sus ideas a contracorriente. Todo eso había sembrado en ti la llama de la rebeldía, en tu colegio en Puerto Tejada donde habías pasado los mejores años de tu niñez.

Sí, tu primer aprendizaje fue el que te inculcó Manuel Villegas cuando defendió la escuela de las ideas conservadoras del cura del pueblo. Liberal debía ser tu camino, pero, mientras llegabas a estas conclusiones políticas —que luego compartirías con tus amigos en tus viajes a Puerto Tejada en el café del negro Barona³⁵—, viajaste a Bogotá en búsqueda de nuevas oportunidades. Salir adelante era la misión encomendada por tu madre, quien te matricularía en el emblemático Externado Nacional de Bachillerato, años más tarde Externado Nacional Camilo Torres, para terminar tus estudios secundarios. Ocurrió entonces un hecho fortuito que, más tarde, tendría en ti gran efecto: el 22 de noviembre de 1940 te graduaste como bachiller y Jorge Eliecer Gaitán, quien era por la época el ministro de Educación del presidente Eduardo Santos, firmó tu diploma (p. 64). Sería tu primer encuentro con el caudillo. ¡Cuántas cosas llegaría a representar tal hecho para ti!

Nadie llegó a encarnar tanto como Gaitán la lucha por la libertad de las personas esclavizadas, su lucha por la tierra, la última que emprendiste, que también estaba atada como un cordón umbilical a la historia de la región del norte del Cauca y a la educación laica de la que fuiste beneficiario en los salones del colegio de Manuel Villegas. Sería en el periodo de 1945 a 1947 que tú, Natanael, investido como representante a la Cámara, defenderías en el recinto del Congreso,

³⁵ Nathanael Díaz Saldaña afirma que el Café La Cigarra, que menciona Castillo en su libro biográfico, es el mismo que los hijos de Natanael conocieron como el café del negro Barona.

desde tu posición liberal de izquierda, el derecho de los campesinos negros del norte del Cauca a la propiedad de la tierra, en un intento legislativo por hacer una reforma agraria; pero también el acceso a otros derechos³⁶, en aras de una vida digna para los pobladores de esta región de Colombia (Castillo Gómez, 2022, pp. 145-146).

Tu primer periodo parlamentario fue el más tranquilo, comparado con lo que vendría después de la muerte de Gaitán. En 1949, los hechos eran de tal magnitud que «ni siquiera la Iglesia católica evocaba la paz» (Ayala Diago, 2017). Recordarás las elecciones parlamentarias en medio de la más cruda violencia. Ustedes, los liberales, les ganaron a los conservadores por un margen estrecho en las elecciones de congresistas y diputados; Laureano fue ungido como candidato por los conservadores y Echandía por los liberales. Pero no había pasado un año de tu periodo legislativo cuando Ospina cerró el Congreso en noviembre, declarando estado de sitio, y el candidato de los liberales, sin ninguna garantía, se vio obligado a renunciar. Proclamado a la manera cesarista, Laureano Gómez salió elegido presidente. Así quién no es presidente, ¿no te parece, Natanael?

Doña R.

“No lamento haber llamado a los macheteros del Cauca a levantarse”, te repetiste. Los muchos siglos de opresión habían causado tanto dolor al pueblo del que te sentías parte, las clases trabajadoras y las clases pobres, tanta injusticia, que valía la pena haberte sacrificado

³⁶ En las Comisiones Constitucionales Permanentes de la Cámara, Natanael hizo parte de la Comisión Quinta de Educación, Trabajo, Higiene, Previsión y Asistencia Sociales. El lunes 27 de agosto de 1945, el honorable representante Natanael Díaz presentó una ponencia sobre el proyecto de ley “por el cual se crea el Escalafón de Enseñanza Secundaria”, según quedó en los *Anales del Congreso* (Congreso de la República de Colombia, 1945m). Ese mismo año, tras haber demandado por mejores infraestructuras, acueducto y alcantarillado para Puerto Tejada y municipios aledaños, el 16 de agosto, Díaz presentó el proyecto de ley “por el cual se auxilia al municipio de Puerto Tejada y a la Cooperativa Cacaotera Nortecaucana Limitada”. Estos dineros se iban a destinar para la construcción del acueducto y a la cooperativa en el pago de acreencias bancarias, y para la satisfacción de las demás necesidades que confrontaba.

por esta noble causa. Pensabas que habías fracasado, sin duda. A Gaitán lo habían asesinado, tú estabas tras los barrotes. Pero el levantamiento seguía su curso.

Las pocas visitas fueron de doña R. y de Tocayito, tu hijo. El calabozo era más pequeño de lo que habían esperado y, por alguna razón, esta constatación se sumó a la sensación de fatalidad que la invadió, pero no se quebrantó. Ella debía guardar la compostura y su hijo hizo lo propio, mientras los oficiales, con sus impecables uniformes, los vigilaban. El niño se metió la pequeña mano en la boca, sacó lo que era un papelito y luego lo estiró por entre los pesados y corroídos barrotes de hierro, donde la mano de su papá esperaba.

Doña R. hizo todo lo posible para cuidar de ti y de tu familia. Ella había hecho muchos sacrificios. Una noche tomó a sus hijos y huyó, apurando el paso en la oscuridad de las calles descampadas de Puerto Tejada. Le habías enviado la razón de que los conservadores no tendrían piedad de las familias. Lo veía como su deber y, desde entonces, y después de tu muerte, hizo todo lo que pudo en función del bienestar de ellos. Eduardo, el menor, recuerda la tarde después de tu entierro, en Puerto Tejada, cuando su madre les dijo: “Vámonos de aquí o nos comerán vivos los enemigos de tu padre al ver nuestra necesidad”, que en el fondo era la manera de seguir preservando la dignidad de la familia, dignidad que ella y tú mantuvieron en medio de las dificultades de la vida. Ella había entendido, primero que nadie, la incorruptibilidad que te caracterizaba. La entereza de tu carácter era precisamente lo que mantenía tu vida en una cuerda floja, cerca de la muerte. Luego, en el café del negro Barona, en defensa de tus ideas, terminaste detenido por los agentes del régimen, encarcelado en un calabozo y víctima de un intento de envenenamiento, después, por enemigos desconocidos, sin esperanza de poder apelar a la justicia.

Hermanos de raza

A tu alrededor reinaban las *spiritual songs*. Su sonido se posaba sobre todas las cosas, te penetraba la piel, susurrándote en la memoria un eco del dolor de las personas que habían sido esclavizadas.

Las plegarias de la gente a la que considerabas hermanos de raza, de la raza de Marian, acallaban “la onomatopeya del foete insaciable y crepitante” del negrero (Díaz, 1951). La música aumentó. Ocurre todo, porque aún el canto de Marian sigue avivando la esperanza y la lucha por la libertad y la igualdad.

Estados Unidos, atónito, conoció con admiración la prodigiosa voz de Marian Anderson. De ella decían, Natanael, y lo imprimiste en tu columna “Sangre y espíritu. El ejemplo de Mariam”, publicada por el periódico *El Tiempo*, “que una voz como la suya solo está dado a los humanos oírla cada cien años”. Tu amigo Zapata relata con tristeza el día en que, estando en Nueva York, no logró juntar el dinero suficiente para ir a escucharla en el Carnegie Hall.

Las crónicas de la época describen el actuar de la artista en distintos escenarios. Según versiones publicadas en 1939, “Marian Anderson dará un concierto gratis en el Lincoln Memorial”, “Marian Anderson canta ante 75 000 personas en la Capital”, “La contralto afroamericana de renombre mundial Marian Anderson actuó ante una multitud de más de 75 000 personas en un concierto del Domingo de Pascua en el Lincoln Memorial el 9 de abril de 1939”. No obstante, el que las Hijas de la Revolución Americana le negaran a la cantante presentarse en la sala de conciertos de su sede nacional, en un concierto previsto para menos público, solo consiguió encender la llama de miles y miles de personas contra el racismo. En los días y semanas posteriores, varios editores y columnistas opinaron sobre lo que el concierto significó para el tema de la discriminación racial en Estados Unidos: “Una victoria en la batalla contra la intolerancia racial”.

Así de impetuosa era su voz, así de poderoso su canto. Las *spiritual songs* y las *labor songs* provenían del dolor y la angustia de las personas esclavizadas. El canto sucedía “como para iluminar la noche de su angustia”. Ese “lugar común” fue configurando lazos de hermandad y solidaridad. Por cada estribillo que se precipita y estalla bajo el cautiverio de la esclavitud, un indicador de la libertad se escucha. Ese deseo de libertad fue una fuerza vital que dio origen a la música negra en general (Chamorro, 2022). “Y al tiempo que los movimientos políticos y sociales del siglo pasado iban derribando

los baluartes de la esclavitud (...) la música negra iba avasallándolo todo, maravillando a las gentes” (Díaz, 1951).

Tú sabías, Natanael, lo que significó aquel momento en Estados Unidos. “Ella ya venía de una gloria cierta e innegable” cuando dio el concierto en el Teatro Colón de Bogotá el mismo día. Pero también, diez años antes, mencionaste a Anderson en tu carta dirigida al presidente Wallace, publicada en *El Tiempo* el 22 de abril de 1943; en ella le pedías que el permiso concedido por el presidente Roosevelt a Marian Anderson para cantar sus plegarias en la Casa Blanca tuviera una significación total y definitiva para todos los negros norteamericanos. Y luego exigiste su música, reclamaste escucharla, el día de la fundación del Club Negro de Colombia, en la Biblioteca Nacional, día tan significativo para ti y para tus amigos.

Contra el racismo y la discriminación

Al término de la Segunda Guerra Mundial, la Sociedad de Naciones se transformó en la Organización de las Naciones Unidas, para lo cual adoptó la Carta de principios a la que adhieren las naciones países que la integran. Un requisito para entrar a formar parte de la organización —la más grande asociación de naciones conocida hasta el momento, vista como la necesidad de unirse para evitar los horrores de una guerra como la que acababa de concluir— es aprobar la Carta de principios en los respectivos congresos. Así se hizo en Colombia, y tú vislumbraste una oportunidad para elevar a rango constitucional, nacional y mundial, la lucha contra los prejuicios raciales y la discriminación que de ellos emana.

Así lo planteaste en la constancia ante la sesión en que el Congreso aprobara la Carta de las Naciones Unidas. En ella señalaste que, al afirmar en el preámbulo que los integrantes están resueltos a proclamar la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y valor de la persona humana, en la igualdad de derechos de hombres y mujeres y de las naciones grandes y pequeñas, la ONU condenaba, de una vez por todas, el prejuicio racial que ha llevado a la práctica de una discriminación racial aberrante en países

de conformación democrática. Al expresar este pensamiento el preámbulo de la Carta, las Naciones Unidas notificaban a los países donde no existía la igualdad de razas que era necesario, para la futura paz y tranquilidad del mundo, que toda línea de color desapareciera y que la igualdad racial no era solo una afirmación sin sentido, sino la concreción de un anhelo humano por demás necesario para la perfección espiritual del hombre (Congreso de la República de Colombia, 1945ñ).

Criticaste agudamente el régimen del Jim Crow³⁷ con ocasión de la ix Conferencia Panamericana realizada en Bogotá en 1948. Dirigiste al delegado de Estados Unidos el “Discurso de un negro colombiano sobre la discriminación racial”, publicado en el semanario *Sábado* el 10 de abril. En él recogías las críticas que, cinco años atrás, había lanzado el Club Negro en el *Manifiesto a los intelectuales del continente americano* sobre el trato que se daba a los negros en Estados Unidos, con unas leyes de segregación racial que los consideraban como si siguieran siendo esclavos, pese a las contribuciones que han hecho al engrandecimiento de América, un continente habitado por gentes que son producto de la combinación de muchas razas, cuya tendencia natural es a entregarlo todo por la igualdad de los hombres. Llamaste a todos los delegados panamericanos a unirse en la exigencia de resolver el grave problema de la discriminación que se vivía en Estados Unidos, porque afectaba no solamente a los negros norteamericanos, sino a los pobladores todos de América Latina que, por ser mestizos, eran mal vistos en la gran nación del norte.

En una anticipación visionaria de lo que, décadas más tarde —al concluir la Guerra Fría con el colapso de la Unión Soviética y el consecuente derrumbe de la Europa oriental socialista—, se denominaría “la globalización”, afirmaste en el documento que se estaba viviendo una época en la que “el hombre ha dejado de ser ciudadano de

.....
³⁷ Nombre con el que se conoció al conjunto de leyes de discriminación racial que imperaron en Estados Unidos, principalmente en los estados del sur, desde finales del siglo XIX hasta mediados de la década de los sesenta del siglo XX.

un determinado país para serlo del mundo”³⁸ (Flórez Bolívar, 2023). En ese sentido, la condena a la discriminación debía ser global, a lo cual instabas a todos los países de la Conferencia Panamericana. Y fuiste más allá, al condenar las leyes del Jim Crow, asegurando que no solo constituyen una “supervivencia del execrable nazismo”, sino que se sustentan en “inaceptables teorías de superioridad racial”, de las cuales se servían algunos “imperialistas del norte” para edificar y justificar su dominio sobre el centro y sur de las Américas (2023, p. 336). Expresaste en este documento una indudable postura antimperialista.

Hoy, cuando en el mundo son condenables el racismo y la discriminación, y cuando muchos Estados han adoptado una legislación contra la discriminación racial, resulta difícil creer que alguna vez las cosas fueron exactamente al revés. Nuestros países eran colonias en un mundo en el que las personas negras carecían de derechos, consideradas como un bien material, como una mercancía sujeta a la oferta y la demanda. En Colombia, la situación se prolongó por treinta años más después de la Independencia del régimen colonial español, hasta mediados del siglo xix. En Estados Unidos, aun después de ser abolida la esclavitud, todavía las personas negras eran segregadas y maltratadas por su color de piel, y en varios de los estados persistieron leyes segregacionistas hasta mediados del siglo xx. En ese ambiente de discriminación, segregación y racismo estructural, nació la gran movilización que suscitó la acción de Rosa Parks, detenida en 1955 por no cederle el asiento a una persona blanca en un bus de transporte colectivo. Estados Unidos era para ti, Natanael, el mayor laboratorio de racismo en el mundo, el lugar donde las injusticias contra las personas negras era pan de cada día.

Además de Anderson, que visitó Colombia varias veces por intermediación tuya, otra de tus grandes amigas, me contaron tus hijos, era Josephine Baker. Rosa Parks, una de las mujeres que, junto con Josephine Baker, hacía parte del movimiento por los derechos

.....
³⁸ La síntesis del “Discurso de un negro colombiano sobre la discriminación racial” la hace Flórez Bolívar en su libro *La vanguardia intelectual y política de la nación. Historia de una intelectualidad negra y mulata en Colombia, 1877-1947* (2023) en las páginas 335-336.

civiles en Estados Unidos, relata en su autobiografía que, durante la marcha de 1963, un año antes de tu muerte en El Bordo, Martin Luther King pronunció aquel recordado discurso “*I Have a Dream*” frente al Monumento a Lincoln. En un momento en que se hizo un tributo a las mujeres y en el que A. Philip Randolph, uno de los organizadores de la marcha, “presentó a algunas de las mujeres que habían participado en la lucha, y yo fui una de ellas. Otra fue Josephine Baker, la bella bailarina y cantante que había pasado la mayor parte de su vida en Europa, pero que había defendido los derechos civiles cuando estuvo en los Estados Unidos. Voló desde París solo para asistir a la marcha. Marian Anderson cantó *He’s Got the Whole World in His Hands* y Mahalia Jackson cantó *I’ve Been Buked and I Been Scorned*” (Parks, 1992, pp. 152-153).

Eras tan amigo de la bella bailarina Josephine Baker, que visitó tu casa y hay anécdotas tan jocosas y surrealistas como esta: tú, que eras un gran soñador, al lado de una mujer llena de utopías como lo era Josephine, quien quería adoptar a un niño en Colombia y te encargó la tarea. Tu hijo menor era Omarcito, el encanto de la bailarina, el más pequeño de la familia que formaste con doña Rosario. Cuando entraba Josephine en tu casa, Eduardo, su hermano, lo escondía, porque doña R. tenía miedo de que terminara siendo hijo de una gran utopía. Lo cierto es que Omarcito se quedó y, en un restaurante de una de sus alumnas de la Universidad del Valle, a pocas cuadras de su casa, me contó esa historia que luego su hermano Eduardo me repitió en su departamento de Suba, en Bogotá, lleno de pensamientos y de arte. Este episodio fue apenas una pequeña muestra del grado de amistad que tenías con la gran artista afroamericana que fue un ícono en la lucha de los negros norteamericanos por los derechos civiles, al punto de haber sido llamada a liderar el movimiento, por la viuda del inolado Martin Luther King, invitación que no aceptó.

Baker tenía tanto apego por las causas libertarias que llegó a ser condecorada por el Gobierno francés con la Cruz de Guerra, luego de haber ayudado, con presentaciones de canto y baile, a animar a los soldados de la resistencia francesa en su lucha contra la invasión nazi durante la Segunda Guerra Mundial. De esa magnitud

era la talla de esta afamada artista que vino a Colombia por invitación tuya, lo que confería un profundo significado político a su presencia y su actividad en nuestro suelo. Era, ni más ni menos, una muestra de resistencia contra el racismo, tanto como lo habían sido años antes sus presentaciones claramente dirigidas a combatir las intenciones de dominación fascista que caracterizaron el panorama mundial en la guerra que, afortunadamente, había culminado.

El Gaitán negro

En la muerte, Natanael, fuiste un personaje muy cercano al mito. Las historias de la época suelen hacer un inciso para relatar alguna trama conspiratoria sobre tu persona. Por ejemplo, hubo quienes no olvidaban el paro de Avianca, acontecido años antes, y achacaban tu muerte a una decisión de “arriba”, que había provocado el retraso de los vuelos de Cali a Bogotá cuando, ya en el hospital, necesitabas ser trasladado urgentemente para una cirugía. Una anécdota más, que forma parte de múltiples historias que, a fuerza de convicciones y de lucha, parecían haber roto los límites de lo humano. Te habían visto en el café del negro Barona declamar poesía y hablar de política, mientras las gentes de Puerto Tejada se reunían en torno tuyo. Pronunciaste también discursos, como buen orador, que el pueblo abrazaba con emoción en la plaza de Bolívar, lo que te valió los celos profundos de Alfonso López Michelsen y el apodo de Gaitán negro.

Era muy difícil no reparar en ti. La ropa de etiqueta acentuaba tu aspecto fuerte y elegante, con esos paños ingleses bien doblados. Era tal tu elegancia, que usabas traje y corbata en una ciudad calurosa como Cali. Eras, además, buen bailarín. Resultaba difícil para doña Rosario, en tu ausencia, tener que ver cómo a su casa llegaban sus vecinas preguntando por el doctor Natanael, quien les había prometido enseñarles a bailar.

Y así como bailabas pasodoble o tango con el paso oportuno, en el Congreso también tenías la réplica adecuada, brillante. La mente vivaz te valió la envidia de algunos hombres y la admiración de las mujeres. Alguna vez, en el Congreso, un representante a la Cámara

se dirigió a ti con las siguientes palabras: “Ya llegó Natanael, se oscureció el Congreso”, y tú, le respondiste: “Pero se iluminaron las mentes”. Eras de esa clase de hombre que dejaba sin posibilidad de réplica al oponente. Era muy difícil que erraras en el tiro o en las respuestas. Y dominabas varios idiomas.

Una vez, Diego Luis Córdoba se había dirigido a sus pares en latín en el Congreso de la República y se volvió hacia ti: “Natanael, tú me entiendes, y no traduzco, porque no es posible que un padre de la patria no sepa latín”³⁹. Muchos sabían de la intervención de Ospina Pérez en el Congreso cuando, después de que el presidente mencionara en aquella ocasión que “había que acabar con los asesinos”, le replicaste con tu fuerza oratoria: “Entonces, debemos empezar por usted”. Y claro, se tornó tu enemigo, no los había peores que el propio presidente de la República.

Ya ves, Natanael, que la vida no iba a tomar esos caminos lineales o estáticos en que uno suele pensar. En la política electoral, en las salas del Congreso, fue cuando sentiste que el racismo existía en la sociedad colombiana, y que la “democracia racial”, de la que años antes te habías ufano frente a Wallace, no era tal.

Las noticias

Sí, todavía podías leer en la nota mojada por la saliva de tu hijo, ya a punto de desleírse en tus manos, lo que habías advertido en la mirada de tu esposa. Hubiera sido bueno para ti sentir su abrazo, estrechar su mano y sentarse a conversar, pero te encontrabas en la cárcel de Cali, a la que comúnmente llamaban “manicomio”⁴⁰, donde el espacio era tan estrecho que no había lugar donde sentarse y cada preso debía permanecer de pie.

.....
³⁹ Anécdota descrita por Eduardo Díaz Saldaña sobre la camaradería entre Diego Luis Córdoba y Natanael.

⁴⁰ “La cárcel del distrito de Cali, mal llamada entre nosotros «manicomio», [era] un local que no reúne las condiciones que deben llenar establecimientos de esta índole. Falta higiene, falta capacidad, falta todo” (Rojas Martínez, 2019, p. 23).

Ahí también el olor a orines y a excrementos llegaba a penetrar los calabozos. Enfermos mentales, asesinos, ladrones, menores de edad detenidos y presos políticos como tú eran los habitantes del lugar. Algunas personas eran almas en pena, cuerpos sonámbulos, como si les hubieran robado todo vestigio de alegría, de luz. El trato que les dispensaban en el “manicomio” había borrado de ellos todo rastro de vida. Su presencia adoptaba el sonido de los pasos en el piso cementado. La prensa de la época denunciaba las condiciones en que se encontraban los enfermos psiquiátricos en aquella cárcel. Había un debate de salud muy serio que buscaba cambiar condiciones tan inhumanas. Todo esto debió incidir en tu estado de ánimo en el que alternaban el mal humor y la desmoralización, aunque al final se imponía la voluntad de seguir, de cambiar las cosas, porque allá afuera era lo que querían los obreros, los campesinos y las gentes de clases sencillas. Y estaban Ospina y un séquito de acólitos decidiendo desde su escritorio los destinos de Colombia, siempre con consecuencias perjudiciales para el pueblo. No eran los intereses de lo que llamabas pueblo lo más importante para la oligarquía, no, tendrías que seguir con fuerza para enfrentar lo que vendría de ahí en adelante. A muchos liberales oficialistas, y a los conservadores, lo que les preocupaba eran los problemas que enfrentaban las instituciones como consecuencia del 9 de abril. Ellos pensaban en preservar su poder a toda costa, con Ospina como la “institución viviente y personificada” (Alape, 1989, p. 79), pero no representaban a ese pueblo que salió a las calles aspirando a seguir la senda de la emancipación. Tú, Natanael, y muchos de tus amigos, como Diego Luis Córdoba, y como tanta gente que presionaba en las calles para que te liberaran, se habían hecho muchas ilusiones con el proyecto de Gaitán y temías que, tal como iban las cosas, el ánimo y la combatividad de las gentes del pueblo se trocaran en una nueva frustración.

En tu mente estaba regresar a Bogotá y seguir en la lucha política, en este que corría, tu segundo periodo parlamentario.

Un negro visto por otro negro

Diego Luis Córdoba era un hombre de tu estatura, con raleados cabellos cortos y una cara redonda en la que los ojos negros parecían resplandecer. Provenía de una familia pobre, de la población chocoana de Negua, y, gracias a la ayuda de un tío comerciante, logró adelantar sus estudios hasta graduarse de derecho en la Universidad Nacional, el 30 de noviembre de 1932. También poseía una gran oratoria que tú habías escuchado en el Congreso⁴¹. Córdoba manejaba la palabra como un maestro y de sus discursos, quizás el más famoso —y por ello lo mencionaste en la entrevista— fue el que hizo en 1936, cuando todavía tú no eras congresista. A propósito de ese discurso, Luis Eduardo Nieto Caballero redactó una columna en *Semana* donde lo señalaba como “el orador de más larga duración en todo el mundo”⁴².

Diego Luis Córdoba te había negado una entrevista por segunda vez y, hábilmente, viste la puerta de entrada en una conversación un día en que ambos hablaban de escritores negros. Diego Luis se preguntó, de repente, cómo era posible que en Estados Unidos “todos los días” se siguiera hablando de democracia. Tú, Natanael, ya le habías hecho el mismo planteamiento a Mr. Wallace. Y miraste a Córdoba interrogativamente. Aprovechaste el momento pensando en la entrevista: “A usted lo acusan de racista. ¿Por qué?”.

No sé, Natanael, si se te vino a la cabeza que, después del Día del Negro, la prensa también lo enfrentó con acusaciones tales como que ustedes estaban importando un modelo racista norteamericano,

.....
⁴¹ “Por allá en 1936 se discutía el tratado comercial de Colombia y los EE. UU. El ilustre chocoano era opositor de la negociación. Empezó a hablar durante seis horas consecutivas. Pasada la medianoche, se le aplicó el «cuarto de hora reglamentario»; o sea que Diego Luis debería hablar con intervalos de quince minutos, mientras otros intervenían. Y sumado el tiempo completó cuatro horas más, o sea un total no menor de diez -10- horas” (Martínez de Varela, 1987, p. 13).

⁴² “El tratado es un obstáculo insalvable para el progreso industrial del país”, dejó como constancia en el Senado, en el marco de una serie de vehementes discursos que defendían el TLC con Estados Unidos. Diego Luis fue el único voto en contra. Eran los industriales nacionales los que más tarde pedirían protección ante el avasallamiento de los empresarios norteamericanos, y Natanael estaba plenamente de acuerdo con Diego Luis. “Entonces, pocos se dieron cuenta de que Córdoba tenía la razón. Solo ahora se están dando cuenta, especialmente los industriales que piden más y más protección para lo de ellos” (Díaz, 1947f).

atrevimiento extremadamente peligroso. En este caso, la pregunta a Córdoba hablaba de racismo, pero más por las acusaciones que los enemigos hacían de él. Diego Luis te respondió con la mayor sinceridad posible:

Yo soy marxista y como tal, no puedo ser racista ni tener complejo racial alguno, ni de superioridad, ni de inferioridad. Para el marxista, todas las razas son intrínsecamente iguales. Lo que acontece es que a algunas les falta oportunidad para que sus capacidades se manifiesten (...). La raza negra, por estar en posición de inferioridad económica, urge a sus integrantes la realización de algo por su levantamiento (...). Yo he sido afortunado respecto de lo aludido, porque el Chocó tiene el 90 % de población negra, que vive en condiciones económicas primarias. Entonces para mí, como socialista, el plato lo he encontrado servido, porque coincide con la lucha de clases propiciada por los marxistas, con la lucha de razas. En el Chocó, la clase explotada es la negra y la explotadora es la blanca. Hay, desde luego, excepciones, negros explotadores. Por eso, mis convicciones y mi campaña me han hecho chocar con algunos hermanos de raza. Yo tengo fama de racista porque toman esa palabra en el mal sentido de ella. Como marxista me preocupo por la lucha de clases, pero en el Chocó, al tiempo que lucho, como he dicho, por los ideales socialistas, lucho por mi raza. El día en que los negros tengan las posiciones económicas, intelectuales y sociales a que tienen derecho, ese día no tendrá razón mi lucha racial. (Díaz, 1947f, p. 2).

No eran meras palabras. Córdoba estaba firmemente convencido de todo aquello, cuando, con veintiséis años de edad, llegó a la Cámara Baja. Sus primeros discursos se centraron en defender y hacer conocer los derechos que como ciudadanos tenían los habitantes de esa región del Pacífico colombiano, el Chocó, cuyos derechos y libertades habían sido “conculcados durante muchos años”.



Diego Luis Córdoba y Natanael Díaz con sus colegas congresistas (1947).
Fuente: Archivo familiar de Eduardo Díaz Saldaña.

En la escuela del liberalismo, las ideas gaitanistas arraigaron, a pesar de las divisiones en el Partido Liberal, sobre todo entre las clases populares y los trabajadores. Luego de las elecciones presidenciales de 1946 y el triunfo de Ospina Pérez, una oleada de sentimiento revolucionario inundó a Colombia. Fue cuando Jorge Eliécer Gaitán asumió la presidencia del Partido Liberal y tú lo seguiste, Natanuel. La reconquista del poder, pensabas, al igual que Alfonso Romero Aguirre y otros liberales progresistas, llegaría en manos del doctor Gaitán.

Cabe decir que Gaitán representaba otra forma de hacer política, lejos de los salones. En una democracia de la que se ufanaba una reducida élite, pero de la que solo disfrutaba la oligarquía. De ahora en adelante sería el pueblo la tribuna a la que debían conducirse los candidatos y sus discursos debían ser dirigidos a representar a la mayoría. Gaitán había despertado, a tu parecer, la conciencia de las masas. En consonancia con la idea escribiste una columna en el semanario *Sábado*, en la que resaltaste que la presencia del doctor Jorge Eliécer Gaitán en la política nacional había venido preparando, en la conciencia de las masas, una manera de operar en la política que difícilmente iba a ser cambiada.

Afirmaste que en el país no iba a ser posible nunca jamás volver a hacer política de salón, ni lanzar candidatos a la presidencia de la república que no representaran una aspiración colectiva y sin que un prestigio ganado entre las masas no fuera lo preponderante. Augurabas que la presencia de Gaitán iba a ser determinante, aun si las fuerzas policiales exterminaran a cien mil liberales, y que, en adelante, habría candidatos de la oligarquía liberal-conservadora y candidatos del pueblo (Díaz, 1947f).

Veías, en tu compleja red de sueños, que se acercaba una época revolucionaria de justicia y avance democrático con un curso ascendente acompañado de las amplias reivindicaciones populares. Pero la reacción preparaba la guadaña asesina. Estabas a pocos meses del desencanto, porque la libertad de los oprimidos y de las clases desposeídas encontraba en la oligarquía su más grande enemigo, integrada por aquellos a quienes “no les importaba el pueblo”, como escribiste después de la muerte de Gaitán.

Era mucho lo que habías recorrido en el liberalismo. Primero, llevado de la mano de Eduardo Santos, entraste a las juventudes liberales, al igual que Enrique Pardo Parra, Jesús Arango Jaramillo, Jaime Posada y José de la Pava, e hiciste parte de la primera Dirección Nacional de Juventudes Liberales. Con sus quimeras, ideales y anhelos de adolescentes, estaban prestos a servir al país⁴³ (Díaz, 1957c).

Y fuiste parte del proceso en el que, sin proponérselo, el liberalismo se había instalado en el corazón y en las mentes, y las había transformado. En tu caso, Natanael, las ideas de Gaitán fueron el motor que comandaba tus actos. Creías de verdad en sus ideales. Y como fruto de tu romanticismo, vendrían tus grandes decepciones y aciertos. Al fin y al cabo, no todos los liberales por los que profesaste respeto alguna vez serían consecuentes.

Lecciones de vida

Escuchaste los ruidos de la mañana, no dormirías más, aunque pasaste una mala noche, una que te resultó interminable. En un rato más llegarían los abogados. Recordaste el día aquel en que creíste que tu deber era notificar al mundo de la innegable presencia y contribución vital de los negros a la sociedad, y que terminó en una inspección de Policía, junto con Manuel Zapata Olivella, Adolfo Mina Balanta, Marino Viveros y Delia Zapata Olivella, cuando eras estudiante de la Universidad Externado de Colombia.

Esa marcha cambió tu manera de ser y te convirtió en otro hombre, más aguerrido de lo que habías sido antes. Pero esto se venía forjando en ti desde aquella experiencia que viviste con tu maestra y también durante la estadía en Bogotá, en el colegio Camilo Torres, el estar en contacto con otras personas que ayudaron a forjar tu personalidad, como el rector de tu universidad, Fernando Hínestroza, y tus amigos negros de otras regiones del país. El tener al alcance libros de los que no habías escuchado antes, y la música, el teatro,

⁴³ Natanael Díaz escribió en *El Relator* su columna habitual denominada «Clepsidra», esta vez hablando de Jaime Posada.

estar más cerca del mundo que de tu terruño natal, todo esto te había hecho más lúcido y comprometido.

Te dirías, en ciertos momentos de desánimo, lo mucho que le debías a tu madre y a tu abuela. Años de trabajo para verte hecho el hombre del que ellas tanto se enorgullecían al llamarte “doctor Natanael”. Pensabas en la promesa que debías cumplirles: terminar la carrera de derecho, abruptamente interrumpida por los acontecimientos, y ponerla al servicio de los trabajadores.

—Esto es excepcional —te explicaron los abogados—. Tenías razón, te arropaba la inmunidad como parlamentario.

—¿Qué criterio tenían para seguir yo privado de libertad? —preguntaste.

—Ninguna, había ausencia de motivos. Pero eso no lo decidían ellos, lo decidía un juez.

Aquella vez en Bogotá, tras los barrotes, fue una detención de una noche, pero aquí eras consciente de que podrías terminar asesinado. Ya lo habían intentado tus poderosos enemigos políticos.

“¡Alerta, macheteros del Cauca!”

A mediados del siglo xx Cali fue una ciudad que pasó rápidamente de unos 157 000 habitantes a casi 400 000 en el lapso entre 1944 y 1955 (Orejuela Jordán, 2014, p. 78). Hizo tránsito de un sistema propiamente feudal a otro en el que, al menos teóricamente, había una masa importante de obreros, la mayoría provenientes de sus zonas rurales, cuando los aliados, comandados por Inglaterra, la Unión Soviética, Francia y Estados Unidos, derrotaban a Hitler. En Europa, durante los primeros días de la posguerra, el panorama era desolador con las calles de las ciudades vacías de gente y cubiertas de escombros, con el humo saliendo de los restos todavía calcinados de muchas edificaciones. Mientras tanto, en Colombia, se recrudecía la Violencia.

Hasta semanas antes, los días en Puerto Tejada habían sido tranquilos. Como de costumbre, un albañil batía el barro con su propia paciencia y, de repente, con muchas otras personas más, te

escucharon cuando dijiste desde la Radiodifusora Nacional: “¡Alerta, macheteros del Cauca! ¡Salgan a vengar la muerte del caudillo Jorge Eliécer Gaitán!”⁴⁴ (Mina, 1975, p. 100). Ya estaban en marcha las personas que venían de distintos pueblos cercanos a Puerto Tejada, los hombres y mujeres que se verían inmersos en aquellos acontecimientos históricos. Y, Natanael, seguramente no habías pensado que quedarías expuesto ante tus enemigos. Total, la mayoría en Puerto Tejada era liberal, los pocos conservadores dueños de tiendas y negocios pagaron un alto precio durante el saqueo. Al poco tiempo el precio más alto lo comenzaron a pagar los liberales, y como en todo el país, siguieron apareciendo los muertos⁴⁵.

Cuando Gaitán murió, en 1948, tenías veintinueve años y ya habías empezado tu carrera de hombre público. Cinco años antes fue tu primera protesta, en la que, junto con tus compañeros, habías sido enjuiciado por gran parte de la prensa que, sin duda, en una ciudad que ocultaba el racismo, no te perdonaba el Día del Negro. También habías forjado unas amistades que te durarían el resto de la vida. Adolfo Mina Balanta sería uno de tus grandes amigos, y el otro, Manuel Zapata Olivella, cuyas manos habían levantado por primera vez a Eduardo, el tercero de los hijos que tuviste con Rosario Saldaña. A diferencia de Adolfo Mina y Manuel Zapata —que

.....
⁴⁴ Un albañil en Puerto Tejada lo relata: “Yo estaba precisamente batiendo un barro para ese cielo raso, cuando oí por radio que dijeron: «Acaban de asesinar al líder del pueblo, doctor Jorge Eliécer Gaitán». En esa época el doctor Nataniel Díaz en Bogotá y, con él, los estudiantes se tomaron la Radiodifusora Nacional: «¡Alerta, macheteros del Cauca! ¡Salgan a vengar la muerte del caudillo Jorge Eliécer Gaitán!». Eso es cierto. Entonces por eso fue tan perseguido el finado Nataniel Díaz”.

⁴⁵ Mina relata en *Esclavitud y libertad en el valle del río Cauca* (1975) los hechos que ocurrieron el 9 de abril de 1948. En primera instancia, las personas provenientes de las veredas se reunieron en Puerto Tejada, tomaron alcohol y saquearon los negocios de los conservadores, y en los días subsiguientes hubo una “violencia liberal como venganza. Un grupo se formó que fue el de los Biáfara, para contrarrestar la violencia conservadora. Porque aquí la violencia, a pesar de ser un pueblo liberal (con no más de unos 50 conservadores), de mayoría abrumadora, los conservadores se crecieron, se volvieron grandes, unos dioses. Y todo el que ellos sabían liberal y que se daba cuenta que había robado alguna cosa, ahí mismo lo señalaban y lo hacían llevar a la cárcel. A unos los mataban, a otros los enviaban a Pasto (...). De allí vino que aparecía un conservador muerto y mataban 4 o 5 liberales, al que cogieran por la noche” (Mina, 1975, pp. 102-103).

dedicaron buena parte de su vida uno a la academia y el otro a la literatura, el periodismo, la investigación, el impulso al arte y la cultura—, tú te dedicaste abiertamente a la política y a la lucha sindical.

En aquellos días, el hogar de los Díaz Saldaña confluía entre la huida y el desarraigo. En otros días, los más tranquilos por tu trabajo, los cambios de residencia se convirtieron en una forma de vida. Bogotá, Cali y Popayán. Y como si hubiera quedado poco camino, el inicio del acercamiento a la muerte fue en tu “inxilio” en El Bordo, mientras librabas otra de tus luchas: por la defensa de la tierra de los campesinos en el sur del Cauca, en 1964 (Castillo Gómez, 2022, p. 326).

El asesinato de la democracia

Durante tu permanencia en la cárcel no querías caer en la desesperanza. Incluso de noche, en el cuarto a oscuras, sin poder dormir, tratabas de pensar en ella y en tus hijos, paliar la tristeza con el recuerdo. Tu vida corría peligro, era lo poco que te decían las raras veces que podían visitarte. El contacto con los tuyos era por medio de las cartas que te escribía Rosario, tu esposa, que contestabas con amor, pero también dejabas traslucir la angustia que te asaltaba al pensar que, en la dura confrontación entre liberales y conservadores, se había llegado al extremo de asesinar a los familiares más cercanos de los dirigentes en aquellas regiones donde era más intenso el conflicto.

Para calmar la angustia y poner a resguardo a tu esposa y tus dos primeros hijos, hiciste llegar a Rosario mensajes en los que la apremiabas a que abandonara Puerto Tejada y buscara refugio en Cali. El Gobierno conservador te mantenía en la cárcel, aislado. Rosario, que hacía enormes esfuerzos por mantenerse a salvo con sus hijos, huyó de Puerto Tejada como perseguida política. Se disfrazó para sobrevivir y trató de mantener en el anonimato la filiación paterna de sus hijos, tanto que a Nathanael lo llamaría Tocayito por un largo periodo de tiempo. Pero, a pesar de la nueva situación, del nuevo orden que se imponía sin remedio, que marcaría de ahí en adelante tu historia,

ya por la herida en el ojo que nunca sanó, ya por la melancolía que siguió siendo una marca sobre tu espíritu y también por la solidaridad, allá afuera había mucha gente que te quería y te respetaba y estaba haciendo enormes esfuerzos por tu liberación.

El 5 junio de 1947, los liberales en el Cauca celebraron la noticia de una victoria gloriosa contra los conservadores, culminación de varios meses de campaña electoral en medio de la Violencia, incluida tu victoria, Natanael Díaz, porque habías asegurado tu triunfo en esa región del país. Además, en las elecciones presidenciales de 1946, en el Valle del Cauca, digno de una tradición de lucha obrera y campesina, había ganado el gaitanismo, superando a Mariano Ospina Pérez, el candidato de la Unión Nacional.

La agudización de la Violencia se produjo como consecuencia de la muerte de Gaitán. Las constantes crisis en las que se sumió el país habían cimentado el nacimiento de las guerrillas liberales, y se habían justificado todos los usos de la imagen del caudillo para atacar y favorecerse en votos. Ahora, ante la situación de triunfo de los liberales, Ospina, junto a otros conservadores fanáticos, incluida su esposa, doña Berta Hernández —católica, apostólica y romana—, aceleraron el asesinato de lo que restaba de la democracia.

No acaba la tormenta

Durante las semanas siguientes, si es que había suerte, saldrías libre. Todo era cuestión de mantener hilando la suerte, si la espera no se alargaba otros cuantos meses. En la cárcel habías pasado tu cumpleaños y ya pertenecías a aquellos hombres que viven vidas extraordinarias. Tu primer hijo, Irme, lo tuviste a los diecisiete años. Parlamentario a tus veintiséis y preso político a los treinta y un años. ¿Fue inconveniente haber empezado la lucha tan temprano? Tal vez. Y, en verdad, nunca negociaste tus convicciones y mantuviste tu valor moral en las peores condiciones.

Era verdad que parte de aquellos años, después del 9 de abril, el destino de Colombia se encontraba sometido al mandato de las camándulas y los fusiles (Sánchez Ángel, 2008). El gobierno de Ospina,

un *dictador con fajín conservador*, cerró el Congreso, nombró tres ministros militares y eligió a dedo a los representantes de los Gobiernos locales, gobernadores y alcaldes. En noviembre de ese año fue elegido el conservador Laureano Gómez como sucesor de Ospina. La década de la democracia, la época de una posible emancipación de las clases trabajadoras, parecía haber terminado. En diciembre serías encarcelado, pero ahí no pararía la persecución a la que te ibas a ver sometido.

El 9 de marzo de 1951, seis meses después de encontrarte en libertad, Domingo Sarasty Montenegro, ministro de Gobierno, recibió el siguiente memorial:

Bogotá, marzo de 1951

Señor ministro de Gobierno

E. S. D.

Muy respetado Señor Ministro:

Yo, NATANAEL DÍAZ, varón, mayor de edad, identificado con cédula #2558443 de Puerto Tejada, en mi condición de miembro principal de la honorable Cámara de Representantes y de ciudadano en ejercicio, vengo a pedir ante su Señoría el amparo del que habla el artículo 16 de la Constitución nacional, de cuya vigencia no tengo noticias que haya cesado.

La causa de esta petición no es otra que la que paso a relatarle: en la edición #6947 de 18 de febrero pasado de *DIARIO DEL PACÍFICO* aparece una carta suscrita por el señor RAMÓN ARCESIO SANDOVAL, alcalde militar de Puerto Tejada, cuyo texto, tomado del mencionado periódico, acompaña el presente memorial.

En la referida carta, el contenido de la cual ruego leer al señor ministro en su totalidad, el señor Sandoval, comentando una corresponsalia de *El Tiempo* que daba informe de las tropelías y los abusos cometidos por él en la Alcaldía de Puerto Tejada, arremete contra la honradez de ciudadanos que, como el Dr. ARQUÍMEDES VIVEROS exrepresentante al Congreso, exdiputado a la Asamblea del Cauca y abogado reconocido por su honorabilidad y competencia, como don Alfonso CARABALLÍ, exconcejal, exjuez municipal, exfuncionario de la Policía, y como quien este memorial dirige, dos veces ungido por el voto popular para la Honorable Cámara de la cual fue su vicepresidente, actualmente

representante en ejercicio, no han hecho otra cosa en el curso de sus vidas que entregarse por entero al servicio del país y a la defensa de sus instituciones democráticas.

Según el texto de la aludida carta, el agente Sandoval, en mala hora jefe de la administración de uno de los pueblos más ricos del país, afirma que el Dr. Viveros, el Señor Carabalí y Natanael Díaz “SON LOS DELINCUENTES INTELECTUALES, Y A LOS QUE EL GOBIERNO DEBIERA CONDENAR A PRISIÓN PERPETUA PORQUE ELLOS SON LOS RESPONSABLES DE LOS ATAQUES A LAS AUTORIDADES, LOS ROBOS Y ASALTOS A LOS HOGARES Y LOS MIL DELITOS MÁS QUE SE COMETEN EN ESTA REGIÓN”. Y como si lo anterior fuera poco para que su autor se encuentre bajo claras sanciones de la C. P., el celeberrimo personaje continúa refiriéndose a las personas arriba nombradas para decir que: “AQUELLOS CRIMINALES, YA QUE NO SE ENCUENTRAN EN UN CEMENTERIO, DEBIERAN ESTAR CARGADOS DE CADENAS EN UN CALABOZO”⁴⁶.

Laureano Gómez

Pero, muy a tu pesar, el ministro de Gobierno no haría nada en relación con tu memorial, y Laureano Gómez, inspirado en sus viejas ideas afines al fascismo y al franquismo, y en su acendrado catolicismo, siguió con una política ultraconservadora y absolutista más dura que la de Ospina, comandando un Gobierno de los curas y los “godos azul de metileno”⁴⁷.

La persecución ejercida por el Gobierno conservador contra los liberales, ejecutada por personajes siniestros —como el alcalde militar a quien denunciaste ante el ministro de Gobierno, y que puso oídos sordos a tu reclamo—, llegó a niveles insoportables como reforzar la Policía con un nuevo cuerpo: la “Policía chulavita”⁴⁸,

.....
⁴⁶ Archivo familiar de Eduardo Díaz Saldaña.

⁴⁷ Expresión escuchada con frecuencia a personas que relatan episodios de la época de la Violencia liberal-conservadora para referirse al radicalismo de los gobernantes conservadores.

⁴⁸ Se denominó así a los policías provenientes de la vereda Chulavita, en el municipio de Boavita, en el norte de Boyacá, pueblo en el que la mayoría de sus habitantes profesaban un conservatismo que rayaba en el fanatismo y que seguían ciegamente los dictámenes y

dedicada a perseguir, encarcelar, torturar y asesinar a todo aquel que siguiera las ideas y los líderes liberales, o a aquellos de quienes simplemente se sospechara. La situación se convirtió en una olla de presión que estalló en diferentes lugares del país, dando paso a la respuesta también violenta de los liberales que, en desarrollo del ejercicio de la “legítima defensa”, pregonado durante mucho tiempo por Gaitán, formaron grupos armados de autodefensa, rápidamente convertidos en guerrillas liberales en aquellos territorios donde era más aguda la persecución de las fuerzas policiales laureanistas: el Tolima, el Huila, tu natal Cauca, el Valle del Cauca y los Llanos Orientales, donde se refugiaron los liberales que huían de la agresión chulavita en el departamento de Boyacá.

Durante tres largos años, en el mandato de Laureano Gómez, la violencia partidista adquirió unas dimensiones que parecían no respetar límite alguno. Esto llevó a los dirigentes liberales, y a las fracciones conservadoras comandadas por el expresidente Ospina Pérez y por el dirigente caldense Gilberto Alzate Avendaño, a pactar el derrocamiento del Gobierno para poner en el puesto presidencial a un militar, Gustavo Rojas Pinilla, con la misión de pacificar el país. El Gobierno militar, que alcanzó la gloria en los primeros años, evidentemente consiguió disminuir la Violencia liberal-conservadora, pero no tardó en apartarse, paulatinamente, de la tutela de los jefes de los dos partidos que lo habían sentado en el sillón presidencial.

Rojas creó una fuerza política propia y organizó corporativamente a sectores obreros, mientras desplegó programas de asistencia social que impactaron en sectores populares asolados por la pobreza. Todo esto se sumó a la confrontación con la Iglesia católica, a sus intenciones de desarrollar un proyecto muy cercano al modelo populista de Perón en la Argentina, a la represión que ejerció la Policía sobre el movimiento estudiantil —y que causó la muerte de varios líderes— y a otros hechos que fueron detonantes de la protesta callejera y de una nueva alianza liberal-conservadora,

las órdenes que salieran del Gobierno laureanista y del gobernador boyacense José María Villarreal, quien fue conocido por sus acciones de exterminio de liberales.

que se selló en un encuentro llamado el Pacto de Sitges⁴⁹, en el que Alberto Lleras Camargo, por el liberalismo, y Laureano Gómez, el presidente conservador derrocado por el golpe, acordaron sellar una unidad política que pusiera fin a la dictadura militar y restaurara la democracia.

Sobre el Pacto de Sitges, Natanael, el 31 de julio de 1957 escribiste una columna en el semanario *Sábado*, en la que apoyaste que se hiciera un acuerdo para restaurar la democracia, aquella en la que creíste durante toda tu vida y a la que tu partido, el liberalismo, consideraba como piedra angular de sus doctrinas políticas, dando por hecho que el “pueblo era la única fuente de todo poder y que fuera de él no se produce sino la dictadura y la catástrofe”⁵⁰.

Catástrofe fue a lo que te tocó asistir, en Cali, donde tanta actividad sindical desempeñabas. El 6 de agosto de 1956, a la una de la mañana —recordaba un testigo, el padre Hurtado Galvis—, un fuerte estruendo y enseguida un temblor, entre un caos de miedo y gritos desesperados, cubrió de escombros manzanas enteras, provocando la muerte a multitud de hombres, mujeres y niños.

Como una pesadilla nuclear, brotaba una nube de hongo que se elevaba sobre el centro de la ciudad. Un hombre desesperado gatilló un revólver en su garganta. El presidente Rojas Pinilla fue incapaz de dar respuesta, una indecisión fatal para un Gobierno cuyo máximo jefe también había sido responsable, por omisión, de la masacre liberal en Cali, en 1949, cuando se desempeñaba como comandante de la Policía (Ocampo, 2008, p. 248). El “golpe de opinión” organizado por los jefes liberales y conservadores, y apoyado por la gran prensa, que había sido golpeada por Rojas, y por la Iglesia católica,

⁴⁹ Alude a un balneario famoso en la provincia de Cataluña, donde se llevó a cabo el encuentro de los dos jefes políticos.

⁵⁰ “Alejados de toda influencia inmediata que pudiese interferir en su patriótica misión y solo dirigidos por la imagen que ambos han soñado para el país, Alberto Lleras y Laureano Gómez lograron en Sitges, ciento veintisiete años después, lo que el Libertador pidiese desde la orilla de su agonía. Pero no era la desaparición de los partidos políticos lo que el Padre de la patria reclamara, sino la cesación de la lucha por el poder en la forma salvaje en que se presentaba, con ambición de aherrojamiento del vencido y con abiertas fauces de embravecida fiera para devorar al adversario” (Díaz, 1957a).

que se había reñido con él, puso punto final a la dictadura e instaló una Junta Militar de transición, bajo la cual se convocó el plebiscito de 1957, que dio paso al Frente Nacional.

El 19 de julio de 1957, a propósito de los acontecimientos que habían vivido tú y tus compañeros de lucha en los últimos diez años, habías escrito en *El Relator* una columna donde dejabas consignada tu decepción. Fuiste testigo de los hechos terribles que ocurrieron desde la muerte de Gaitán, y cuando te aprestabas a mantener alguna esperanza, llegaba con ímpetu alguna nueva desilusión, porque la historia, Natanael, iba a seguir unos pasos distintos a los que tú anhelabas desde cuando empezaste en la política, con esa propensión romántica de los jóvenes que todavía quedaba en ti de seguir creyendo que tu Partido Liberal iba hacer suya la causa del pueblo⁵¹. Al iniciarse el Frente Nacional, habías hecho ver alguna esperanza:

El Tratado de Sitges es, en verdad, el preámbulo que debe llevar la nueva República de Colombia, nada que interprete mejor, abstracta pero precisamente, la ambición nacional, el querer de todas las gentes colombianas, después de haber asistido a la cesación de la horrible noche de dictadura (Díaz, 1957a, p. 4).

Natanael, ¿qué otra manera había de hacerlo? ¿Cómo dar legitimidad a la nueva república si no era a través de la convocatoria de un plebiscito? Era preciso dar alguna forma de legitimidad al nuevo acuerdo entre liberales y conservadores, pero ¿era el acuerdo que imaginabas, Natanael?

⁵¹ “Le ha correspondido una misión casi de sepultureros, pues tal como ha transcurrido la historia de los últimos diez años, nos ha tocado asistir al enterramiento de las libertades y de las instituciones creadas por los libertadores. Estábamos apenas colocándonos en la posición de servir al país con un nuevo romanticismo, impulsándonos, cuando vino la hecatombe, impidiéndonos darles forma a todos los sueños que nos había proporcionado nuestra ambición política” (1957a, p. 4).

Las huelgas obreras

El acuerdo bipartidista que consagró la exclusividad del poder en Colombia para los dos partidos tradicionales y excluyó toda otra fuerza política del escenario electoral, esa decisión política de monopolio del poder y en especial la alternación de los dos partidos en el Gobierno a lo largo de dieciséis años, fue el motivo principal para que tú, junto a Alfonso López Michelsen, el hijo de tu otrora jefe político Alfonso López Pumarejo, y otros dirigentes del liberalismo, crearan el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), uno de los cuatro sectores políticos que hicieron oposición al Frente Nacional⁵².

El primer Gobierno de alternación liberal-conservadora fue el de Alberto Lleras Camargo, quien había asumido ya en 1945 la Presidencia, tras haber renunciado López Pumarejo en el último año de su segundo mandato. Lleras Camargo, elegido en 1958 por los votantes de los dos partidos tradicionales, fue el que enfrentó con dureza, en 1961, el paro de los trabajadores de Avianca que, ante la intransigencia de la empresa, desembocó en una huelga de hambre de la cual formaste parte, Natanael, cuando eras representante a la Cámara elegido por el MRL en 1960. Le hacías ahora oposición al mismo Lleras Camargo que tú, como liberal auténtico, ayudaste a elegir porque tenías una profunda fe en la democracia y en quien había sido uno de los jefes del Frente Cívico y organizador del movimiento del 10 de mayo de 1957, el cual desembocó en la renuncia de Rojas Pinilla y puso fin a la dictadura militar. Y fue el mismo Lleras Camargo quien persiguió

⁵² “Cuatro vertientes de pensamiento conformaron movimientos de oposición al Frente Nacional desde sus inicios: el abanderado por Alfonso López Michelsen, con el movimiento Revolucionario Liberal (MRL), el de la Alianza Popular (ANAPO), el del Partido Comunista Colombiano y el de los movimientos guerrilleros conformados bajo la inspiración de las revoluciones en China (1949). El de López Michelsen, porque se había desvirtuado la idea original de unión de los dos partidos tradicionales colombianos. El de la ANAPO, porque unificaba fuerzas políticas alrededor del regreso del general Rojas Pinilla al Gobierno. El Partido Comunista, porque había sido ilegalizado durante el régimen de Rojas Pinilla (1953-1957). Y el de los movimientos guerrilleros, porque preconizaban la toma del poder por la fuerza de las armas” (Ocampo, 2008, p. 259).

con mano dura los movimientos huelguísticos, entre ellos los del Valle del Cauca, impulsados por FEDETAV, la federación regional que tú asesorabas. Seguramente en tus últimos días habrías de recordar los momentos trágicos que se vivieron en agosto de 1959 durante el paro de los trabajadores cañeros.

Siempre estuvo presente en tu memoria cómo los soldados abrieron fuego mientras los marchantes trataban de llegar a Cali y cómo las balas hicieron retroceder a la multitud sobre el Puente del Comercio, mientras un sol canicular iluminaba los dos cuerpos abatidos. Al cabo de un tiroteo que duró varias horas, los obreros de la caña llegaron a la casa sindical de Palmira con los cuerpos de sus compañeros. Eran tantos trabajadores de Manuelita, Providencia, Mayagüez, Tumaco, Papayal, Oriente y demás ingenios azucareros, que se congregaron frente al local, donde se encontraban los organizadores del paro, el más grande de los trabajadores de la caña en la historia de Colombia.

Por el ataque del Ejército, los dirigentes habían desechado la idea de regresar a Cali, donde esperaban unirse a los otros sindicatos en paro. Allí estabas, Natanael, acompañado de Marceliano Herrera, del Partido Comunista. Ustedes eran los líderes y organizadores. Las autoridades declararon toque de queda, despejaron las calles de Palmira y ordenaron a los soldados rodear la casa donde ustedes se encontraban. En medio del nerviosismo, fuiste el primero en salir para salvaguardar la vida de los trabajadores, y te siguió Marceliano. Sabías que el Gobierno y los emporios azucareros solo aceptarían negociar cuando los trabajadores se movilizaran y mostraran tal fuerza cívica, que los obligaría a sentarse en la mesa de negociaciones. Y así fue. El paro de agosto de 1959 logró su objetivo: se firmaron convenciones colectivas favorables a los trabajadores. El papel que jugaste en la movilización fue una clara muestra de tu compromiso militante con la clase obrera.



Ayer se firmó el pacto por el cual quedaron terminados los paros en el Valle y recuperada la paz social en el departamento. De arriba a abajo aparecen algunos de los firmantes, así: Alonso Aragón Quintero, Ministro de Comunicaciones; Belisario Betancurt, Senador de la República y de la Dirección Nacional Conservadora; Alberto Galindo, Representante a la Cámara y de la Dirección Nacional Liberal; Luis A. Castañeda, Secretario de la Fedetav; Justino Espinosa, presidente de la U. T. C.; Nathanael Díaz, Asesor Jurídico de la Fedetav.

El triunfo de una huelga duramente reprimida.
Fuente: Archivo familiar de Eduardo Díaz Saldaña.

La historia toma otro camino

Alberto Lleras fue también el presidente que se encargó de recuperar para el Partido Liberal a la Confederación de Trabajadores de Colombia (CTC), la histórica central obrera en cuya dirección nacional estaban aún varios militantes del Partido Comunista. Varias de las federaciones regionales eran controladas por el PC, durante mucho tiempo aliado del liberalismo, que comenzó a ser perseguido cuando la Guerra Fría se convirtió en la política internacional orientada por Estados Unidos para tratar de contener el avance de las ideas socialistas y comunistas en el mundo. Por ello, algunos dirigentes del Partido Liberal venían trabajando desde 1950 en la tarea de deslindar campos con el Partido Comunista en el movimiento sindical.

El embajador estadounidense en Colombia, Willard Beaulac, se puso en contacto en 1950 con el político liberal Carlos Lleras Restrepo para pedirle que se encargara de la tarea de expulsar a los comunistas del seno de la CTC. Lleras Restrepo cumplió fielmente con los deseos del Departamento de Estado. A través del Directorio Nacional de su partido, organizó el Comité Liberal de Acción Sindical que, a su vez, convocó al x Congreso Nacional de la CTC. Sus propósitos eran, no solo expulsar a los comunistas, sino también forzar a la central a romper con la Confederación de Trabajadores de la América Latina (CTAL), la organización continental liderada por el dirigente socialista Lombardo Toledano —a uno de cuyos congresos asistió como invitado—, para afiliarse a la Federación de Sindicatos Libres, la Federation of Free Unions (FFU).

Aunque la FFU tenía su sede en Londres, era supervisada y financiada por la ya purgada y patronalista confederación sindical norteamericana, la AFL-CIO⁵³. Lleras Restrepo logró los objetivos deseados y fue muy exitoso en sus políticas de persecución laboral. Ni siquiera el Partido Conservador —gobernando como una virtual dictadura sin

⁵³ El profesor de la Universidad de los Andes y la Universidad Nacional, Eduardo Sáenz Rovner, cuenta este aspecto de la alianza de Estados Unidos y Lleras Restrepo contra el sindicalismo en el capítulo cuarto de su libro *La ofensiva empresarial. Industriales, políticas y violencia en los años 40 en Colombia* (1992).

Congreso y bajo estado de sitio— había sido capaz de domesticar a la CTC. Naturalmente, el Gobierno de Mariano Ospina Pérez estaba al tanto de las acciones de Lleras Restrepo, brindándole un apoyo tácito en las maniobras para purgar al movimiento laboral. En un lapso de diez años, la CTC fue depurada por el Partido Liberal en una labor sistemática que comenzó con las acciones de Lleras Restrepo en 1950 y culminó con la actuación de su primo, el presidente Alberto Lleras Camargo, quien en 1960 dio el discurso inaugural del XII Congreso de la Central realizado en Cartagena, al que no pudieron ingresar los dirigentes comunistas ni los liberales independientes, que quedaron expulsados de la CTC. Se dieron, entonces, a la tarea de reunir los sindicatos y federaciones controlados por ellos, en lo que se denominó Comité de Unidad de Acción Sindical (CUAS), convertida luego en la Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia (CSTC).

No podías adivinar que el primer Gobierno del Frente Nacional, encabezado por un jefe liberal de la talla de Lleras Camargo, fuera a protagonizar tales actuaciones contrarias al ideario de tu partido, porque fuiste de los convencidos de que el Liberal era el partido del pueblo y de la clase trabajadora, como lo pensaban también muchos obreros. Para expresar tu entusiasmo con el paso de la horrenda era de la Violencia partidista a un Frente Nacional —que sellaba la paz entre rojos y azules, y que comenzó con la elección de un presidente liberal—, habías escrito sendas columnas dedicadas a resaltar las virtudes democráticas y la talla continental de Lleras Camargo, quien había sido secretario general de la recién nacida Organización de los Estados Americanos (OEA). Natanael, eras un gran soñador e idealizaste a Lleras Camargo. Creíste que iba a hacer suya la causa de las clases populares y que sería uno de los defensores de los trabajadores. Fue una de tus grandes decepciones, y debió de haber sido doloroso saber que la historia estaba tomando otro camino.

El MRL

Un golpe de Estado, en 1952, cuyo protagonista fue el sargento Fulgencio Batista, desencadenó la Revolución cubana. Para iniciar la

lucha contra la dictadura, Fidel Castro y un grupo de revolucionarios acometió un asalto frustrado al Cuartel Moncada el 26 de julio de 1953, de ahí el nombre del Movimiento 26 de Julio. La brutal represión a los opositores, el auge de negocios como los casinos, las drogas y la prostitución para el disfrute de los visitantes norteamericanos, la corrupción política y otros males, además de la penetración del capital de Estados Unidos, que ahogaba el crecimiento de una burguesía nacional, fueron el caldo de cultivo de las muchas ideas que flotaban en el aire y alimentaban el descontento popular.

Después de encabezar movimientos de resistencia contra la dictadura, Fidel Castro y su milicia revolucionaria, atrincherados en la Sierra Maestra desde comienzos de 1957, acabaron con la última resistencia del Ejército oficial a finales de 1958. Escabulléndose del fastuoso baile de fin de año que se celebraba en el palacio presidencial, Fulgencio Batista huyó del país. La Revolución había triunfado y Fidel Castro y los “barbudos” entraron a La Habana el 8 de enero de 1959. Un año más tarde, las juventudes del MRL hicieron presencia en el Primer Congreso de la Juventud Latinoamericana, en La Habana.

En enero de 1961, tú, Natanael y otros miembros del MRL fueron invitados por Castro a Cuba en el marco de la celebración del segundo aniversario de la Revolución cubana. Después, en abril, vino la frustrada invasión de mercenarios cubanos pagados por la CIA a Bahía Cochinos, hecho que arrojó a Cuba, como cenicienta, a las manos de la Unión Soviética. La Habana siguió alentando en Latinoamérica ese “delirio revolucionario” que convocó a muchos jóvenes a tomar las armas.

Amarga ironía para las élites del país que alguna vez se enfrentaron al ascenso de Gaitán, y después a los brotes de violencia a lo largo y ancho del territorio con el Frente Nacional, porque les cayó encima, once años más tarde, una ola alucinante de focos guerrilleros que iba a cubrir a toda la América Latina. La oligarquía supo entonces que era necesario hacer algo para evitar una insubordinación general. La respuesta fue el MRL de López Michelsen, planteado como una oposición revolucionaria al antidemocrático Frente Nacional, pero encabezado por un joven político proveniente de las clases tradicionalmente enquistadas en el poder.



Reunión con Fidel Castro en la visita de Natanael Díaz y otros congresistas del MRL a La Habana (1961).

Fuente: Archivo familiar de Eduardo Díaz Saldaña.

Dos fuerzas importantes convergieron en el MRL⁵⁴: la línea blanda del jefe, que seguía un programa de oposición moderada, y la línea dura de unas bases que apelaban al radicalismo. Tú se lo decías a López, porque en ti no cabía otro epíteto para el MRL que *revolucionario* y la jefatura debía actuar en consonancia. Pero el optimismo rebelde llegó a extremos que cegaron la lucidez de una parte del MRL, porque militantes como Jacobo Arenas, Jaime Bateman, Jaime Arenas e incluso Camilo Torres, tan amigo de Luis Villar⁵⁵, el jefe de las juventudes del MRL, con sus ilusiones en el corazón y el fusil en las manos, terminaron más temprano o más tarde abatidos en una guerra que no llevó a revolución alguna. Por fortuna, no fuiste partidario de la lucha armada.

Natanael, tú y otros miembros del MRL seguían con entusiasmo las noticias de las acciones de Fidel Castro después del triunfo de la Revolución cubana. En abril de 1959, en medio de una visita a los Estados Unidos, el líder cubano habló ante una multitud expectante de casi 30 000 personas en el Central Park. No te habías equivocado. No, al contrario, los hechos habían confirmado todas tus tesis, cuando Fidel hizo pública aquella declaración —redactada por él mismo— manifestando, una y otra vez, la promesa de una patria democrática y digna, así como su voluntad de respetar el principio de no intervención y de ayudar a todo el continente a recobrar

⁵⁴ Entrevista de Alape a López Michelsen: “Sí, alguna gente toma el camino de la guerrilla. No la llamemos de la guerrilla, sino de las vías de hecho. Sobre todo el fenómeno de la Revolución cubana, el éxito de la Revolución cubana, proyectó una imagen, a mi modo de ver, equivocada, en el ambiente colombiano, de que era posible repetir en alguna forma la conquista del poder por una minoría ínfima, como fue el caso de Fidel Castro y los que desembarcaron con él en el Granma. Teníamos un criterio distinto de la velocidad con que se podían hacer las cosas los que creían que estábamos al borde de poder realizar una Revolución cubana en Colombia y quienes creíamos que era un proceso evolutivo” (*sic*) (Alape, 1989, pp. 365-366).

⁵⁵ “En 1960, cuando Luis Villar partió hacia Cuba encabezando la delegación colombiana al primer Congreso de la Juventud Latinoamericana en La Habana, Camilo continuó trabajando en Tunjuelito con sus muchachos consagrados. «Cuidado con Camilo —les dijo Luis en tono burlón—, que no los vaya a envenenar con su cristianismo». Y Camilo se reía de la extraña mezcla de estudiantes que Luis llevaba a La Habana, delegados de grupos inimaginables y contradictorios, conservadores progresistas al lado de los representantes de la juventud comunista” (Broderick, 2015, p. 37).

la libertad arrebatada por los dictadores. Lo importante, para ti, era el triunfo de la democracia. No alcanzaste a conocer, Natanael, el vuelco que los cubanos dieron al entregarse de lleno a la Unión Soviética y llegar al extremo de convertirse en mercenarios de sus expediciones al África, sí, a esa África tan cercana a tu corazón, origen de tus ancestros, para afianzar un nuevo tipo de colonialismo.

Destinos cruzados

Te comenzaron a llamar el Gaitán negro por tu célebre oratoria y por la cerrada defensa que hacías de los derechos de las clases populares, mientras condenabas a los opresores. Por ello, cuando el 9 de abril de 1948 llamaste a tus coterráneos a tomar los machetes y a levantarse para vengar la muerte del caudillo, muchos te siguieron. Solías pronunciar discursos revolucionarios y llamamientos a la acción. Cuando en la década de 1960 el sindicato de Avianca se movilizó por mejores salarios y por el respeto a la organización sindical, y tropezó con la oposición de la empresa y el Gobierno, tú, Natanael, como congresista por el MRL, respaldaste al sindicato y te declaraste junto a los trabajadores en huelga de hambre.

En medio de ese movimiento, le expresaste al diario *El Tiempo* que la huelga de hambre había sido declarada como último recurso, agotadas todas las instancias y tocado a todas las puertas en procura de conseguir los objetivos trazados al inicio del cese de actividades, veinticuatro días atrás. Con la huelga de hambre, dijiste, se está disparando el último cartucho⁵⁶ (Castillo Gómez, 2022, p. 207).

La huelga de hambre suscitó la solidaridad del estudiantado y de otros sindicatos que también se aprestaban a protestar. La chispa empezaba a encender la pradera con cada levantamiento reprimido por el primer Gobierno del Frente Nacional, el del presidente liberal Alberto Lleras Camargo. Con todo, el 17 de septiembre los trabajadores levantaron el paro, previo acuerdo con la empresa, que

⁵⁶ “Hace 48 horas fue declarada huelga de hambre en Avianca”, *El Tiempo*, 11 de septiembre de 1961, p. 15 (Castillo Gómez, 2022).

finalmente aceptó iniciar negociaciones. Al lado de otros huelguistas, fuiste hospitalizado en grave estado de salud.

Natanael, en la hora más compleja del paro, tú, el Gaitán negro, arriesgaste tu carrera y tu vida en defensa de los derechos de los trabajadores de Avianca⁵⁷. Podría decirse que eras una de esas escasas personas en política que preferían morir antes que dejar de luchar por las ideas de igualdad y justicia. Incluso, durante los días más terribles del periodo de la Violencia liberal-conservadora, demostraste tener una convicción en tus ideas, una concepción humanista irreversible que podría haberte costado la vida y las de tus familiares más cercanos.

En un momento en que los defensores más radicales del liberalismo y el conservatismo cometían atrocidades en nombre de sus ideales, tú nunca retrocediste a la hora de defender los derechos de igualdad y justicia para todos, sin importar el color de piel o la tendencia ideológica. No fue casual que tu destino estuviera tan cruzado con el de Gaitán, un hombre que estaba a punto de ser presidente de la República de Colombia y que al final fue asesinado en una trama sórdida, la de la Guerra Fría. Y tú, Natanael, uno de los líderes más importantes del norte del Cauca, perseguido y encerrado sin juicio en una cárcel para castigar tu rebeldía y pretender disminuir tu combatividad. Lo cierto es que eso nunca pasó, tuviste siempre la inspiración y la determinación que acompañan a los que creen que pueden mejorar la sociedad, junto con una fe inquebrantable en sus ideas. Todo ello hacía de ti un hombre difícil de amilanar.

La huelga de hambre de Avianca, una de las luchas obreras más importantes, en la que participó el principal asesor de los huelguistas, el abogado y congresista Natanael Díaz, terminó en una negociación favorable para los trabajadores.

⁵⁷ Luis Carlos Castillo, en su biografía sobre Natanael Díaz, relata los días del paro de Avianca y rescata las palabras del huelguista que afirmó: “Yo quedé algo lisiado del estómago por el hambre. Pero ganamos la huelga, quedamos como héroes” (Botero Montoya, 1990, p. 79). “La Cruz Roja me rescató, pero al negro Natanael se le reventó la úlcera y murió poco después” (p. 78).



Al Despejar la Plaza de Bolívar

El Capitán Fernández Valdés, comandante de la quinta estación de policía, aparece en la gráfica cuando informaba al asesor jurídico del movimiento huelguístico de los empleados de Avianca, doctor Natanael Díaz, sobre la orden para desalojar la Plaza de Bolívar, sitio en donde se encontraban ubicadas anoche las personas que el sábado iniciaron la huelga de hambre. Los huelguistas abandonaron la Plaza de Bolívar esta madrugada, mientras cantaban el Himno Nacional. Posteriormente se dirigieron a los predios de la Ciudad Universitaria, donde permanecieron hasta las 11 de la mañana de hoy, para emprender marcha hacia la Plaza de los Nemeses. (Foto EL ESPECTADOR-Pargala)

Natanael Díaz y la huelga de Avianca, *El Espectador* (1961).

Fuente: Archivo familiar de Eduardo Díaz Saldaña.

Gilberto Alzate Avendaño

En tus piezas oratorias, en tus debates en el Congreso o en diversos actos públicos, y en los documentos que escribiste para ser publicados en ocasiones especiales, se aprecia tu apego por las causas que involucraban los derechos de las clases trabajadoras y del pueblo, incluso en eventos como el entierro de un connotado dirigente conservador, con ideas diametralmente opuestas a las tuyas. En el discurso fúnebre que diste, en representación del MRL, mostraste tu grandeza al reconocer el arraigo popular que tenía Gilberto Alzate Avendaño y exaltar el papel que había desempeñado como hombre público⁵⁸:

Nosotros, los del ala izquierda política colombiana, lo sabemos hombre de recta estructuración de derecha; lo conocemos pensando siempre en que la problemática de la patria nuestra solo puede ser resuelta con un sentido reciamente jerárquico sobre el Estado, en donde las minorías dirigentes son las que tienen el derecho al poder. Esta concepción, diametralmente opuesta a las que nosotros tenemos, en nada impide que desde la orilla de la revolución levantemos nuestros pañuelos de luto para despedir a un hombre que, al pensar así, tan claramente sus interiores convicciones, nos estimuló siempre para que fueran igualmente diáfanas las nuestras. Que nos puso en guardia para librar las futuras batallas en beneficio del pueblo, inclusive usando de algunas de sus ideas, porque en verdad, cuando Gilberto Alzate Avendaño se erguía sobre su noción nacionalista, incorporaba a las masas trabajadoras en su ambición de gloria y grandeza inmarcesibles. Quizás en esa manera de desempeñarse pidiendo que el Estado hiciese todo por las reivindicaciones de las clases pobres; en su dura presencia de caudillo, en su carácter insobornable, en la limpidez de su vida transparente, en su angustia prometeica por el destino de Colombia, se hace parecido a Jorge Eliécer Gaitán (Biblioteca de Escritores Caldenses, 1980, p. 290).

⁵⁸ Apartes del discurso de Natanael Díaz en el funeral de Gilberto Alzate Avendaño en *Alzate. Variaciones en torno a un nombre* (1980).

La gran decepción

De todas tus decepciones políticas, la más grande había sido confiar ciegamente en López Michelsen. Acompañaste a López en la fundación del Movimiento de Recuperación Liberal⁵⁹ y juntos estuvieron en las campañas del 60. A su lado, en Bogotá, al igual que Alfonso Barberena, Juan de la Cruz Varela, Manuel Gaitán, José Ignacio Vives, Jaime Velásquez Toro y Benjamín Ardila, fuiste parte de la comisión de la plataforma política encargada de realizar el programa que luego sería aprobado en el Teatro Colón entre atronadores aplausos⁶⁰ (Ayala Diago, 1995, pp. 118-119). La verdad es que Alfonso

.....
⁵⁹ “Tras estas elecciones, el Movimiento cambió su nombre en la Convención de Girardot, celebrada en el mes de mayo de ese año, adoptando el de Movimiento Revolucionario Liberal” (Mayorga García, 2008, p. 37).

⁶⁰ “El siguiente es el texto de la Plataforma Política aprobada por la Convención del Teatro California: La Convención del Liberalismo Popular, reunida en Bogotá el 13 de febrero de 1960, resumiendo las diferentes ponencias de las deliberaciones y considerando: Que el liberalismo es el Partido del Pueblo, entendido como una fuerza histórica, que agrupa a los obreros, los campesinos, las nuevas promociones y los intelectuales progresistas del país, en consecuencia, DECLARA: 1o. Que adhiere a la Plataforma de Gaitán aprobada en el Teatro de Colón en la Convención reunida en Bogotá en 1947 y al Plan de Enero de 1960 cuyo esquema de salud, educación, trabajo, tierra y techo compendia las necesidades del pueblo colombiano. 2o. Propicia la ampliación del comercio internacional con todas las naciones y de manera especial con aquellas que ofrezcan precios remunerativos a nuestros precios, para evitar los pactos de retención que van en mengua de la riqueza y soberanía nacionales. 3o. Toma interés especial en la nacionalización de las industrias extractivas, concretamente petróleo, oro, platino y carbón, y exige la revisión inmediata de las concesiones existentes y el fortalecimiento de la Empresa Colombiana de Petróleo. 4o. Denunciamos los tratados secretos bilaterales de comercio que son consecuencia de los empréstitos onerosos y de la coacción militar sobre los pueblos débiles. 5o. La popularización de la enseñanza exenta de dogmatismos y de injerencia confesional en la estructura de los programas y la determinación de los textos escolares, a la vez que propiciamos el intercambio cultural con todos los países de la tierra, sin discriminaciones políticas, religiosas o raciales. 6o. Igualmente solicitamos la planeación económica integral, en orden a diversificar los cultivos y las exportaciones, con el fin de evitar los problemas del monocultivo del café como única fuente de divisas. 7o. Propiciar el contacto permanente de los centros directivos del partido con las ligas campesinas, sindicatos, centros provivienda y grupos organizados que luchen por las justas reivindicaciones populares a objeto de coordinar la acción entre el partido y las fuerzas democráticas para que germine la paz en donde las oligarquías sembraron la violencia. 8o. Entendemos que el Frente Nacional sólo se estructura en la vida política colombiana con la alianza de todas las fuerzas vivas y populares de la nacionalidad en

López Michelsen nunca creyó en un proyecto revolucionario, así el movimiento en el que él aparecía como jefe incorporara a su nombre la osada palabra. Rosario, tu esposa, sí tuvo una intuición aguda sobre la persona del jefe. Recordabas que alguna vez lo comparó con la mafafa, una planta nativa de la que se saca una harina alimenticia, como si sus principios estuvieran hechos de una materia maleable, dispuestos a adquirir otras formas.

El de López fue un movimiento táctico de disidencia que lo llevó más tarde a ser reincorporado a las filas del liberalismo, a ser ungi-do como candidato oficial y a ejercer la primera magistratura de la nación, diez años después de tu muerte, Natanael. De la verdadera naturaleza de las intenciones de López Michelsen dan cuenta sus propias palabras. A pesar de su estilo un tanto fantasmagórico, fue absolutamente claro su apoyo a la gran coalición liberal-conservadora del Frente Nacional. Contra lo que se dirigió su movimiento fue la llamada “alternación”, censurando que los dos partidos, Liberal y Conservador, se turnaran en el poder durante dieciséis años, y no contra el Gobierno compartido entre ellos. Así lo afirmó en forma contundente en reportaje retrospectivo:

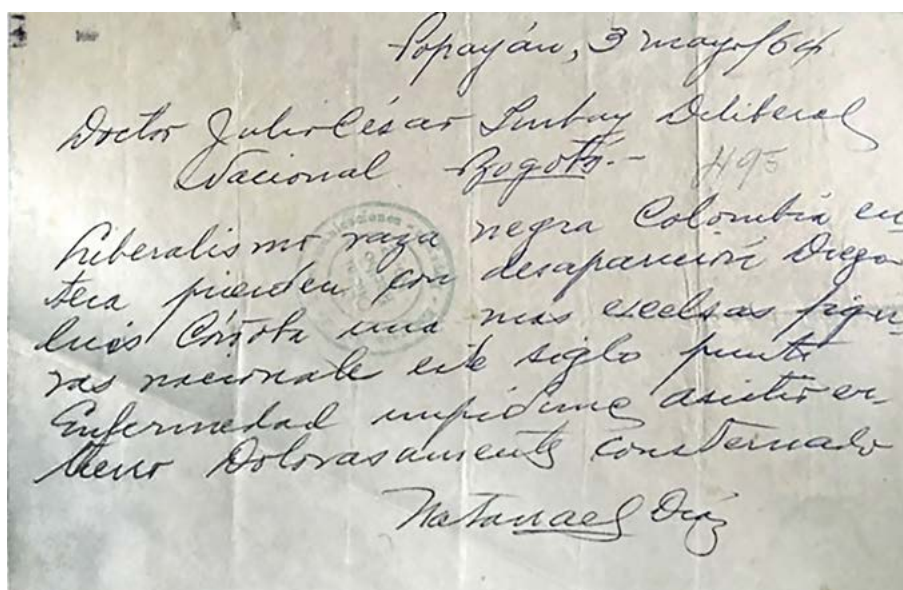
Uno siempre es víctima de equívocos. Yo estaba no solo de acuerdo con los planteamientos del Frente Nacional, sino que hacía parte de la Comisión Paritaria que convocó la Junta Militar a la caída de Rojas. Contra lo que estuve fue contra la alternación, que por lo demás no figuró en el plebiscito sino que fue incorporada después. No se trataba de ninguna posición revolucionaria (Ocampo, 2008, p. 261).

De su postura falsamente revolucionaria te percataste tardíamente, en los últimos años de tu vida, y terminaste rompiendo con el jefe del MRL, para luego —con amarga decepción frente a la traición política— retirarte a la zona del Patía. Allí ejerciste, desde

.....
un afán de engrandecimiento patrio que signifique reivindicación total para el pueblo y defensa absoluta de la soberanía nacional. Por todo lo anterior condenamos la paridad y la alternación como engendros antidemocráticos, que antes que lograr la unión del pueblo colombiano destruyen su secular tradición democrática” (Ayala Diago, 1995, pp. 118-119).

El Bordo, tu profesión de abogado al servicio de los campesinos, a quienes ayudaste a organizar ligas para trabajar, por quienes habían sido desposeídos, en la reconquista de la tierra.

En El Bordo, mientras el país seguía languideciendo bajo las nuevas elecciones, te enteraste de la muerte de tu amigo y compañero de luchas en el Congreso, Diego Luis Córdoba, un congresista contundente a la hora de defender sus ideas, el que había hecho el primer debate que se conozca contra un Tratado de Libre Comercio, el que Alfonso López Pumarejo firmó con Estados Unidos en 1936. Mientras escribías el telegrama de pésame al presidente del Partido Liberal, Julio César Turbay, sentiste, otra vez, esa extraña sensación de opresión en el pecho que se había apoderado de ti muchas veces en los últimos meses.



Popayán, 3 mayo 64
 Doctor Julio César Turbay del Partido
 Nacional. Bogotá. - H95
 Liberalismo raza negra Colombia en
 teca pierden por desaparición Diego
 Luis Córdoba una más excelentes figu-
 ras nacionales este siglo punto
 enfermedad impidiendo asistir en
 tener dolorosamente conternado
 Natanael Díaz

Manuscrito del mensaje de pésame por la muerte de Diego Luis Córdoba que Natanael Díaz envió al jefe del Partido Liberal, Julio César Turbay Ayala, el 3 de mayo de 1964.

Fuente: Archivo familiar de Eduardo Díaz Saldaña.



Natanael Díaz con el jefe del Partido Liberal, Julio César Turbay Ayala.
Fuente: Archivo familiar de Eduardo Díaz Saldaña.

“Solo la muerte ronda mis jardines nocturnos”

Los meses finales de tu vida los pasaste haciendo lo que más te apasionaba: defendiendo los derechos de los desposeídos, prestando gratuitamente tus servicios de abogado para la lucha por la recuperación de la tierra de tus hermanos negros en tu autoexilio de El Bordo, al sur del Cauca. Hasta cuando llegó aquel momento en el que un fuerte dolor en el pecho te dobló.

Te tuvieron que trasladar al hospital en Cali. Los médicos sabían que el insoportable dolor en el pecho era signo de un paro cardíaco, porque tenías las venas obstruidas. Aunque la modernización del siglo xx había traído una urbanización creciente, una clase obrera y algunos servicios, los hospitales seguían en antiquísimo atraso. Muchas operaciones de la época, como las relativas al corazón, solo se podían llevar a cabo en Bogotá, donde se contaba con los equipos necesarios y con médicos capacitados. Aparte de tu penoso estado físico, había retrasos en el aeropuerto. Era el fin, ese que habías visto claramente una tarde mientras estabas sentado ante el escritorio:

Solo la muerte ronda mis jardines nocturnos

Mi sed de devorantes candelas apagadas

Mi suspiro, hondo sollozo agonizante

Mi río de silencio, las palabras perdidas

más allá de la piedra que erigen las estatuas...

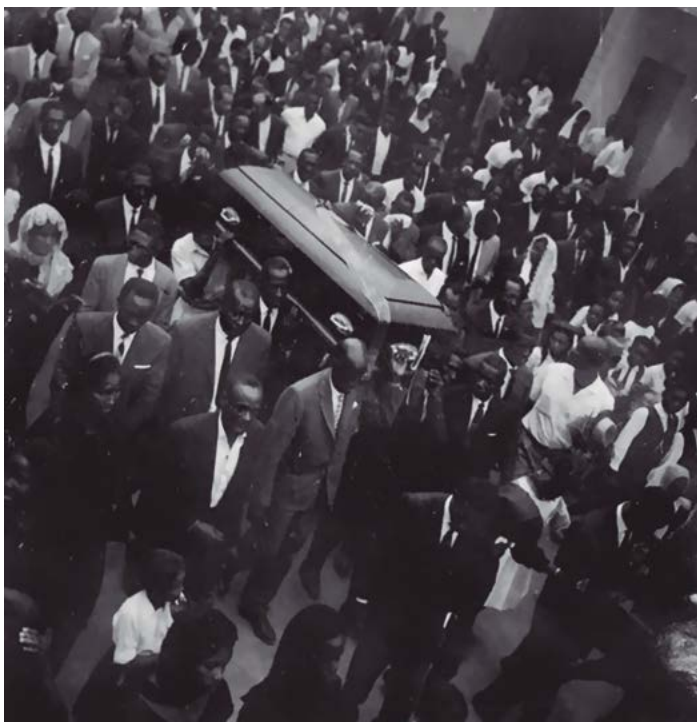
Solo la muerte mira con sus ojos sin ojos

¡y es honda su mirada más honda que su nombre!

(Castillo Gómez, 2022, p. 318)

El dirigente liberal del Valle del Cauca Elías Salazar García diría de ti, en un sentido panegírico pronunciado el día de tu entierro, que habías amado y servido a tu comarca con vocación de abnegado, que habías buscado afanosamente la igualdad para la gente de tu color, que eras hidalgo en el combate, generoso en la victoria, sereno en las derrotas, porque habías batallado con castidad banderiza, y que ahí, bajo la tierra, solamente estaban dejando

el labio que fue cráter, el corazón que fue magnánimo, la cabeza que fue volcánica, los brazos y manos que fueron martillos y banderas, porque el nombre de Natanael Díaz iba a vivir siempre en el santoral laico del Cauca Grande.



Funeral de Natanael Díaz en Puerto Tejada, julio 16 de 1964.
Fuente: Archivo familiar de Eduardo Díaz Saldaña.

Conclusiones

Sobre el origen y el legado del Club Negro de Colombia

El Club Negro no surgió por generación espontánea. Nació después de varias décadas en las que un gran número de intelectuales negros y mulatos había incursionado ya en el mundo de la literatura, la política, el ejercicio del derecho, la medicina, la ingeniería, la antropología, la docencia, la actividad editorial, el periodismo y la administración pública.

Todos ellos tenían en común, no solo el color de la piel, sino también su papel de defensores públicos de la idea de la igualdad de todos los hombres y mujeres en la sociedad, depositarios, por tanto, de los mismos derechos y libertades sin ningún tipo de distinción proveniente de su condición económica, étnica, de género, ideológica, religiosa o de cualquier otra índole. Sus luchas por la igualdad social y por los derechos universales de todos los ciudadanos eran, de cierta manera, la prolongación de la participación de sus antepasados en las gestas militares y políticas que habían logrado separar a América de la dominación colonial europea⁶¹.

Del legado del Club Negro se destacan dos documentos: el *Manifiesto a los intelectuales del continente americano* (El Tiempo, 1943a) y la convocatoria a la creación del Centro de Estudios

⁶¹ Es conocida la participación de negros, mulatos y pardos en las gestas independentistas, que se incorporaron por decisión propia porque abrazaron la causa libertadora con convicción, pero también estaba el reclutamiento de personas esclavizadas bajo promesa de libertad (Múnera, 2021, pp. 182-183).

Afrocolombianos. Sobre el primero se pueden resumir, como sustentos teóricos, varios elementos: en el ámbito filosófico, los principios de libertad, igualdad y fraternidad inmersos en el ideario de la Revolución francesa, y los de democracia, en la Declaración de Independencia de las colonias inglesas en América. En el ámbito económico, la contribución del trabajo esclavo al surgimiento y desarrollo del capitalismo. Y en el ámbito político, la democracia como sistema de gobierno que se fundamenta en la libertad de elección mediante el voto y como antagonista del totalitarismo. El prejuicio racial como negación de la democracia aparece cual paradoja en la nación que lidera la lucha contra el totalitarismo alemán y su concepción de la supremacía racial blanca.

Sobre el Centro de Estudios Afrocolombianos cabe concluir que la definición de sus objetivos generales y específicos fueron la primera iniciativa de investigación científica acerca de la población negra desde una perspectiva etnográfica que incorporaba varias disciplinas de las ciencias sociales, como historia, geografía, sociología, antropología, economía, lingüística y folclor.

El término *afrocolombiano* se estableció para destacar el origen africano de este segmento poblacional, pero, en todo caso, ligado a su estrecha relación con el medio geográfico y político en el que discurre su existencia y al aporte cultural y social que hacen a la construcción de la sociedad colombiana. La idea es clave porque, como punto de partida para los estudios del CEA, se estableció el mestizaje triétnico como factor importante de construcción de sociedad. La decisión descarta, de hecho, el tratamiento esencialista que algunos sectores le han dado al autorreconocimiento de los negros, pretendiendo que solo se considere como negros a quienes demuestren una “pureza racial” —inexistente después de tres siglos de mezclas entre la diáspora africana, los colonizadores europeos y los indígenas americanos—. La caracterización que hizo el CEA contribuye a la definición de la identidad negra en Colombia.

Sobre el entrecruce de los conceptos de raza y clase en el pensamiento de Manuel Zapata Olivella

Si bien los pocos pronunciamientos colectivos del Club Negro de Colombia no dejan sentada una postura explícita sobre la relación entre los conceptos de raza y clase a la hora de estudiar la historia del papel de la población negra, sí lo hacen el relacionamiento con el resto de actores sociales y sus contribuciones a la construcción de la sociedad colombiana moderna, mediante los escritos y las actuaciones públicas de los más destacados integrantes, como sucede con Manuel Zapata Olivella, quien ha sido quizás el intelectual negro más importante de la historia contemporánea de nuestro país.

Se destacó también en el ámbito latinoamericano como convocante y principal organizador de varios congresos afrolatinoamericanos, y como representante de América en eventos que se ocuparon de reunir a la diáspora africana en Europa, Asia y en la propia África. Fue también, al lado de su hermana Delia, un incansable promotor del folclor colombiano en todo el mundo, como una forma de mostrar la importancia del mestizaje en la cultura nacional.

Dentro de su copiosa producción intelectual, son más de treinta obras, escritas y publicadas, que abarcan géneros como la poesía, el ensayo, la narrativa, el folclor y la dramaturgia, en las que Manuel Zapata Olivella coloca su impronta y deja conocer su pensamiento sobre diversas temáticas de la vida social. Y lo hace de una manera muy particular, porque parte de su propia experiencia de vida y la de sus seres más cercanos, familiares, amigos y compañeros de aventuras, para transmitir sus conocimientos profundos sobre la vida y la historia de los colombianos en el contexto del subcontinente latinoamericano.

Su literatura se desarrolla en un lenguaje comprensivo, dotado de gracia, desenvoltura y un profundo sentido humano que lo acercan en cada momento a la condición de un filósofo que analiza la vida de quienes pueblan sus escritos y extrae conclusiones y enseñanzas útiles para los lectores. La forma de escribir y de describir el mundo y a los actores que lo habitan, con sus saberes, sus creencias, sus mitos y leyendas, nos permitió acercarnos

a su pensamiento, en particular a sus ideas sobre el papel que él, como negro —más exactamente como mulato, condición de la que siempre se sintió orgulloso—, y sus hermanos de raza han desempeñado y desempeñan en la historia de la construcción de nuestra sociedad.

En sus primeras obras autobiográficas, *Pasión vagabunda* (1949) y *He visto la noche* (1953), que narran sus correrías juveniles por Centro y Norteamérica, Manuel entabla una discusión consigo mismo acerca de las causas que originan la pobreza y todos los males sociales que de ella se derivan: las enfermedades, el hambre, el poco acceso a la vivienda, a la educación y a la atención en salud. Se vale, para ello, de vivir en carne propia todas las adversidades que afronta una persona en condición de vagabundo.

En esa discusión interna sobre el origen de la pobreza y sus males asociados, Manuel encuentra que una gran cantidad de las personas en dificultades con quienes se topa en su andar vagabundo son negras. Pero también halla, en el mundo de la pobrería, a los indígenas que en tierras centroamericanas son despojados de sus territorios ancestrales y arrojados al trabajo semiesclavo, o a la condición errante en la que se encuentra con ellos. También se cruza y relaciona con personas de piel blanca en las mismas condiciones de pobreza que sus pares negros e indios, y ve mezclarse a negros y blancos trabajando como obreros en el Canal de Panamá, o luchando juntos en huelgas de trabajadores en los Estados Unidos. El encuentro con una realidad de la que él mismo llega a formar parte lo hace reflexionar sobre si es la condición del color de piel, la condición racial, o la condición de trabajador asalariado, desempleado vagabundo, o la de campesino despojado de su tierra, lo que origina todos los males que percibe en la sociedad desequilibrada.

Manuel expresa sus reflexiones en los diálogos con personajes como su hermano mayor, con el que se encuentra trabajando de obrero picapedrero en obras que adelantan compañías norteamericanas en el Canal de Panamá, o en charlas como las que sostiene con un trabajador que recibe un mensaje de su padre, transmitido por el propio Manuel. En ambos diálogos deja ver que el análisis de clase está por encima de la condición racial. Su hermano le recuerda,

incluso, su reciente pasado vinculado a la teoría marxista, que en alguno de los escritos posteriores Manuel reconoce como fuente importante de sus posturas ideológicas y su pensamiento político.

Pero también narra en estos libros el dilema de su pensamiento cuando se despide de sus amigos negros en Puerto Tejada y está tentado a decirles que se equivocan en su posición de centrar la lucha en reivindicar solo lo negro, que la considera una posición racista. Pero al encontrar que no tiene aún gran solidez su teoría sobre la importancia del factor económico en la condición social de los negros, sucumbe ante el énfasis de sus compañeros y se entrega a la celebración entusiasta de sus raíces negras.

En otros momentos vuelve a encontrar que predomina el concepto de clase social cuando admite, al ver que, entre los encumbrados asistentes a un concierto de la cantante Marian Anderson en el Carnegie Hall —al que él no puede entrar por su penuria económica—, se encuentran luciendo lujosas galas uno que otro personaje negro. Allí entiende que el dinero cobra el poder de borrar las odiosas fronteras existentes en Estados Unidos entre blancos y negros.

Las reflexiones de juventud, en las que se encuentra aún una especie de dicotomía entre los conceptos de raza y clase, van a resolverse más adelante en escritos producidos durante la etapa de mayor afianzamiento intelectual de Manuel Zapata Olivella. En *¡Levántate mulato! Por mi raza hablará el espíritu* (1990) —considerada por la gran mayoría de los estudiosos de su obra como la más completa de sus autobiografías—, el autor decide hacer honor a su condición de descendiente de la diáspora africana, pero, como mulato, también reivindica sus orígenes indios, transmitidos por la vertiente ancestral de su madre de origen zenú, y no echa en el rincón del olvido el aporte de sangre blanca de su abuelo catalán. En otras palabras, Manuel Zapata Olivella reivindica con gran fuerza, a partir de su propia vida y la de sus antepasados, el *mestizaje* como la corriente principal de la que se nutre la población colombiana.

Defender el mestizaje no se contrapone con la postura digna que siempre caracterizó a Manuel en contra de la discriminación que la sociedad hace de las gentes por el color de piel. Denunció en sus obras los excesos racistas en Estados Unidos y trabajó amistad con

los intelectuales y artistas que promovieron las luchas por los derechos civiles de los negros norteamericanos. En esa postura llegó, incluso, a entrar en contradicción con sus camaradas de militancia marxista en sus años juveniles, al enrostrarles que, en su discurso de lucha de clases, no tuvieran en cuenta la carga racial que entrañaba la explotación obrera, heredada del entorno esclavista en el que surgió el capitalismo, postura tachada de herejía por sus compañeros, como lo relata en *¡Levántate mulato!*. La lucha por la dignidad de las personas negras, que en su época de formación profesional debieron asumir en el entorno académico junto con su hermana Delia, fue algo que practicó a lo largo de toda su vida porque siempre se proclamaba orgulloso de su condición de mulato, al contrario de muchos personajes negros contemporáneos suyos, que buscaban ocultar sus orígenes y asumían posturas propias de las élites blancas o mestizas dominantes, en un intento de blanqueamiento que siempre rechazó, fustigando en sus escritos, sin nombrarlos, a quienes así procedían.

El concepto de mestizaje, que apenas intuye en sus escritos iniciales —cuando hermana las penurias de los negros con las de los indios y las de los obreros blancos—, es el que permanece en forma definitiva como una formulación antropológica, de connotaciones sociológicas, que Zapata Olivella defiende en todas las discusiones que, sobre el tema racial, tienen lugar en los múltiples congresos nacionales e internacionales que organiza o en los que participa.

En la defensa de la teoría del mestizaje —proceso en el que destaca el aporte de los negros como una de las mayores contribuciones que han podido hacer ellos al desarrollo de la humanidad—, llega a confrontar las posturas esencialistas de algunos movimientos negros, en especial los provenientes de grupos estadounidenses que han radicalizado su posición para antagonizar con las corrientes de “supremacía blanca” y que persisten en la “pureza racial” como el camino a seguir en un proceso mundial organizativo. En ese sentido, Zapata Olivella se opone a la formulación de una “guerra de razas”, y prefiere, en términos sociológicos y políticos, quedarse con la formulación adquirida desde sus épocas de militante marxista, de *lucha de clases*, aunque en el fondo siempre busca una gran unidad de la

nación, nacida a partir del reconocimiento del aporte de las tres grandes ramas étnicas a la construcción de la sociedad, cada una con sus conocimientos, sus lenguajes, sus cosmovisiones, sus modos de vida y sus creaciones artísticas.

Si de esa gran diversidad se logra hacer una verdadera comunión y construir entre todos una nueva versión de la sociedad —sin discriminaciones, sin purezas de sangre de ninguna clase, con las mismas oportunidades para todos—, se estaría dando cumplimiento al sueño de armonía y paz social que anidaba en las acciones de Manuel y de su hermana Delia, cuando esparcían por el mundo los sonidos, los colores, los olores y los sabores del folclor colombiano.

Natanael Díaz y su pensamiento en torno a la lucha política de contenido racial y social

Junto con Manuel Zapata Olivella, su compañero en la convocatoria del Día del Negro, al lado de sus coterráneos caucanos y de su hermana Delia, es Natanael Díaz el otro personaje fundante del Club Negro de quien más se conoce sobre su vida y obra, así como de su indeclinable postura de defensa de los negros y su aporte a la sociedad colombiana. Político nacido en Puerto Tejada, en el norte del Cauca, fue descendiente directo de personas esclavizadas que trabajaban en las grandes haciendas azucareras, propiedad de los latifundistas blancos que se levantaron en armas contra el Gobierno radical de José Hilario López por haber proclamado, en 1851, la abolición de la esclavitud.

Como integrante de una familia extensa que logró prosperar gracias al cultivo del cacao y otros productos agrícolas, Natanael consiguió estudiar en la capital colombiana, y allí, junto con sus paisanos caucanos y sus amigos caribeños, creó un grupo de intelectuales que se dio a conocer con la realización del Día del Negro y, después, con el Club Negro de Colombia. El orgullo por su origen racial, el apego a su cultura y el rechazo a la discriminación que se practicaba en otras latitudes, como sucedía en Estados Unidos, fueron factores de unión que consolidaron los lazos del grupo y

los llevaron a organizarse para irrumpir en la sociedad bogotana como colectivo, lo que hicieron el día 20 de junio de 1943, con una protesta contra los asesinatos de obreros negros en Estados Unidos que les sirvió para llamar la atención de los capitalinos sobre la existencia y vitalidad de los negros.

Natanael fue un indiscutible animador del grupo. Tuvo como primer antecedente la carta pública al vicepresidente norteamericano Henry Wallace, publicada en *El Tiempo* el 22 de abril de 1943, en la que pedía que el permiso concedido por el presidente Roosevelt a Marian Anderson para cantar sus plegarias en la Casa Blanca tuviera una significación total y definitiva para todos los negros norteamericanos. También criticaba duramente la discriminación y la violencia contra los negros en el país del norte, exigía que se les respetaran los derechos civiles y señalaba como inconcebible que, en la nación que se preciaba de ser defensora de la democracia y encabezaba la lucha contra el totalitarismo, se toleraran prácticas que negaban la democracia y desconocían el aporte cultural y social hecho por los negros a lo largo de la historia de Norteamérica.

El rasgo distintivo de la vida pública de Natanael Díaz fue su indeclinable defensa de los negros, de sus derechos, su cultura, su aporte a la sociedad, sus capacidades, en fin, de todo lo que significaban para la construcción de una sociedad como la colombiana.

Con toda razón, Manuel Zapata Olivella dijo de él que fue “el precursor de la Negritud”. Y aunque su lucha política se centró en esta batalla por los derechos y la dignidad de los negros, en el desarrollo de su profesión como abogado se vinculó estrechamente a las luchas sindicales que adelantaban los trabajadores, con lo cual destaca el componente racial de su obra, reconociendo que la situación de desigualdad, de pobreza, de desconocimiento de derechos, no la padecían exclusivamente los negros, sino el conjunto de las personas que formaban parte de la base de la pirámide social, de la cual los negros eran apenas una parte.

Su vinculación al mundo de la lucha sindical tuvo episodios históricos, como el de su participación en la huelga de los trabajadores de Avianca, en 1961, duramente reprimida por el Gobierno de Alberto Lleras Camargo, que obligó a los trabajadores a convertir

el movimiento en una huelga de hambre en la que Natanael participó, llevando la acción, incluso, hasta la toma del recinto de la Comisión de la Cámara de Representantes de la que él, como congresista, formaba parte.

El compromiso con la clase trabajadora lo llevó también a acompañar, en tanto que asesor sindical y político, las huelgas de los trabajadores de la caña de azúcar, cuyos sindicatos se agrupaban en la Federación de Trabajadores del Valle del Cauca, como sucedió en agosto de 1959 con el movimiento huelguístico que culminó con un gran levantamiento obrero y una dura represión del Ejército a los trabajadores que protestaban por el asesinato de dos obreros a manos de los soldados. La violencia oficial obligó a la multitud a huir a marchas forzadas desde Cali y a replegarse en una sede sindical en Palmira, de donde finalmente salieron, obligados por el toque de queda decretado por el Gobierno. De aquella dura y desigual confrontación de obreros desarmados con un Ejército que no vaciló en disparar a la multitud, salió finalmente un acuerdo de negociación de los sindicatos cañeros con los empresarios de varios ingenios.

La participación de Natanael Díaz en las actividades sindicales lo llevó a formar parte de un Congreso de la Confederación de Trabajadores de América Latina, invitado por el secretario general Vicente Lombardo Toledano, líder socialista mexicano, estrecho aliado del Partido Comunista Mexicano y de la Unión Soviética en el periodo de antes y durante la Segunda Guerra Mundial.

Natanael Díaz hizo su actuación en el mundo sindical, generalmente, al lado de los dirigentes comunistas que formaron parte de los sindicatos de la CTC hasta 1960, año en que fueron expulsados de ella por el trabajo que cabecillas liberales como Carlos Lleras Restrepo hicieron, en acuerdo con la embajada de Estados Unidos, para recuperar el control total del movimiento sindical, en buena medida en manos del Partido Comunista, pero que, desde el inicio de la Guerra Fría, era un objetivo del Gobierno norteamericano, como parte de la disputa por el control del mundo entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Pese a lo que pudiera pensarse, el colegaje de Natanael Díaz con los dirigentes comunistas del movimiento sindical no puede

interpretarse como una cercanía política a las ideas del Partido Comunista. Así me lo confirmó Nathanael Díaz Saldaña, uno de sus hijos, con el que me reuní. Su ideología estuvo siempre marcada por un liberalismo de raigambre popular, nacido de su convicción de que, como autor de las leyes que abolieron la esclavitud en Colombia, el liberalismo era el partido de los más desvalidos, el único capaz de generar las reformas políticas que se ocuparan de resolver los problemas de las grandes mayorías desposeídas de fortuna.

Esas convicciones lo llevaron a destacarse tempranamente en las juventudes liberales de su departamento y a ser elegido, en 1945, con apenas veintiséis años, a la Cámara de Representantes por el Partido Liberal. Fue apoyado por Eduardo Santos, el entonces presidente del partido, que se constituyó en su padrino político.

Sus familiares más cercanos describen a Natanael como un liberal afín a las ideas socialistas, algo que lo hermanaría con otro líder negro, el chocoano Diego Luis Córdoba —con quien alternó en el Congreso de la República—, quien se declaraba abiertamente marxista. Pero Natanael, que en la actividad profesional y en la política entabló relaciones con dirigentes que tuvieron formación marxista —como Gilberto Vieira, con quien llegó a presentar conjuntamente proyectos de ley en la Cámara de Representantes—, nunca llegó a ser militante comunista. La suya era una ideología liberal con tendencia socialista, la cual hace recordar la famosa sentencia del general Rafael Uribe Uribe, quien, anticipándose varias décadas a la socialdemocracia europea que aplica el neoliberalismo en los países donde gobierna, llamó al liberalismo a “abreviar en la cantera socialista”, entendiendo como tal el intervencionismo de Estado, si quería sobrevivir en un mundo que reclamaba soluciones profundas a los males sociales. De hecho, en su paso por el Congreso de la República como representante liberal a la Cámara —en los periodos de 1945-1947 y 1947-1949—, consecuente con su postura ideológica, sus principales debates y sus proyectos de ley guardan estrecha relación con la cerrada defensa que hace de los derechos de los obreros y campesinos. De hecho, en varias oportunidades presenta y logra hacer aprobar proyectos

de ley dirigidos a dotar de mejores carreteras, servicios públicos adecuados, instituciones educativas, y otras mejoras, a su natal Puerto Tejada y a los municipios cercanos, asentamientos negros que sufren las consecuencias del abandono estatal.

Como liberal fue un militante disciplinado que acataba la dirección nacional, hasta cuando el líder popular Jorge Eliécer Gaitán se constituyó en jefe indiscutible del liberalismo, después de la derrota ante los conservadores en las elecciones de 1946, debido a la negativa de la dirección partidaria de apoyar a Gaitán para imponer a Gabriel Turbay como candidato oficial. La identificación con las ideas gaitanistas se dio por la mayor cercanía del líder con el ideal liberal de Natanael, con cuya corriente liberal fue elegido por segunda vez como representante a la Cámara, en 1947. En el Congreso, fue él uno de los dirigentes liberales que enfrentaron al Gobierno conservador de Ospina Pérez. Fue también duramente perseguido como actor importante en los levantamientos que se produjeron como consecuencia del asesinato de Gaitán en 1948, al punto de permanecer encarcelado durante seis meses, siendo aún congresista, por órdenes del Gobierno de Ospina.

Durante el paso de la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla al sistema democrático, a través de columnas periodísticas, Natanael Díaz expresó su apoyo a la política oficial del Partido Liberal de construir un gran acuerdo nacional con el Partido Conservador, que arranca desde el Pacto de Sitges, firmado por Alberto Lleras Camargo y Laureano Gómez, pasa por el plebiscito de 1957 y da inicio al Frente Nacional. Se instaura la alternación de la Presidencia de la República entre los dos partidos históricos, por un periodo de dieciséis años, y la observancia de una milimétrica distribución equitativa de los cargos públicos para cada partido.

Al poco tiempo de comenzar el Frente Nacional, durante la presidencia de Alberto Lleras Camargo, en 1959, surgió por iniciativa de varios dirigentes liberales el Movimiento Revolucionario Liberal, en oposición al Frente Nacional en lo relativo a la alternación entre los dos partidos. Entre ellos estaban Alfonso López Michelsen, Álvaro Uribe Rueda y Natanael Díaz.

Por pertenecer a una familia liberal de abolengo, que tuvo entre los suyos al conductor de la República Liberal, Alfonso López Pumarejo, su hijo Alfonso López Michelsen es reconocido como el jefe del movimiento disidente, que recoge un buen número de dirigentes en rebelión contra la hegemonía política excluyente acordada por los jefes de los dos partidos tradicionales. Es tan notorio el descontento popular con la manguala liberal-conservadora que, en la primera incursión electoral, en 1960, logró el MRL un éxito formidable al elegir a doce senadores y a treinta y tres representantes a la Cámara. Uno de los representantes es Natanael Díaz, que pone su cargo de congresista al servicio de las causas obreras y populares. Partidario de las posiciones más revolucionarias que esgrimían dentro del MRL los integrantes de lo que se consideraba como “línea dura”, Natanael desarrolla, entre 1959 y 1964, su época de mayor actividad ligada al movimiento sindical y a las posiciones de la izquierda dentro de él, con episodios como los reseñados aquí sobre su participación en la huelga de los trabajadores cañeros, en la huelga de hambre de Avianca y su vinculación a la CLAT.

Decepcionado con las posturas que asume el jefe del MRL, cada vez más cercanas al régimen del Frente Nacional, y al no ser postulado en 1964 para un nuevo ejercicio electoral parlamentario, Natanael Díaz se retira en el mismo año de la vida política pública y se dedica a ejercer su profesión de abogado en el municipio de El Bordo, al sur del departamento del Cauca, defendiendo a los campesinos en sus procesos de reclamación del derecho a la tierra.

Esta breve reseña del recorrido histórico de la vida y obra de Natanael Díaz permite resaltar que su pensamiento sobre las desigualdades y la discriminación sufrida por la población negra se centra en observar que el color de piel sí es un determinante de estos males sociales, pero no es el único, porque también acepta que el pueblo negro forma parte de un conglomerado social más amplio, sometido a condiciones de explotación económica y opresión política por unas minorías plutocráticas excluyentes. Un pensamiento muy cercano al de Jorge Eliécer Gaitán, que al unirse a sus vehementes discursos en el recinto del Congreso y en las plazas públicas, y a

sus actuaciones constantes al lado de las movilizaciones populares —como las huelgas obreras y las protestas campesinas—, le hace ganar el título de “Gaitán negro”, que lo acompañaría desde su rol como dirigente del MRL hasta su muerte en 1964.

La conclusión más importante acerca de la postura de Natanael Díaz sobre el componente racial en el análisis de la situación económica, social y política de su pueblo es que se acerca mucho —sin hacer grandes disquisiciones teóricas ni alinderamientos ideológicos relacionados con el ideario marxista o el liberal— a la postura de su amigo y contemporáneo Manuel Zapata Olivella: ambos concuerdan en resaltar la importancia del papel del negro como destacado aportante en la construcción de la sociedad y en no poner el color de piel como condición principal ni exclusiva para explicar la discriminación, la explotación, la opresión y sus consecuencias traducidas en pobreza, marginalidad, falta de oportunidades, bajos niveles educativos y escasa atención en salud. En otras palabras, sin hacer un planteamiento teórico acabado, Natanael Díaz coincide con Zapata Olivella en que las variables de raza y clase se entrecruzan a la hora de explicar las condiciones sociales en las que se desenvuelve la población negra en Colombia.

Las variables de raza y clase en la definición de la identidad negra

Al principio se estableció que el tema de la *identidad negra* está asociado al de la valoración que sobre sí mismas tienen las personas negras y quienes las representan en la vida social e intelectual. Sin embargo, esta también guarda relación con la valoración que los otros, los observadores externos, tienen sobre estos grupos sociales y los individuos que forman parte de ellos. En cuanto a la primera parte del enunciado, puede establecerse que, para Manuel Zapata Olivella y para Natanael Díaz —lo mismo que para sus pares del Club Negro de Colombia—, la identidad negra tiene unos referentes de raza y de clase que les son propios. Por ejemplo, el hecho de considerar que el tema racial explica en buena medida las relaciones de hermandad que se establecieron entre personas con

origen común, aunque vivan en territorios geográficos distantes⁶² y distintos entre sí, como sucedió con las personas negras pobladoras de la región del Pacífico y sus referentes raciales y las personas negras pobladoras de la región Caribe.

También queda claro en las ideas que Zapata y Díaz expresaron a lo largo de su vida que no solamente el factor racial explica la hermandad e identidad negra, sino que varios elementos, como la exclusión de muchos aspectos de la vida social y cultural, el hecho de pertenecer principalmente a los contingentes de obreros asalariados y campesinos, el tener poco acceso a la propiedad sobre medios de producción, vivir en zonas geográficas que ofrecen condiciones más duras para la supervivencia humana, ver más limitado el acceso a la educación —especialmente en los niveles superiores—, y otros elementos relacionados con su condición socioeconómica, hacen evidente que otro factor, la clase social, juega un papel a la hora de definir la identidad negra.

Al encontrar las variables de raza y clase como explicación al racismo y la discriminación que aparecían en los tiempos vividos por Zapata y Díaz, la lucha por derrotar las inhumanas condiciones de segregación y rechazo se yergue como un objetivo general de las comunidades negras, lo que se convierte en un factor adicional de identidad. La lucha contra el racismo y la discriminación se constituye, en tiempos de Zapata y Díaz, en la forma que toma la lucha por la libertad, que se inició desde los tiempos de la esclavitud y la trata de personas negras, iniciada en el siglo XVI, y continuó durante tres siglos más hasta fundirse con la lucha de la mayoría de la población contra la dominación colonial española. En resumen, la lucha por la libertad es otro factor que se suma a los componentes de la identidad negra.

En relación con la visión que tienen los otros, los observadores y agentes externos, Zapata y Díaz hacen formulaciones sobre ello cuando interpelan, como miembros del Club Negro, en el *Manifiesto*

.....
⁶² Y explica la solidaridad de los integrantes del Club Negro con los obreros muertos en Chicago como la reivindicación de un “nosotros”, de una comunidad con la cual se identifican más allá de las fronteras nacionales.

a los intelectuales del continente americano, a otros intelectuales diferentes a los intelectuales negros, a quienes llaman a valorar el papel de los negros en la construcción de sociedad en América y los exhortan a apoyar su lucha por los derechos civiles en Estados Unidos, país al que le critican las manifestaciones permanentes de racismo, discriminación, segregación y maltrato, tan evidentes en los diversos círculos sociales.

La crítica a la visión discriminatoria y de minusvaloración que sobre los negros tenían las mayorías blancas y mestizas que ejercían el control socioeconómico y político es algo que no surgió con el Club Negro en 1943, sino que ya venía expresándose desde más de medio siglo atrás por intelectuales negros y mulatos que precedieron a los integrantes de esta organización, como lo precisa Francisco Javier Flórez Bolívar en su obra varias veces mencionada.

La visión de identidad negra que en ese periodo conserva buena parte de los analistas, historiadores y demás estudiosos de la cultura colombiana que observan a las personas negras desde afuera —desde una posición de cultura dominante— es la de unos grupos y seres inferiores que solo sirven para el trabajo físico rudimentario, carecen de condiciones intelectuales para gobernarse a sí mismos y que, por tanto, deben ser gobernados por otros de cultura y formación intelectual superior. A estas consideraciones se les añadieron argumentaciones pretendidamente científicas relacionadas con las regiones geográficas que habitaban los negros en esa época, como lo son las riberas de los ríos en los valles y llanuras centrales y las zonas aledañas a los mares Caribe y Pacífico, y que, aunadas a la situación climática de intenso calor que alterna con lluvias extremas, propagaban la idea de inferioridad de los habitantes de estas regiones, mayoritariamente negros, mulatos e indígenas. Fue una época en la que se llegó a hablar, incluso, de la necesidad de repoblarlas con personas blancas provenientes de Europa con el fin de “mejorar la raza”.

La visión de los otros, los analistas, sobre las personas negras desde la posición de la élite dominante entraña también, por supuesto, connotaciones de raza y clase, pues se elabora desde una postura económica y social correspondiente a quienes poseen los medios de producción y ejercen, ya sea en forma directa o a través de terceros

interesados, el control del poder político, con lo cual evidencian su posición de clase. Además, poseen el valor agregado racial, porque los miembros de esa élite son mayoritariamente blancos, de familias que suelen ostentar, orgullosas, su descendencia de antepasados españoles y de otras procedencias europeas, o son mestizos que se reclaman blancos, porque la idea del blanqueamiento predomina como medio para integrarse a los círculos del poder dominante, incluso entre algunos negros, muy pocos, que por circunstancias excepcionales poseen bienes de fortuna equiparables a los de los blancos.

Manuel Zapata Olivella, Natanael Díaz y sus relaciones con los movimientos negros en el mundo

El papel de Manuel Zapata Olivella no se circunscribió al trabajo como intelectual y líder indiscutible de la tarea cultural y política de difundir la importancia de la participación de los negros y mulatos en la historia de nuestro país. Al contrario, asumió también, conscientemente, el legado de la diáspora africana. Se movía como pez en el agua en los escenarios internacionales, contribuyendo al proceso de organización y concientización de los negros para que asumieran el papel de actores protagonistas en el diseño y construcción de las sociedades en las que están inmersos. Hacía un énfasis especial en que, formando parte de un proceso de mestizaje, la sangre de los negros, mezclada con la de los indios y los blancos en América, es capaz de potenciar una nueva sociedad más avanzada que las precedentes. Era una manera de hablar de la mezcla de saberes, de culturas y de formas de ver y de abordar el mundo, la naturaleza y la condición humana.

El vínculo de Zapata Olivella con organizaciones y personajes negros destacados se inició tempranamente a partir de su amistad con Langston Hughes, durante su travesía juvenil vagabunda en Estados Unidos. Se reforzó más tarde a través de la relación entablada con Léopold Sédar Senghor, uno de los creadores del movimiento franco-caribe de la *Négritude* que llegó a la presidencia de Senegal y, desde allí, convocó a los movimientos negros de África y

América. Esta fructífera relación dio inicio a un periodo muy rico de intercambio de experiencias y planes de acción de las negritudes afroamericanas, en el que Zapata Olivella fue indudable protagonista y que le permitió organizar, desde Colombia, una serie de conferencias del negrismo latinoamericano y caribeño, que rotaron por varios países de la región. De esta manera, su apuesta por el mestizaje como fuerza creadora de sociedad cobró notoriedad, no solo en Colombia, sino en Latinoamérica y el mundo.

Sin tener el mismo alcance que las conexiones de Zapata Olivella, Natanael Díaz construyó también una red de relaciones internacionales centrada en personajes como las cantantes Marian Anderson y Josephine Baker, protagonistas de las luchas por los derechos civiles de los negros en Estados Unidos, con dirigentes sindicales cubanos y mexicanos, con movimientos haitianos de resistencia contra la dictadura de François Duvalier y con sindicalistas latinoamericanos de la CLAT. Desde los comienzos de su vida política, Natanael mostró, a través de sus cartas públicas, sus columnas periodísticas y sus debates en el Congreso, un conocimiento preciso acerca de la situación internacional, de los movimientos y organizaciones negras en otras latitudes y un relacionamiento con líderes negros de un buen número de países.

La presencia internacional de Manuel Zapata Olivella y de Natanael Díaz hizo conocer en otras latitudes la historia del Club Negro de Colombia, de sus líderes más connotados y de su inquebrantable decisión de hacer visibles ante el mundo la existencia y la obra de los negros en los procesos sociales. También los llevó a formar parte de ese panteón de figuras intelectuales y políticas de Colombia y Latinoamérica imposibles de borrar de la historia a la hora de mencionar las vanguardias de nuestro país y nuestro continente.

Apéndice

Durante una de las revisiones previas a la publicación de este libro, el día 21 de enero de 2024, me enteré del fallecimiento de Eduardo Díaz Saldaña, uno de los hijos de Natanael Díaz quien, con gran amabilidad y simpatía, atendió junto con sus hermanos mis indagaciones sobre la vida y obra de su padre. En los varios encuentros que tuve con él, alcancé a forjar los inicios de una amistad que prometía ser duradera, pero la súbita muerte la cerró en forma temprana. Quise, pues, registrar aquí, a manera de obituario, esta corta nota.

In memoriam

Su hermano Nathanael me contó que Eduardo Díaz Saldaña no era muy dado a recibir entrevistas de personas desconocidas, pues había quedado muy decepcionado con un documental que habían hecho sobre su padre, pero que, sin embargo, le haría una llamada. Esperaba que con ella su hermano accediera, acudiendo a una invitación filial. Después de salir de Cali, ya en Bogotá y con su número de teléfono en mi posesión, me quedé cavilando sobre cómo sería la mejor manera de abordarlo a través de una llamada telefónica y, en una acción rápida, impulsada por la valentía, lo llamé.

Encontré a Eduardo, con ese golpe de dignidad y nostalgia, de clara desesperanza y larga sabiduría, signos de su paso por la tierra, de su inconformidad inagotable y de su hondo sentido social. Había en mí, no solo la curiosidad de una tesista, sino la inquietud por los senderos de la memoria por donde se pierde y confunde el

sentimiento, porque considero —como la filósofa María Zambrano— que algo de verdad también encontramos en esos subsuelos del alma. Eduardo me acercó, no solo a la vida de su padre, a través de una conversación afable y emotiva, sino también a la vida de Manuel Zapata Olivella, a quien conoció desde el día en que abrió sus ojos al mundo.

En su calurosa generosidad, Eduardo Díaz Saldaña me dejó fotografiar un amplio archivo que recogió de sus hermanos y guardaba como un tesoro, testimonio de la vida y obra de su padre. Una vasta colección de cartas, borradores, reportes de prensa, poemas, artículos y fotografías que fueron claves en el proceso de construcción de este libro. Pero también agradezco la clarividencia de su intuición cuando nuestro diálogo se desvió por un camino necesario para reflexionar sobre lo que ha pasado con la intelectualidad negra y mulata desde su padre hasta el día de hoy. Todavía resuenan en mí sus palabras: “Mi padre y Manuel eran personas de principios, incorruptibles”.

Índice de imágenes

Miembros fundadores del Centro de Estudios Afrocolombianos.	49
Manuel Zapata Olivella.	86
Natanael Díaz.	104
Diego Luis Córdoba y Natanael Díaz con sus colegas congresistas (1947).	121
El triunfo de una huelga duramente reprimida.	135
Reunión con Fidel Castro en la visita de Natanael Díaz y otros congresistas del MRL a La Habana (1961).	139
Natanael Díaz y la huelga de Avianca, <i>El Espectador</i> (1961).	143
Manuscrito del mensaje de pésame por la muerte de Diego Luis Córdoba que Natanael Díaz envió al jefe del Partido Liberal, Julio César Turbay Ayala, el 3 de mayo de 1964.	147
Natanael Díaz con el jefe del Partido Liberal, Julio César Turbay Ayala.	148
Funeral de Natanael Díaz en Puerto Tejada, julio 16 de 1964.	151

Referencias

- Alape, A. (1989). El 9 de abril en provincia. En Á. Tirado Mejía, *NHC Nueva Historia de Colombia: Historia política 1946-1986* (pp. 57-80). Planeta.
- Anderson, B. (2021). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica.
- Ayala Diago, C. A. (1995). El origen del MRL (1957-1960) y su conversión en disidencia radical del liberalismo colombiano. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (22), pp. 118-119.
- Ayala Diago, C. A. (2017). El cierre del Congreso de 1949. *Credencial Historia* (162).
- Biblioteca de Escritores Caldenses. (1980). *Alzate. Variaciones en torno a un nombre*. Imprenta Departamental.
- Bolívar Meza, R. (2013). Un acercamiento a la definición de intelectual. *Estudios Políticos* (30), pp. 123-141.
- Bonil Gómez, K. (2020). De “un rey nuevo en Santa Fe” y otros “cismas”. Negros, mulatos y zambos en la Rebelión de los Comuneros (1781). *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 47(1), pp. 87-112.
- Botero Montoya, M. (1990). *El MRL*. Universidad Central.
- Broderick, W. J. (2015). *El cura guerrillero*. Ícono.
- Cámara de Representantes de Colombia. (1964). Proposición n.º 38 de 1964. El Directorio liberal deplora el Fallecimiento de Natanael Díaz Rivas.
- Castillo Gómez, L. C. (2022). *Natanael Díaz, un poeta en los laberintos de la política*. Crítica.
- Chamorro, R. (6 de noviembre de 2022). A 57 años de la muerte de Clarence Williams, un grande de la primera generación del jazz. *Las 2 Orillas*.
- Ciotti, S. (2011). La Identidad Negra en la tríada dialéctica hegeliana. La Négritude biologizada como Tesis y la Conciencia Negra culturalizada como Antítesis y Síntesis en las obras de Frantz Fanon y Steve Biko. *XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Catamarca: Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca.

- Codling, R. (2016). La división filosófica negra: centro, intelectualismo afroamericano y la négritude diaspórica. *Visitas al Patio* (10), pp. 41-56.
- Congreso de la República de Colombia. (23 de agosto de 1941). Acta de asistencia. *Anales del Congreso*. Bogotá, Hemeroteca Biblioteca Luis Ángel Arango: Imprenta Nacional.
- . (3 de agosto de 1945a). Comisiones de la Cámara. Se reúne la Comisión Quinta para iniciar labores. *Anales del Congreso*. Bogotá, Hemeroteca Biblioteca Luis Ángel Arango: Imprenta Nacional.
 - . (9 de agosto de 1945b). Proposición organizativa presentada por Natanael Díaz. *Anales del Congreso*. Bogotá, Hemeroteca Biblioteca Luis Ángel Arango: Imprenta Nacional.
 - . (10 de agosto de 1945c). Por el cual se ordena la construcción de dos obras en la Intendencia del Chocó. *Anales del Congreso*. Bogotá, Hemeroteca Biblioteca Luis Ángel Arango: Imprenta Nacional.
 - . (13 de agosto de 1945d). Comisiones de la Cámara. *Anales del Congreso*. Bogotá, Hemeroteca Biblioteca Luis Ángel Arango: Imprenta Nacional.
 - . (14 de agosto de 1945e). Acta 3-14 de agosto. Sesión Comisión Quinta. *Anales del Congreso*. Bogotá, Hemeroteca Biblioteca Luis Ángel Arango: Imprenta Nacional.
 - . (16 de agosto de 1945f). Comisiones de la Cámara. *Anales del Congreso*. Bogotá, Hemeroteca Biblioteca Luis Ángel Arango: Imprenta Nacional.
 - . (16 de agosto de 1945g). Proyecto de ley por el cual se auxilia al municipio de Puerto Tejada y a la Cooperativa Cacaotera Nortecaucana Limitada. *Anales del Congreso*. Bogotá, Hemeroteca Biblioteca Luis Ángel Arango: Imprenta Nacional.
 - . (17 de agosto de 1945h). Orden del día. *Anales del Congreso*. Bogotá, Hemeroteca Biblioteca Luis Ángel Arango: Imprenta Nacional.
 - . (17 de agosto de 1945i). Ponencias. Informe proyecto números 7 y 3, originarios de la Honorable Cámara de Representantes, sobre la creación del departamento del Chocó. *Anales del Congreso*. Bogotá, Hemeroteca Biblioteca Luis Ángel Arango: Imprenta Nacional.
 - . (21 de agosto de 1945j). Acta de Comisiones. *Anales del Congreso*. Bogotá, Hemeroteca Biblioteca Luis Ángel Arango: Imprenta Nacional.
 - . (21 de agosto de 1945k). Acta de sesión. *Anales del Congreso*. Bogotá, Hemeroteca Biblioteca Luis Ángel Arango: Imprenta Nacional.
 - . (23 de agosto de 1945l). Acta de sesión. *Anales del Congreso*. Bogotá, Hemeroteca Biblioteca Luis Ángel Arango: Imprenta Nacional.
 - . (27 de agosto de 1945m). Comisión Quinta. Ponencia por el honorable representante Natanael Díaz sobre el proyecto de ley por el cual se crea el escalafón de la enseñanza secundaria. *Anales del Congreso*. Bogotá, Hemeroteca Biblioteca Luis Ángel Arango: Imprenta Nacional.

- . (agosto de 1945n). Sobre las Comisiones Constitucionales Permanentes de la Cámara. *Anales del Congreso*. Bogotá, Hemeroteca Biblioteca Luis Ángel Arango: Imprenta Nacional.
- . (11 de octubre de 1945ñ). Constancia en relación con la Carta de Naciones Unidas aprobada por la Cámara de Representantes. *Anales del Congreso*. Bogotá, Hemeroteca Biblioteca Luis Ángel Arango: Imprenta Nacional.
- Díaz, N. (1946). Arcilla para un hombre nuevo. *Revista de América* (16), pp. 142-144.
- . (30 de agosto de 1947a). Antonio J. Lemus Guzmán. *Sábado*, pp. 14-16.
- . (4 de octubre de 1947b). Enrique Pardo Parra. *Sábado*, pp. 6-16.
- . (6 de diciembre de 1947c). Álvaro Pío Valencia. *Sábado*, pp. 9-16.
- . (6 de septiembre de 1947d). Alfonso Romero Aguirre. La opinión de los Senadores. *Sábado*, pp. 3-10.
- . (8 de noviembre de 1947e). Habla Hernán Ibarra. *Sábado*, pp. 3-12.
- . (9 de agosto de 1947f). Diego Luis Córdoba: un negro visto por otro negro. *Sábado*, pp. 2-11.
- . (10 de abril de 1948). Discurso de un negro colombiano sobre la discriminación racial. *Sábado*, p. 3.
- . (3 de febrero de 1951). Batalla con la luz. *Sábado*, p. 16.
- . (marzo de 1951). Carta a ministro de Gobierno. Bogotá: Archivo familiar.
- . (17 de marzo de 1951). Panorama de la economía nacional. *Sábado*, pp. 1-12.
- . (7 de junio de 1951). Sangre y espíritu. El ejemplo de Mariam. *El Tiempo*.
- . (31 de julio de 1957a). El pueblo es la fuente de poder. *El Relator*, p. 4.
- . (29 de julio de 1957b). Terrón colorado. *El Relator*, p. 4.
- . (19 de julio de 1957c). Jaime Posada. *El Relator*, p. 4.
- . (27 de julio de 1957d). Alberto Lleras, caudillo de América. *El Relator*, p. 4.
- . (3 de mayo de 1964). Carta a Julio César Turbay. Bogotá: Archivo familiar.
- . (s. f.). El lopismo votará retrospectivamente por el Dr. Lleras Restrepo para designado.
- . (s. f.). La manifestación de Medellín o el Regreso a Colombia. *El Relator*.
- . (s. f.). Se firmó el pacto por los cuales quedaron terminados los paros en el Valle.
- El Combate*. (s. f.). Un diputado obrero en la Federación Provincial de Trabajadores. p. 4.
- El Tiempo*. (27 de junio de 1943a). Los negros colombianos lanzan un manifiesto para la América. p. 15.
- El Tiempo*. (20 de junio de 1943b). Por primera vez se celebra el Día del Negro en Bogotá. p. 1.
- Engels, F. y Marx, K. (1980). *Obras escogidas* (Vol. 1). Progreso.
- Fanon, F. (2009). *Piel negra, máscaras blancas*. Ediciones Akal.
- . (2019). *Los condenados de la tierra*. Fondo de Cultura Económica.

- Flórez Bolívar, F. J. (2015). Un diálogo diaspórico: el lugar del Harlem Renaissance en el pensamiento racial e intelectual afrocolombiano (1920-1948). *Historia Crítica*, 1 (55), pp. 101-124.
- . (2023). *La vanguardia intelectual y política de la nación. Historia de una intelectualidad negra y mulata en Colombia, 1877-1947*. Crítica.
- Franco, J. L. (1988). El vudú como elemento de cohesión sociocultural entre los esclavos. En J. Von Grafenstein, *Haití* (pp. 134-135). Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Freixa, O. (13 de marzo de 2016). Panafricanismo, el sueño postergado. *El País* [en línea].
- García Márquez, G. (1967). *Cien años de soledad*. Editorial Sudamericana.
- Giraldo, L. y Wills, F. (2023). *Solo teníamos el día y la noche*. Ariel.
- Gramsci, A. (1971). *Selections from the Prison Notebooks of Antonio Gramsci*. International Publishers.
- Granés, C. (2020). *Delirio americano. Una historia cultural y política de América Latina*. Taurus.
- Guerra, W. (2 de octubre de 2020). El fusilamiento de Padilla. *El Heraldo*.
- Helg, A. (2018). *¡Nunca más esclavos! Una historia comparada de los esclavos que se liberaron en las Américas*. Fondo de Cultura Económica.
- Karabalí, M. (13 de septiembre de 1947). Estudio del negro en Colombia. *Cromos*, LXIV (1597), pp. 9-10 y pp. 44-46.
- Lepkowski, T. (1988). El Gobierno de Alexandre Pétion (1807-1818). En J. Von Grafenstein, *Haití* (pp. 233-234). Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- López Michelsen, A. y Santos Calderón, E. (2001). *Palabras pendientes. Conversaciones con Enrique Santos Calderón*. El Áncora.
- López Valdés, J. H. (2018). *Memorias: el gobernante que abolió la esclavitud en Colombia en 1851*. Luis Alberto Villamarín Pulido.
- Mansilla, J. A. (2021). La historia la escriben los vencedores. *Revista de Antropología Social*, 30 (1), pp. 87-88.
- Martán Góngora, H. (1963). Gaita para Delia Zapata. *Encadenado a las palabras* (poemario). Editorial Medusa.
- Martínez de Varela, T. (1987). *Biografía de Diego Luis Córdoba*. Imprenta Fondo Rotatorio Policía Nacional.
- Marx, K. (1980). Tesis sobre Feuerbach. En F. Engels, y K. Marx, *Obras escogidas* (pp. 7-10). Progreso.
- Mayorga García, F. H. (2008). *Alfonso López Michelsen. El retrato del intelectual*. Universidad del Rosario.
- Mina, M. (1975). *Esclavitud y libertad en el valle del río Cauca*. La Rosca.
- Múnera, A. (2021). *La Independencia de Colombia. Olvidos y Ficciones. Cartagena de Indias (1580-1821)*. Crítica.

- Navarro Alvarado, G. A. (2020). El movimiento de la négritudo y el problema de la “unidad” panafricana (1919-1945). *Cuadernos Inter.c.a.mbio sobre Centroamérica y el Caribe*, 17 (2), pp. 274-298.
- O’Neill, E. (2019). (Re)Pensar el Caribe: Wifredo Lam y su retorno al país natal. En A. Díaz Mattei, y F. Quiles García, *La negritud y su poética. Prácticas artísticas y miradas críticas contemporáneas en Latinoamérica y España* (pp. 91-106). Enredars.
- Ocampo López, J. (2008). *Historia de las ideas políticas en Colombia. De la Independencia hasta nuestros días*. Taurus.
- Oliva, M. E. (2017). Intelectuales afrodescendientes: apuntes para una genealogía en América Latina. *Tabula Rasa* (27), pp. 45-65.
- . (2020). Más acá de la negritud: negrismo y negredumbre como categorías de reconocimiento en la primera mitad del siglo xx latinoamericano. *cs* (30), pp. 47-72.
- Orejuela Jordán, E. (2014). (1964) En la muerte de Natanael Díaz. Romance en negro.
- Palacios, A. (3 de julio de 1948). Encuesta: ¿A qué clase social pertenece usted? *Sábado*, p. 9.
- Parks, R. (1992). *Rosa Parks. Mi historia*. Plataforma.
- Pisano, P. (2014a). *Liderazgo político negro en Colombia (1943-1964)*. Universidad Nacional de Colombia.
- . (2014b). Movilidad social e identidad “negra” en la segunda mitad del siglo xx. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 41 (1), pp. 179-199.
- Polo Tous, J. A. (2019). Contexto racial de Colombia y Cartagena durante 1943-1970: mestizaje e identidad negra. *Alaüla*, 6, pp. 7-17.
- Prescott, L. E. (2021). *Candelario Obeso y la iniciación de la poesía negra en Colombia*. Instituto Caro y Cuervo.
- Reiss, T. (2014). *El conde negro. Gloria, revolución, traición y el verdadero conde de Montecristo*. Anagrama.
- Rojas Martínez, D. C. (2019). *Los locos vallecaucanos en el periódico El Relator, 1940-1960*. Universidad del Valle.
- Sáenz Rovner, E. (1992). *La ofensiva empresarial: industriales, políticos y violencia en los años 40 en Colombia*. Ediciones Uniandes.
- Sánchez Ángel, R. (2008). Bajo la égida de Estados Unidos. En J. Ocampo López, *Historia de las ideas políticas en Colombia. De la Independencia hasta nuestros días* (pp. 21-258). Taurus.
- Semana. (1947). Deudas con el África. 3 (42), p. 32.
- Ugalde, S. (2007). *La poética del Cimarrón*. Educal.
- Velandia, P. y Restrepo, E. (2017). Estudios afrocolombianos: balance de un campo heterogéneo. *Tabula Rasa* (27), pp. 161-197.

- Vergara Figueroa, A. y Cosme Puntiel, C. L. (2018). *Demando mi libertad. Mujeres negras y sus estrategias de resistencia en la Nueva Granada, Venezuela y Cuba, 1700-1800*. Icesi.
- Vidal Pérez, E. (2016). Movimiento obrero y socialismo en los Estados Unidos. *Sociología Histórica* (6), pp. 509-537.
- Von Grafenstein, J. (1988). *Haití*. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Wade, P. (2008). Población negra y la cuestión identitaria en América Latina. *Universitas Humanística* (65), pp. 117-137.
- Zapata Olivella, M. (5 de julio de 1947a). Yo fui adorador de Father Divine. *Sábado*, p. 2.
- . (23 de agosto de 1947b). Langston Hughes, el hombre. *Sábado*, pp. 12-16.
- . (1949). *Pasión vagabunda*. Editorial Santafé.
- . (15 de diciembre de 1951). Vasconcelos, el filósofo de la reconquista. *Sábado*, p. 6.
- . (1953). *He visto la noche*. Editorial Los Andes.
- . (1967). *Chambacú, corral de negros*. Bedout.
- . (1983). *Changó, el gran putas*. Oveja Negra.
- . (1990). *¡Levántate mulato! Por tu raza hablará el espíritu*. Rei Andes.
- . (2020). *Tambores de América para despertar al Viejo Mundo*. Sello Editorial Javeriano.



El Club Negro de Colombia

***El entrecruce de los conceptos de raza y clase en
las ideas de Manuel Zapata Olivella y Natanael Díaz***

se imprimió en noviembre de 2024

en Bogotá, Colombia.

Para su elaboración se usaron tipos Priori sans y Meno text.

La impresión de esta publicación fue realizada por la Imprenta Nacional de Colombia, utilizando tintas formuladas a base de aceite de soya, una elección que minimiza el impacto negativo en el medio ambiente. Además, se emplearon planchas ECO3 como una alternativa más ecológica en la impresión offset, destacando su capacidad para reducir el consumo de agua y productos químicos durante el proceso, así como promover la durabilidad y reutilización. Esta filosofía de la Imprenta Nacional representa un compromiso sólido con la sostenibilidad en la impresión en Colombia, contribuyendo significativamente a la preservación del medio ambiente.



ECO3

CENTRALiNK
CORPORATION

www.imprenta.gov.co

PBX (0571) 457 80 00

Carrera 66 No. 24-09

Bogotá, D. C., Colombia

Al poner el lente en los debates intelectuales y políticos liderados por habitantes afros, este libro no solo contribuye a ampliar la memoria existente sobre la intelectualidad colombiana, sino que invita a leer a Colombia desde la experiencia de un movimiento social que redefine la identidad nacional: el Club Negro.

Francisco Flórez Bolívar

Director del Archivo General de la Nación